

EL MUNDO

Año VI—Tomo II

México, Domingo 27 de Agosto de 1899.

Número 9



LA INSPIRADA.

CUADRO DE CONRADO KIESEL

Director: LIC. RAFAEL REYES SPINDOLA.

LA SEMANA

Mes de verbenas populares es Agosto y sirve como de amplio vestíbulo á las demás fiestas callejeras que de aquí en adelante abren semana á semana un paréntesis de dicha entre los grises y monótonos días de trabajo. La verbena de los Angeles y la de Santa María son de lo más famoso del año. Vienen en seguida todas las otras, menos pomposas y celebradas, hasta que la más grande, la más rica, la mexicana, por excelencia, la de Guadalupe, cierra con no menudado esplendor la temporada de las verbenas.

A esta clase de regocijos solemos ir por mera curiosidad los que gustamos de hacer observaciones y psicologías al aire libre. Desde luego nos sentimos atraídos por el movimiento ruidoso de las muchedumbres. Hay una emoción nirvanésca, momentánea, pero profunda, en dejarse llevar de la ola humana, en diluirse en la masa común, en embeber el yo, como una partícula, en la multitud impersonal, en fundir las impresiones propias en el vago anhelo colectivo, que termina por apoderarse al fin de todas nuestras sensaciones y por hacer suyas todas nuestras energías, con el fluido mágico de una invencible hipnotización.

La fábula medioeval de la sierpe alada, luchando con el armado caballero y vencéndole con sólo el venenoso vaho, se verifica en cada uno de nosotros cuando pretendemos conservar nuestra voluntad en el seno inquieto y caótico de las multitudes impresionadas.

Son enormes almas locas que penetran en nuestro organismo y se sirven de él para manifestarse en la vida exterior. Allí está nuestra boca pronta á lanzar el alarido; allí están nuestras manos dispuestas á sacudirse en las frenéticas palmadas; allí nuestros músculos para agitarse en las convulsiones histéricas; allí nuestro rostro para cambiar el gesto á cada ráfaga del aire. Entra nuestro espíritu en una abrumadora inconsciencia. Y no obstante, gozamos con un placer extraño al sentirnos brutalmente poseídos.

Complácenos vernos vencidos á las primeras invencibles zarpadas del monstruo excitado.

Y he aquí que la curiosidad va tomando en medio del tumulto una forma de entusiasmo morboso que concluye por embriagar.

Asistir á una verbena es sentirse invadido de la alegría del pueblo, disuelta en átomos por los cuatro vientos; entrar en un templo con las oleadas de creyentes, recorrer las calles entre los grupos abigarrados de la plebe; detenerse en las barracas de la plaza hormigueante, escuchar cantares obscenos, risas beodas y refranes picarescos.

¿En qué se piensa, es decir, en qué piensan los demás, los granos de arena de ese compacto bloque popular? Se piensa en vivir, sacudido por impresiones mundanas, por ardientes deseos de beber hasta saciar una sed intertemporal y devoradora; de abrazar á mujeres hermosas y de apostar la vida en un naípe.

No son nuestros estos anhelos; andan vagando en la atmósfera como almas en pena. Todos los sienten. Es una contagiosa epidemia de apetitos desenfrenados.

Tales síntomas indican, de seguro, un grave mal. Repugna, sin embargo, punzar con el escalpelo la epidermis social. Tiene manchas purulentas que indican un repugnante linfatismo.

Esta es la primera pregunta que cualquier observador se hace cuando asiste á una verbena popular: ¿Nuestro pueblo es creyente?

Ah! no señor; posee, como todo pueblo inculto, una superstición versátil y tornadiza, que sale de la cueva demoníaca de la adivinadora de cartas para poner una ofrenda en el retablo de la Virgen; cree, á la napolitana, en los estupendos milagros de la patrona que ayuda en su tenebrosa labor al bandido y protege, bajo su manto nimbado, al homicida. Se encomienda á ella en sus inmorales tribulaciones, y sólo la recuerda bajo el toldo de una camilla ó en el fondo de un calabozo.

Pero á pesar de todo, su veneración es adorable porque es síntoma de un patriotismo rudimentario que toma la sugestiva forma del misticismo para compenetrarse más en la conciencia de un pueblo débil, que, como el nuestro, suele hundirse en éxtasis y sufrir alucinaciones.

En este caso, la Religión es un delicado pretexto para amar el terruño.

* *

Música de cámara. — Andante. — Minuetto. . . . cuando se leen estas palabras, resurge en el espíritu una de aquellas galantes miniaturas de finos lineamientos, de aristocráticos matices, donde un poeta del clavecín, rodeado de damas de amplios trajes, rocalla de seda en la que la luz se quiebra en aristas, damas pensativas de ojos dulces, galanes de actitud palaciega, escuchan embobados la melodía ingenua y amorosa que recita el violín para que le responda, trémulo y sollozante, el ruego de los cellos ó la breve exclamación de la viola.

Música de Cámara: una velada de invierno; una llamada generosa de chimenea, infantes dormidos en el regazo de la madre, un perro fiel de camisa blasonada husmeando los tizones en actitud de esfinge, un interior germano, mucho bienestar, y la musa de las sonatas, en su infancia, iniciando una frase inocente como las frases de los niños.

Habla á los corazones amplios esa música clásica; nada hay en ella pequeño; parece ser como el eco de la naturaleza que la ha inspirado al cerebro de sus hijos; en ella se encuentra el rumor grave de los bosques, primaveras solemnes, noches augustas, patéticos dolores, elegías á grandes héroes.

Y se llama Beethoven, Beethoven sordo á los ruidos de la vida común, para no escuchar sino las voces caóticas, supremas, tempestuosas de lo infinito. En ella hay silencios que parecen de vieja catedral; acordes que suenan al espíritu como llamamiento del cielo; lentitudes graves y acompasadas que evocan procesiones de levitas y venerables patriarcas; dulzuras que son blancas plegarias de seráficas voces, y se llaman Sebastián Bach, ese dialogador de los éxtasis supremos, ese místico colosal que tiene la nota tímida de las vírgenes y la cólera de los espíritus airados que cortejan con espada de llamas; y ese Mozart caballeresco, ese Mozart delicado, ese Mozart de los *minuettos* cortesanos y los andantes poéticos, y Mendelshonn encerrando tristezas en sus rimas breves, y Haydn remontándose á las alturas de la tempestad y Weber bordando con sedas pálidas sus personajes de leyenda.

Música de cámara. . . . y me entristece que en esta época en que la humanidad llora por carencia de sueños, no haya sino unos cuantos devotos que acuden á la sala Wagner para tener un punto de recogimiento y mirar sugestionados por esas melodías de otros tiempos, las divinas visiones que acuden, como al mágico efecto de un coajuro, llamados por la voz cantante de los violines y la gravesúplica de los violoncellos. . . .

Durante la semana, se han verificado dos hermosas audiciones que hicieron la delicia de nuestros *dilettanti*. Luisa Ritter, la amada y aplaudida pianista y Matilde Brugiére, alta soprano dramática, cuya fama había llegado ya á nosotros antes que su hermosura, dejaron un luminoso recuerdo, como una blanca estela, en la corriente fangosa y negra del *género chico*.

* *

Y á propósito. Se ha discutido en estos días el mérito de una joven y bella triple recién llegada al palco escénico, la cual, después de haber sido estrepitosamente aplaudida en la célebre obra de Mascagni, ha intentado interpretar *La Revoltosa*. Para mí, ahí está el error y la inexperiencia de la señorita Dimarias.

Sus facultades vigorosas y nuevas, no se prestan para el *género chico*. La flamante artista tiene talento y no deberá encanallarlo. Que no cambie los relucientes luses de oro que pródigamente derrocha en la zarzuela, en menudas y gastadas monedas de cobre.

¿Habría algún buen amigo que la aconseje? Es una lástima ver que aptitudes como la suya se pierdan en la efímera y tonta labor de la *tanda diaria*!



EL EXTERIOR.

Revistas Políticas y Literarias.

COSAS DE FRANCIA.—1. DE COMO PUEDE UN NEUTRAL CONVERTIRSE EN DREYFUSISTA.

2.—¿EL PRIMER EPISODIO DE UNA GUERRA DE RELIGION?

3.—LA REPUBLICA PLEBISCITARIA MARBETE DE LA DICTADURA MILITAR.

Tengo un excelente amigo, francés por más señas y escritor elegantísimo por añadidura, que, naturalmente, está veinticinco veces más al tanto que yo de los asuntos de su patria, y que suele, entre bromas y veras, formularme estas preguntas: ¿por qué no siendo usted francés es usted calurosamente dreyfusista? ¿Por qué cree usted á los periódicos americanos de la prensa asociada, comprados por el *Sindicato judío* y no á los periódicos franceses que, eros del sentimiento público, sostienen, como siete ú ocho de los primeros nombres del ejército y de los civiles que mejor conocen al ejército, Cavaignac, Freycinet, que el prisionero de la Isla del Diablo es culpable?

He aquí lo que contesté á mi amigo:

—No tengo la culpa, no tenemos la culpa los extranjeros de interesarnos casi apasionadamente en los asuntos

de Francia; depende eso del genio comunicativo, expansivo y simpático de que los franceses se vanaglorian, depende de nuestra educación, depende de que todos los latinos tenemos dos patrias y la segunda es siempre Francia, depende de que dan los franceses á sus asuntos particulares tan extraordinaria resonancia y tenéis tal arte en vuestra lengua y vuestro talento para transformarlos en asuntos humanos, que obligáis á todos á volver la cabeza hacia ellos, á mirarlos atentamente, á estudiarlos y á tomar un puesto en pro ó en contra como si fueran nuestros asuntos propios. Y esto es irremediable.

Ahora bien, voy á dar una idea de la evolución que yo, y muchos como yo, hemos sufrido en el asunto Dreyfus. Lo creí culpable, con profunda compasión al conocer los detalles de la ejecución inmediata de la sentencia y su ejecución normal en la Guayana. Su esposa, sus hijos. . . . ¡Horror! ¡Infeliz!—Cuando un hombre como Scheurer-Kaestner, superior á toda sospecha de venalidad, manifestó las profundas dudas que le turbaban, he aquí lo que todos pensamos: ¿sería posible que haya cometido el tribunal militar tamaño error? Entonces este hombre ha sufrido uno de los martirios morales más tremendos que puedan registrarse en los anales de la justicia humana.—Cuando publicó Zola su tremenda requisitoria, lo hallamos enteramente exajurado; su hábito de novelador de dar un relieve abultadísimo á cuanto fija su atención, lo mismo un beso de amor que la boca de una cloaca, su tendencia genial á lo épico, al grado de que allí donde los otros gastan un rasgo de pluma un poco cargada de tinta, el emplea un frasco de color con un pincel que parece agitado por las euménides, todo esto nos hizo sospechar que aquel hombre se había forjado un cuento trágico y se había empeñado en hacer en él un papel de protagonista. Mas cuando se le llamó á gritos *traidor, vendido á los judíos, ultrajador de la religión*, cuando se desconoció su mérito de escritor, su sinceridad de hombre, su valor y su probidad, hoy proclamada por cuantos no tengan en los ojos la *catarata* [inoperable por desgracia, porque la tienen muchos hombres de talento] del antisemitismo; cuando pasó todo esto, cuando las multitudes frenéticas se pusieron á gritar ante él hasta hacerlo salir de Francia, nos sentimos de su lado; aquello nos pareció innoble, horriblemente despreciable, nos hizo el efecto de uno de esos actos imbéciles y crueles de las muchedumbres que causan algo así como basca en la conciencia.

Entonces todos dudamos, todos creímos que había un misterio en el asunto Dreyfus, que la explicación dada á la circunstancia estúpida de la absoluta similitud entre la letra de Esterhazy y la del documento condenatorio *le bordereau*, era imposible y los antecedentes del oficial aventurero que entraba en escena tan desvergonzada, tan cínicamente, y la valiente rectitud de su acusador Picquart, llevaron hondo recelo á todos los ánimos. Pero un hombre honrado entra en la Secretaría de la Guerra en un cambio ministerial y ese hombre, he nombrado á M. Cavaignac, dice enfáticamente ante la Cámara de Diputados: he aquí la prueba concluyente de la culpabilidad de Dreyfus y lee un documento en que se mencionaba á Dreyfus y. . . . todo el mundo quedó sorprendido, estupefacto. Muchos, yo entre ellos, se sintieron satisfechos, como si una montaña se les hubiera quitado de encima; si la justicia humana había tenido razón, había herido al verdadero culpable; las violaciones de la ley, las irregularidades flagrantes del proceso, todo quedaba cubierto con seis palabras: peligro de guerra, secreto de estado. . . . Pocos meses después un rayo caía sobre toda esta seguridad, el documento de Cavaignac había sido falsificado, el falsario estaba convicto y confeso, era el principal manipulador del proceso de Dreyfus, era un jefe importante en el Estado Mayor, era Henry. . . . Al día siguiente Henry se suicidaba.

¿Estábamos todos, en todas partes, aquí en México, con la misma facultad con que los escritores franceses suelen juzgar á Santa Anna, á Maximiliano, á Juárez ó al General Diaz, estábamos ó no estábamos en nuestro derecho de decir: el honor de Francia y la justicia y la civilización exigen que ese proceso sea revisado? Así lo pensó la Francia política y legal, y por encima de la violenta oposición con que algunos, absurda ó malévolamente, pretendían envolver en este asunto el honor del ejército francés y hacerlo solidario de un tremendo error probable, de un espantoso crimen posible, el caso fué sometido al primero, al más alto tribunal de Francia, á uno de los primeros del mundo por su ciencia y por su intachable honorabilidad. Todo se procuró, hasta por medio de una ley *ad hoc*, todo se allegó para facilitar y dar fundamento incontrovertible al fallo de la Corte Suprema; un magistrado, el tipo precisamente del *politicien* judicial ingenuamente presuntuoso, de esos que llaman los españoles: *un tonto con campanillas*, de quien decía Julio Lemaitre: «tiene un ojo que descompone, pero que no resume,» el poquísimamente leído M. Glouvet ó sea M. Quesnay de Beaurepaire, fué el autor de la idea de encargar á la Corte entera del asunto de revisión, porque los magistrados de la Sala criminal eran parciales en favor de Dreyfus. Y no era esto verdad; la verdad era que los principales magistrados de la Sala civil habían manifestado á su cole-

ga su opinión contraria á la revisión. En fin, la Corte entera se reunió, los amigos de M. de Beaurepaire estudiaron el asunto y decidieron por unanimidad que se revisase el fallo y allí están los considerandos ¿qué se infiere de ellos? Esto: es seguro que el documento capital no es obra de Dreyfus, es probable que lo sea de Esterhazy. Y fuera de ese documento nada ha podido servir de fundamento al fallo del primer consejo: la confesión del reo (al Capitán L. Renaud) es supuesta: el *dossier secret* es un cúmulo de falsificaciones, capaz, en algún caso, de infundir sospechas, incapaz de administrar pruebas.

Y si yo fuera militar diría á mi amigo en lenguaje de cuartel ¿y por qué diablos quiere usted, quieren ustedes, los convencidos de la culpabilidad de Dreyfus en virtud de una gracia especial del Espíritu Santo; por qué diablos queréis que prefiramos el dicho de siete oficiales superiores y ministros de la guerra, ecos de un par de falsarios: Henry y Paty du Clam, que por boca de ellos han hablado durante cinco años, por qué los hemos de preferir á la convicción de los cincuenta primeros magistrados de Francia, cien veces más imparciales en el caso, cien veces más peritos, más profesionales, diríamos, en el arte de analizar pruebas?

Llegamos al Consejo de Rennes; y declaramos: que no creemos en la mitad de las interpretaciones de la prensa americana, *vendida al sindicato judío*, según dicen los antisemitas presididos por los señores Drumont y Rochefort *que lo saben muy bien*; que nos importan un bledo sus apreciaciones; que nos dejan fríos las ovaciones que tributan sin cesar á los amigos del reo y aun á éste; *¡oh! non, nous ne croyons pas á toutes ces bourdes-lá*. Bien; retenemos las declaraciones desfavorables; y encontramos: 1º que los testigos ó acusadores, todo es uno, de Dreyfus han repetido las declaraciones que dieron ante la Corte de Casación y que en ese Tribunal causaron la impresión contraria á la que deseaban causar sus acusadores. ¿Es ó no cierto? 2º Que en el *dossier* todo se encamina á este fin, según las interpretaciones singulares de los acusadores: Dreyfus era curioso, debió conocer tal ó cual punto, llevaba tal ó cual vida, en fin, pudo ser el autor de la traición. Pero prueba, pero una prueba, pero una décima parte de prueba, pero una de esas luces repentinas en las tinieblas, que revelan el cáncer de una conciencia y que hacen exclamar á un juez: *he aquí, ¿dónde está? ¿cuál es? 3º* Que Esterhazy reitera su confesión de ser el autor del *bordereau*, la repite á gritos por las plazas y encrucijadas; mas los generales no lo creen, — ¡oh! jamás lo creerán ¿Por qué nó?— ¡Oh! porque este *gargon extraordinaire*, como dice benévolutamente el general Roget, el general de Paul Dérouté, es capaz de cualquier cosa, pero no es un traidor. — ¡Oh! porque no podía conocer los documentos de que habla el *bordereau*. ¿Pero no dice él que *confeccionó* (con perdón de Peñita) que forjó el documento con ayuda de un oficial del Estado Mayor, como Henry forjó el suyo? ¿Pero su letra no es idéntica á la del *bordereau*? — Sí, sí, pero no, no es Esterhazy, dice con teatral ademán Roget. ¿Y á esto se llama probar? ¿Y á los que alzan los hombros ante todo esto se les llama vendidos á los judíos? No hay un solo gendarme en Méjico, de esos que dirimen los pleitos de los transeúntes apoyados en un poste del telégrafo, que sea capaz de tener una cosa de estas como una prueba: vagas presunciones, indicios contradictorios, sospechas obscuras, eso es todo, nada, absolutamente nada se ha presentado capaz de determinar una conciencia despierta de hombre libre. Hasta la terrible coincidencia contraria á Dreyfus ha desaparecido: el general de Boisdeffre declara: que cuando Dreyfus estaba en el Estado Mayor, había desapariciones (*fuítes*) de documentos. — ¿Y después? pregunta un consejero: han seguido, responde el general!

Hasta dónde han penetrado las nociones de justicia cristiana, no diremos absoluta, en el alma de los grupos educados en el culto del deber que componen el ejército de un pueblo inteligente y de grandes ideales al concluir el siglo XIX, es lo que vamos á saber dentro de unos días. ¿Podrán sobreponerse los oficiales del Consejo de Rennes al espíritu de cuerpo, una grave tiranía, al temor de la ira de sus jefes, una tiranía también, á la inmensa sugestión de las multitudes que se dicen patriotas y de la prensa que se dice devota incondicional del ejército? Si lo hacen, habrán merecido el respeto de los que hoy mismo pretenden cohibirlos y forzarlos moralmente y habrán salvado á Francia de una guerra civil. Yo creo que lo harán, que la mayoría de esos jueces lo hará. Es verdad que aquí hemos visto funcionar las Cortes Marciales. es verdad que. Yo creo que lo harán; yo creo que podrán ver libremente que se intenta colocar á ese judío, que es un oficial francés, y que es un hombre, en una posición que envuelve el contra-sentido jurídico más brutal que se haya visto jamás: el de obligar á un acusado á probar su inocencia, cuando toca á los otros probar su culpabilidad. Creo que opinarán con cuantos no están ciegos, que el día que Don Pablo Dérouté afirmó (discurso de Mende) que Dreyfus necesitaba para ser absuelto, probar, no una, sino mil veces, su inocencia, ese día pretendió con sus largos y flacos

brazos detener el pueblo francés y empujarlo hacia atrás, á los tiempos cuaternarios.

Y he aquí como sin necesidad de la intervención de los judíos puede un *quidam* como el que esto escribe, pero que no está casado ni con los delirios de M. Jaurés, ni con los odios de M. Drumont, haber pasado de neutral á dreyfusista.

* *

Todo es obra del sindicato judío. Los judíos tienen en Europa el dinero, la magistratura, la prensa; ¿quieren invadir el ejército? No lo hemos de permitir.—El sindicato judío es un cabello en la sopa del pueblo francés, sujeto á graves alucinaciones crónicas, según parece.—¿Qué cosa es un judío?—Sabéis, señores diputados, decía M. Thiers á quien reprochaba la izquierda de la Asamblea nacional sus preferencias por los empleados conservadores á quienes llamaban *carlistas*; sabéis qué cosa es un carlista? Es un hombre cuyo empleo se desea.—Un judío es un hombre que ha hecho una fortuna con muchas onzas y sin ningún escrúpulo y cuya subida repentina envidian todos, los ricos viejos y los pobres de todas edades; en suma, *el judío* es un hombre de negocios turbios y lucros claros. ¿Con razón se los encuentran en la sopa los franceses!

Es innegable, el mundo está lleno de judíos.—¿Pero el sindicato? ¡Ah! si ya conocemos eso; eso es la época del sitio de París se llamaba *el espía prusiano*; el año de 48 se llamaba *los jesuitas* y en tiempo de Robespierre se nombró *Pitt y Coburgo*; es la necesidad que tienen las masas de atribuir los males sociales á una conspiración que envenena las fuentes públicas en tiempo de Cólera-morbo y compra á los diputados y á los jueces en estos momentos. «Sí, burlos, exclama mi interlocutor, es que desde aquí no podéis verlos ni sentirlos.»

Está bien; pero entonces no neguéis á los clientes de los judíos, á los periodistas, clubistas, socialistas y anarquistas pagados ó subordinados poco más ó menos inconscientemente al *sindicato*, no les neguéis el derecho de explicar también lo extremadamente complejo, por lo extremadamente simple, y atribuir todo lo que les desagrada á una conjura negrísima del ejército y del clero contra la república y así entre estos dos elementos primordiales de los flamantes fenómenos históricos el conflicto es seguro y confirma lo que os decía, lectores, en uno de mis primeros boletines: en el fondo de todo eso hay un conflicto religioso; se trata de una lucha implacable entre quienes creen poder realizar por la violencia y para ellos su ideal de felicidad en la tierra y los que lo aplazan para verlo realizado en el cielo; es el combate entre la esperanza y el apetito.

Lucha feroz: apunta siniestramente. En la superficie del océano social (en esto comprendo á Europa y los Estados Unidos) que se hincha y ennegrece y espumajea, como en los momentos precusores de las grandes tormentas, se notan síntomas de descomposiciones y convulsiones desesperadas. No salgamos de Francia, ya que todo el mundo está en Francia en estos días, de cerca ó de lejos.

El atentado contra Labori esto es de la edad del chimpancé, precursor inmediato de los jueces con que sueña Dérouté! El asesino no ha sido hallado: un mal punto al señor ministro del interior, á quien venero mucho; pero no tiene remedio, un mal punto. La casa y el caso de M. Guerin.—Este es un episodio heroico-cómico de los preliminares del combate.—¿Con que había una conspiración orleanista, bonapartista y antisemitista? Si es cierto, señor ministro, no se ande usarcod con paños calientes: duro en ella. Y efectivamente: cateos, secuestro de papeles, de armas, prisiones, de todo ha habido; además la policía de París ha puesto sitio á una casa en donde un substraído al orden normal, el mostachudo y exasperado Sr. Guerin, se ha declarado con veinte amigos en una Francia suya, aparte, autonómica; por desgracia para el jefe antisemita, sin viveres. En esa Jerusalem van á llegar á devorar la zuela de sus zapatos y tal vez á sí mismos, como vulgares canacos; es el *vadeau* de la *Méduse* en el mar de París! Quién sabe si el terrible Ministro del interior espera ese acontecimiento, para triunfar. Está expuesto el mundo á ver en París quizás lo que últimamente sólo se ha visto en «Los Sobrinos del Capitán Grant» una escena de canibalismo obligatorio, y de M. Guerin podrá decir alguna vez quizás un Dante del porvenir: *la bocca sollevò dal fiero pasto* Hablando en serio, comprendo perfectamente la actitud de M. Waldeck Rousseau, es un tanto ridícula, pero es sensata; ha tenido un miedo profundo á hacer mártires. Tiene mucha razón; los mosqueteros del antisemitismo parecen resueltos á fusilar á la policía, la policía está en el indeclinable deber de fusilarlos á ellos. Y esto, la verdad, esto es muy trabajoso, esto no se hace.

Pero se corría un riesgo no pequeño: que la espantosa excitación de los grupos adversos, con motivo de esta aventura de *cadets de Gascogne*, acarrea una colisión en la calle, y un tumulto considerable y la necesidad de reprimirlo derramando más sangre que la que hubiese costado el asalto de la casa de M. Guerin.

Y sucedió; el populacho solicitado en sus más bajas pasiones por energúmenos de encrucijada, se mostró sin camisa. (la camisa es, por regla general, la distancia que separa á un civilizado de un salvaje.) Ibamos á decir *sans culottes*. Y la escena de caníbales que esperábamos ver en la rue Chabrol se verificó en la iglesia de St. Joseph, saqueada, medio destruí y medio incendiada.

Todo reaparece en la historia; la historia es una novela que tiene ediciones en número indefinido: una por generación; sólo las ilustraciones varían: el grabado antaño, la litografía después, el fotograbado hoy; estas escenas salvajes se vieron en la Edad Media, en la bohemia de los hussitas, en la Alemania de la guerra de los campesinos, en la Neerlandia de los *Gueux*, en las guerras de los hugonotes, en la Revolución. . . . ¿qué sé yo? En la comuna; ayer en París, mañana en Barcelona, y pasado, en New York.

¿No se deberá esto á la debilidad que su composición profundamente heterogénea produce en el ministerio francés? Veremos; no sería la primera vez que un revolucionario resultara un puño férreo para reprimir una vez convertido en gobierno; no sería extraño que los socialistas de Gabinete ayudaran con brío al presidente del consejo en su tarea de guardar el orden; si no, no queda otro recurso que echarlos á la calle y. . . . frente á frente estarían mejor los dos grupos, en honor de la verdad; hasta con una barricada de por medio.

* *

El gran culpable de esta situación es el régimen parlamentario, es el parlamentarismo; esto se dice en casi toda la prensa francesa y se aplaude en casi toda la prensa europea. Es cierto, dice el gobierno italiano, recordando los últimos disgustos que le causara el obstruccionismo: es cierto, dice el rey de los belgas, recordando las recientes y temiendo las próximas batallas de Bruselas; es evidente, añade el emperador alemán, de eso aquí no se habla; el parlamentarismo es un artefacto inglés, una cotonada de Manchester que no puede usarse en el continente, *no viste bien*. . . .

El parlamentarismo no ha hecho, sin duda, maravillas en Francia, ni en ninguna parte; ningún régimen político hace maravillas; pero vamos á ver ¿con qué va á ser reemplazado? Con la república plebiscitaria. Esta es una invención bonapartista que desde los tiempos de Boulanger, diez años ha, anda trastornando los cerebros de los descontentos, de los in-clasificados de todos los partidos, que forman la impedimenta de la república en marcha, ó más bien, son los *gépídos*, como se dijo en tiempos de las invasiones bárbaras en el imperio, los rezagados. ¿Pero qué quieren? Todos quisiéramos saberlo; los bonapartistas desean que se consulte al pueblo por medio de un plebiscito, si es su voluntad que continúe la República ó prefiera el Imperio; suponen que los franceses olvidarán que la famosa fórmula «el Imperio es la paz» quedó definitivamente reemplazada por esta otra «el imperio es Sedán.» Pero los neo-plebiscitarios protestan contra todo esto, y juran y cantan su amor por la república, la república no puede ponerse á discusión, según ellos, es *intangibile*, como dijo de Roma italiana el rey Humberto. ¿Cómo entra, pues, el plebiscito en un régimen normal de gobierno? La democracia representativa se ha imaginado precisamente porque el pueblo no puede gobernarse directamente á sí mismo. En una democracia de veinte ó treinta mil electores, como Atenas, se comprende; pero en donde se trata de millones ¿cómo puede materialmente llegarse á ningún resultado? ¿Con qué mecanismo?

Parece, según las afirmaciones del corifeo de los plebiscitarios, que de lo que se trata, en realidad, es de hacer nombrar al Presidente de la República por el voto de la nación entera, y esto es un plebiscito, según ellos; y se trata de elegirlo así para que no se deje dominar por la representación nacional; se trata, pues, no de un sistema de equilibrio, sino de combate. Ya los franceses conocen el régimen ese; es el del príncipe-presidente que luego fué Napoleón III. Lo que con ello se quiere, es *un hombre*; es una dictadura militar.

Pues bien, á pesar de lo descabellado, de lo incoherente, de lo balbuceante de esta doctrina de tiranía, no nos hagamos ilusiones, está llamada á triunfar en Francia, si se mantiene más tiempo fuera de la vía normal. Los seis meses siguientes al desenlace del proceso Dreyfus, nos dirán qué hay que esperar ó qué temer. En estos momentos la situación puede definirse así: una anarquía atenuada por los gendarmes. Ese estado de tiebre no puede continuar; no puede seguir; si siguiera la dictadura sería infalible. . . .

Sentimos haber dicho algunas palabras un poco severas tratando de *las cosas de Francia*; pero no hemos hablado nosotros, sino los hechos, á ellos hemos dejado la palabra. . . . Además, no fué, ¡oh! mi caro Balbino, no fué Tácito quien dijo *pesimum inimicorum genus laudantes*? En romance: no hay peor enemigo que el que alaba siempre.

EL VICIO Y EL ESCANDALO.

PUDOR E HIPOCRESIA.

Los latinos tenemos una marcada propensión á ostentar nuestros vicios, nuestros crímenes y nuestros defectos morales. Con el nombre de franqueza y de sinceridad tributamos culto á una forma del cinismo que consiste, no en disimular, atenuar, ocultar todo lo que de repugnante, odioso ó incorrecto tienen nuestros sentimientos ó nuestra conducta, sino precisamente en hacerlo público y notorio, en ostentarlo, hasta en vanagloriarnos y hacer gala de ello.

Y vamos más allá; no nos conformamos con aprobar y aplaudir la ostentación del mal sino que vituperamos y denigramos á quien teniendo un vicio lo oculta, á quien se disimula y disfraza para proceder mal, á quien se afana y esfuerza por mantener misterioso é ignorado ese rinconcito negro del alma y ese vericuetto sombrío de la conducta que casi ninguna alma ni ninguna conducta dejan de tener.

Lo primero que se nos ocurre cuando estamos beodos es echarnos á la calle á lucir la *mona*; tener una aventura amorosa y callarla es para nosotros tormento indecible; nada nos preocupa tanto como que se sepa que jugamos ó trasnochamos y rara vez dejamos de habitar la casa de vidrio á través de cuyos muros todo puede verse y juzgarse desde la calle.

Como natural consecuencia de este modo de pensar y de ser odiamos y denigramos á los discretos, á los reservados, á los solitarios del vicio que se encierran para beber, que corren cortinas y celosías para jugar ó se envuelven para amar en las nubes de Júpiter. De hipócritas no les bajamos un punto y cuando establecemos parangón entre sus vicios y los nuestros invocamos en nuestro favor lo atenuante de la franqueza, de la lealtad, de la publicidad de nuestro proceder; nosotros no engañamos á nadie, no damos *gato por liebre*; todo el mundo sabe á qué atenerse tocante á nuestra conducta y si somos perversos en cambio á nadie tendemos el cebo de nuestra fingida virtud.

Esta polémica se ha entablado seriamente y en términos precisos entre franceses é ingleses. Aquéllos dicen siempre á éstos: nosotros parecemos más viciosos porque somos más sinceros; vosotros parecéis más virtuosos porque sois más hipócritas; París vale tanto como Londres, hay en la una como en la otra capital igual prostitución é iguales desórdenes, nada mas que París se exhibe y Londres se encierra y que París se desnuda mientras Londres se vela.

¿Qué pensar de este criterio y de este modo de considerar las cuestiones elevadas de la moral privada y pública? ¿Qué preferir entre la ostentación cínica y la hipocresía repugnante? ¿Quién tiene mayor valor moral, D. Juan ó Tartufo?

A nuestro juicio la solución estriba en la diferencia radical que media entre la hipocresía y el pudor y en el avalúo de las ventajas y de los inconvenientes que resultan de ocultar y de ostentar un vicio.

La civilización propende á engendrar y acrecentar en el hombre el sentimiento del pudor; el hombre aspira sin lograrlo á dejar de ser un animal, una simple variedad zoológica. El desenvolvimiento de su inteligencia, de su poder sobre la naturaleza, el predominio de su espíritu sobre su cuerpo, sus aspiraciones á lo noble, á lo puro, á lo ideal, hacen que lleve como un fardo la inexorable fatalidad de sus necesidades animales, de su organización física, de sus instintos y propensiones bestiales. El hombre civilizado es materia que quiere ser espíritu, un cuerpo que quiere ser una alma, un bruto que quiere ser un Dios. El pudor no es más que la vergüenza de la animalidad.



SRA. ROSALIA CHALIA, SOPRANO DRAMATICA ABSOLUTA.

La mujer cubre sus formas animales, las envuelve en gasas que quisiera fueran nubes, y cuaja sus vestidos de listones que aspiran á ser flores y de joyas que aspiran á ser astros. El vestido vela, oculta, desfigura, hace olvidar la forma material y animal; es una muestra que disfraza una verdad y en el vestido hay pudor y no hipocresía; los partidarios de la franqueza y de la sinceridad no se desnudarían como Sócrates ante sus discípulos, ni harían desnudar á sus mujeres como Friné ante el areópago. Ocultarse como Susana para tomar un baño, es pudor y no hipocresía.

Los animales ejercen á la luz del día, sin remordimiento y sin vergüenza, todas sus funciones y satisfacen en público todas sus necesidades, si el hombre procediera así por espíritu de sinceridad y de franqueza, la sociedad sería una cloaca y la vida social se haría insoportable. Lo que pasa con la vida física pasa igualmente con la vida moral; los vicios son expansiones y explosiones de la vida animal; la ira, la intemperancia, la lujuria, no pueden ostentarse sin hacer repugnante y odioso á quien los exhibe y sin contaminar por el ejemplo y la imitación á quienes nos contemplan. Moderar un arrebatado de ira, refrenar ante el público las expansiones á que el amor incita; dejar *cumplimiento* en el plato para disimular la gula; tocar apenas con los labios la copa que se quisiera apurar hasta las heces, son deberes sociales, *convencionalismos* salvadores del pudor público, prescripciones ineludibles de ese código del disimulo, del freno, del valladar pasional que se llama la urbanidad y que coopera á mantener al hombre en relaciones gratas, útiles y nobles con los demás hombres.

Y no basta reprimir y disimular lo que se siente y lo que se desea, sino que es fuerza también fingir y mimar lo que no se experimenta, aparecer jovial estando triste, mostrarse benévolo cuando se desearía causar mal, comer sin apetito, bailar estando fa-

tigado, ser amable con seres antipáticos y respetuoso con personas despreciables.

Sin esta esclavitud, roto el freno de las conveniencias sociales, el hombre sería una fiera salida de la jaula y un solo hombre sin educación hace en la sociedad el papel del lobo en medio del rebaño.

La verdad y la ficción y por consiguiente la franqueza y el disimulo, tienen su lugar bien definido en la vida humana. Por urbanidad un cajero no debe hacer aparecer favorables los saldos adversos; en una academia científica no se debe acatar el error ajeno por simple cortesía; los partidos en una Cámara no deben votar por simple deferencia con sus adversarios; con el médico se está exento de las prescripciones del pudor.

Pero tratándose de vicios, ya que no pueden extirparse, que haya siquiera el pudor de ocultarlos. Autorizar, disculpar siquiera su ostentación so pretexto de franqueza, de sinceridad y de horror á la hipocresía, es favorecer su propagación con el ejemplo y decretar el desfreno.

La desnudez antigua produjo la estatuaria griega; pero infiltró y generalizó los más repugnantes vicios. La desnudez moral proscribiría más aún á los hombres, y no es seguro que llegara á producir, en compensación, una estética noble y duradera.

DR. MANUEL FLORES.

LA SEÑORA CHALIA

Pocas veces se ha juzgado en México con tanta justicia y con menos apasionamiento á una cantante de ópera; hemos olvidado todo *snobismo* al apreciar los grandes méritos de la Señora Chalia.

La Empresa y los admiradores de la artista la presentaron como una estrella desprendida de las constelaciones del *Metropolitan Opera House* de Nueva York, y con eso creyeron decirlo todo. El público, sin embargo, antes de aplaudir quiso juzgar por sí mismo.

La Señora Chalia no llevaba peligro ninguno y esa reserva de los que hoy son sus admiradores la pone más alto en el concepto de los aficionados, porque el talento y sólo el talento de la artista ha determinado su triunfo.

La Señora Chalia dejará en México un gran recuerdo con el que lucharán todas las que hagan el papel de la protagonista en «Cavallería Rusticana.»

LA ENSEÑANZA COMERCIAL EN EUROPA

La cifra de exportaciones anuales de una gran nación es la imagen más fiel de sus fuerzas vivas y el mejor signo aparente de prosperidad, y sus datos son preferibles á los que presentan el poder militar y la extensión de los dominios coloniales para conocer su adelanto.

Hay en Europa dos naciones, Francia é Inglaterra, que á mediados del siglo figuraban en primer término como exportadoras; pero de treinta años á la fecha, las condiciones de los mercados internacionales se han modificado en perjuicio de los intereses de esas dos naciones. Algunos de sus grandes compradores, como los Estados Unidos, producen ya los objetos que consumen y exportan lo que les sobra, compitiendo audazmente con el comercio europeo en algunos lugares del mundo.

Por otra parte, algunos pueblos agricultores han desarrollado su industria de una manera prodigiosa; Alemania, Austria-Hungría, Rusia, Bélgica y Suiza, luchan contra los franceses y los ingleses en el mun-

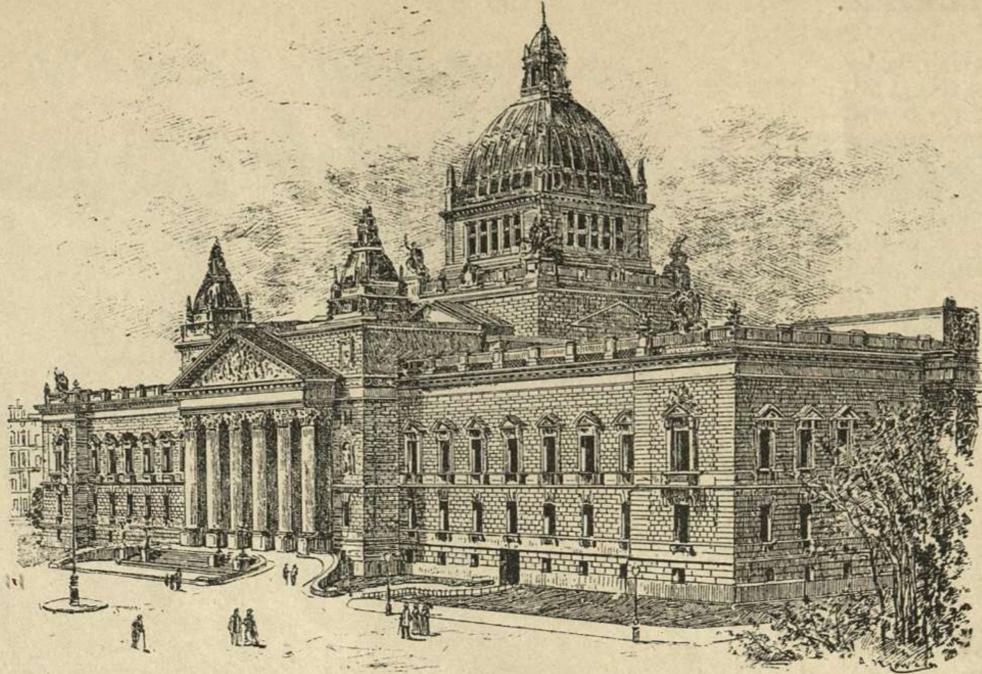
do entero y se apoderan de la clientela que antes tenían.

Sin entrar en pormenores minuciosos sobre las transformaciones á que nos referimos, baste decir que de 1872 á la fecha, los Estados Unidos han aumentado sus exportaciones casi en la misma suma que representaba en aquel año la exportación francesa.

En Alemania ha aumentado en una tercia parte el número de los obreros empleados en la industria: el año de 1882, los diversos establecimientos industriales ocupaban cerca de seis millones de hombres y más de un millón y medio de mujeres; en 1885 había ocho millones de hombres y dos millones y medio de mujeres ocupados en los mismos establecimientos.

El problema tiene su solución, según los que mejor lo han estudiado, en la inferioridad de la enseñanza comercial francesa, ó si se quiere en la generalización de la enseñanza técnica y comercial de las naciones rivales de Francia. A lo menos esa es una de tantas causas y de las más serias, pues claro está que también han concurrido á producir el fenómeno diversos factores suficientemente estudiados ya.

M. Yanjoul, sabio ruso que ha publicado un estudio notable sobre los medios empleados por los Estados europeos para desarrollar su comercio exterior decía: se ha repetido que el maestro de escuela alemán ha desarollado la fuerza brutal de Alemania; le ha hecho á su patria un servicio mejor, el de favorecer con todas sus fuerzas el aumento de su capacidad productiva en el orden industrial y comercial. Meditad este pasaje del informe de un cónsul americano dirigido últimamente al gobierno de Washington: «Los progresos realizados en Alemania de veinte años á la fecha—período brevísimo si se tiene en



EL NUEVO INSTITUTO DE COMERCIO DE LEIPZIG (ALEMANIA.)

nómico del mundo, que lo estudie en todos sus pormenores para que pueda saber á donde ha de llevar útilmente sus esfuerzos y para que medite los trabajos y la marcha de sus competidores extranjeros.

Es lo que han hecho en Europa alemanes y austriacos, belgas y suizos; millares de jóvenes de esas naciones, han adquirido una excelente educación comercial. Hablan y escriben muchas lenguas vivas, tienen opiniones precisas sobre los negocios, en una palabra, están mejor armados para la lucha sabia del negocio moderno. Natural es que progresen.

En 1850 los Estados que después han formado el Imperio Alemán, tenían apenas diecisiete escuelas de comercio que daban una enseñanza primaria superior, ó secundaria. Actualmente, hay en Alemania setenta y tres escuelas de enseñanza comercial secundaria y dieciséis escuelas superiores de comercio, cuyos alumnos tienen el privilegio cuando pasan los exámenes, de no hacer sino un año el servicio militar. Las dieciséis escuelas superiores se reparten en todo el territorio del Imperio; á saber: seis en Prusia, cuatro en Baviera, tres en Sajonia, una en Wurtemberg, una en Hesse y una en el principado de Reuss. Hay además ocho establecimientos, gimnasios, escuelas reales superiores y escuelas técnicas, que con los mismos programas forman industriales y comerciantes. El número de alumnos de todas las escuelas de esta clase, llega á doce mil trescientos. En algunas ciudades la escuela comercial recibe subvención del municipio.

En Austria Hungría hay un total de cincuenta y siete escuelas, con ocho mil seiscientos alumnos, y doscientas cuarenta y seis escuelas de perfeccionamiento á que concurren generalmente más de treinta y ocho mil empleados, agentes y meritorios de comercio.

En Suiza el nivel de la enseñanza primaria es muy elevado, y en la segunda parte, destinada á los niños de nueve á diecisiete años, además de las lecciones de cálculo rápido y de teneduría de libros, se les enseña el francés, el alemán ó el italiano, es decir, una de las lenguas no habladas en el cantón en que está la escuela, y frecuentemente el inglés.

En Bélgica la enseñanza comercial secundaria se recibe en los ateneos en el Instituto de San Ignacio de Amberes, que es una escuela de enseñanza especial comercial, y la enseñanza comercial superior en el Instituto de Comercio de Amberes.

En los Estados Unidos hay doscientos setenta y cinco establecimientos de enseñanza comercial, algunos de ellos de primer orden, á los que concurren más de cincuenta mil jóvenes, de los cuales el quince por ciento cuando menos reciben enseñanza comercial verdaderamente superior. La enseñanza es práctica hasta donde es posible, y los alumnos dirigen oficinas, dan órdenes de compras y de ventas ejecutadas por otras oficinas, hacen contratos, negocios de banca, etc.

En Francia hay dos establecimientos de alta enseñanza comercial: la escuela de estudios comerciales de París y la escuela superior de comercio; las dos tienen un total de cuatrocientos á quinientos alumnos. La enseñanza comercial tiene nueve establecimientos y menos de mil doscientos alumnos. Si se agrega esta cifra á otra igual de alumnos que concurren á los establecimientos de enseñanza comercial, comprenderemos por qué el pueblo francés no ha podido luchar ventajosamente con sus adversarios en el comercio internacional.

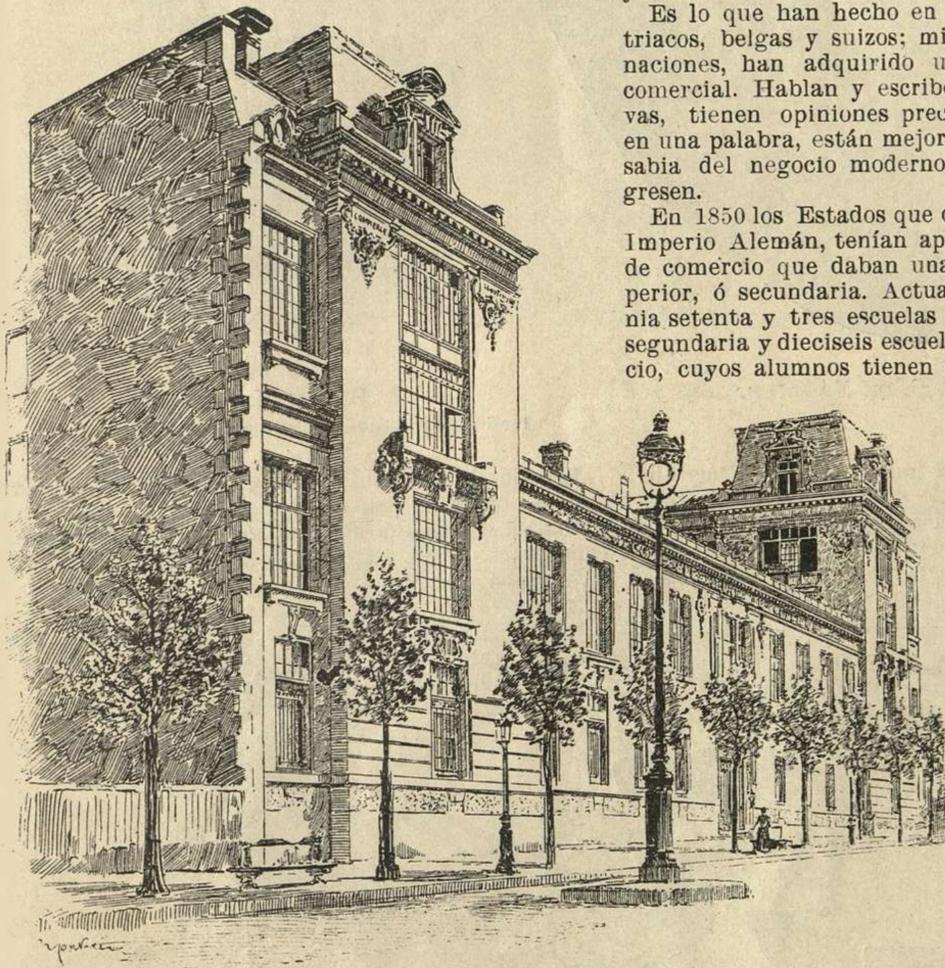
Lo que sobre todo caracteriza las escuelas comerciales francesas, es la falta de interés utilitario de los estudios, lo poco que se les inculca á los alumnos el espíritu de iniciativa y la escasa comprensión de los múltiples problemas que tiene que resolver el negociante, cuando emprende operaciones lejanas de compra ó venta y más que todo la energía de la voluntad. No recibe esos estímulos que la hacen tan sorprendentemente creadores de maravillas en los países del Norte.

EL OCULTISMO EN FRANCIA

Con motivo de haber causado en Francia grande entusiasmo y sensación el horóscopo hecho acerca del Comandante Marchand por una charlatana adivinadora que reside en París, llamada Mme. Thébes y que goza de alto crédito entre la gente supersticiosa, los periódicos de París emprendieron una campaña formal para desautorizar la predicción. Para conseguirlo, recuerdan que en los momentos en que llegó á su apogeo el general Boulanger de célebre recordación en Francia por las engañosas esperanzas políticas que dió y que fracasaron ridículamente; pues bien, en esas circunstancias no faltaron adivinadores que hicieron para el dichoso general un brillante horóscopo político á la medida del deseo de sus partidarios, el cual contribuyó no poco á producir los trastornos que entonces ocurrieron. Del tal horóscopo nada se realizó, como era natural.

Ahora los periódicos nacionalistas y antisemitas le han hecho gran bombo al de Marchand, propagándolo como cosa seria hasta los periódicos católicos, cuyo credo proscriben las supersticiones. ¡Misterios de las pasiones políticas!

Por eso es laudable la tarea de poner en caricatura semejantes farsas, y es en verdad hábil la táctica de los que toman como ejemplo el chasco ocurrido con el horóscopo de Boulanger, puesto que de Marchand predice la adivinadora que será un héroe con todas las cualidades reunidas de Napoleón I y de Boulanger, pero sin ninguno de sus defectos. ¡Poca cosa!

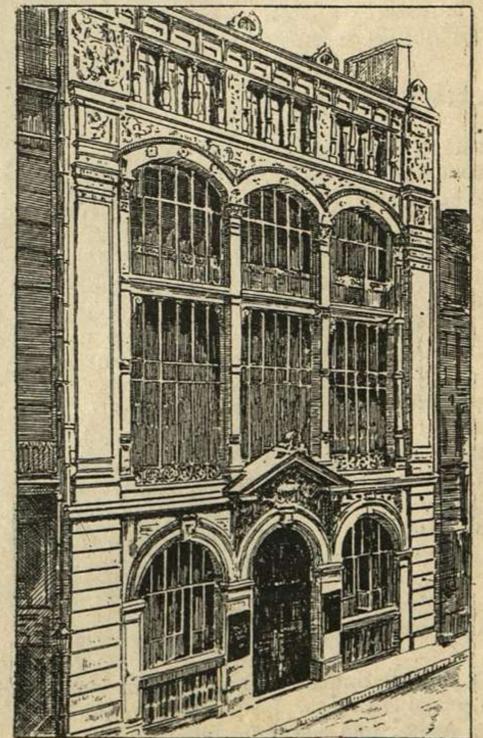


LA ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO DE PARIS.

cuenta la antigüedad de la cultura alemana—sus adelantos en todo orden son verdaderamente increíbles. La actividad de sus *Export Vereine*, la energía de sus agentes, la instrucción que se adquiere en sus escuelas, la puntualidad en la ejecución de las órdenes comerciales, la habilidad con la cual se anticipan á los deseos de las otras naciones en materia comercial, tales son los factores de sus rápidos y seguros progresos.»

De estas cualidades, sólo una falta á los industriales y negociantes franceses, la instrucción técnica comercial. En Francia y en Inglaterra se ha desarrollado menos que en Alemania la enseñanza comercial acusándose en igual proporción el descenso de sus operaciones comerciales con el extranjero.

Un antiguo ministro de comercio de Francia, M. Jules Roche, dice: «Ya no estamos en el tiempo en que los negociantes y los industriales franceses podían esperar tranquila y seguramente en su casa que viniese en su busca la fortuna. Tenían el monopolio de una multitud de objetos y el mundo entero era tributario de Francia. Todo se ha transformado: la competencia es universal y se manifiesta hasta dentro del país; es necesario perseguir al comprador y jugar á quién lo alcanzará primero y más lejos en las mejores condiciones de venta que sea posible. Necesario es pues, aplicar en el orden comercial, el método científico, hoy día de universal aplicación; necesario es que el comerciante francés conozca á fondo el tablero eco-



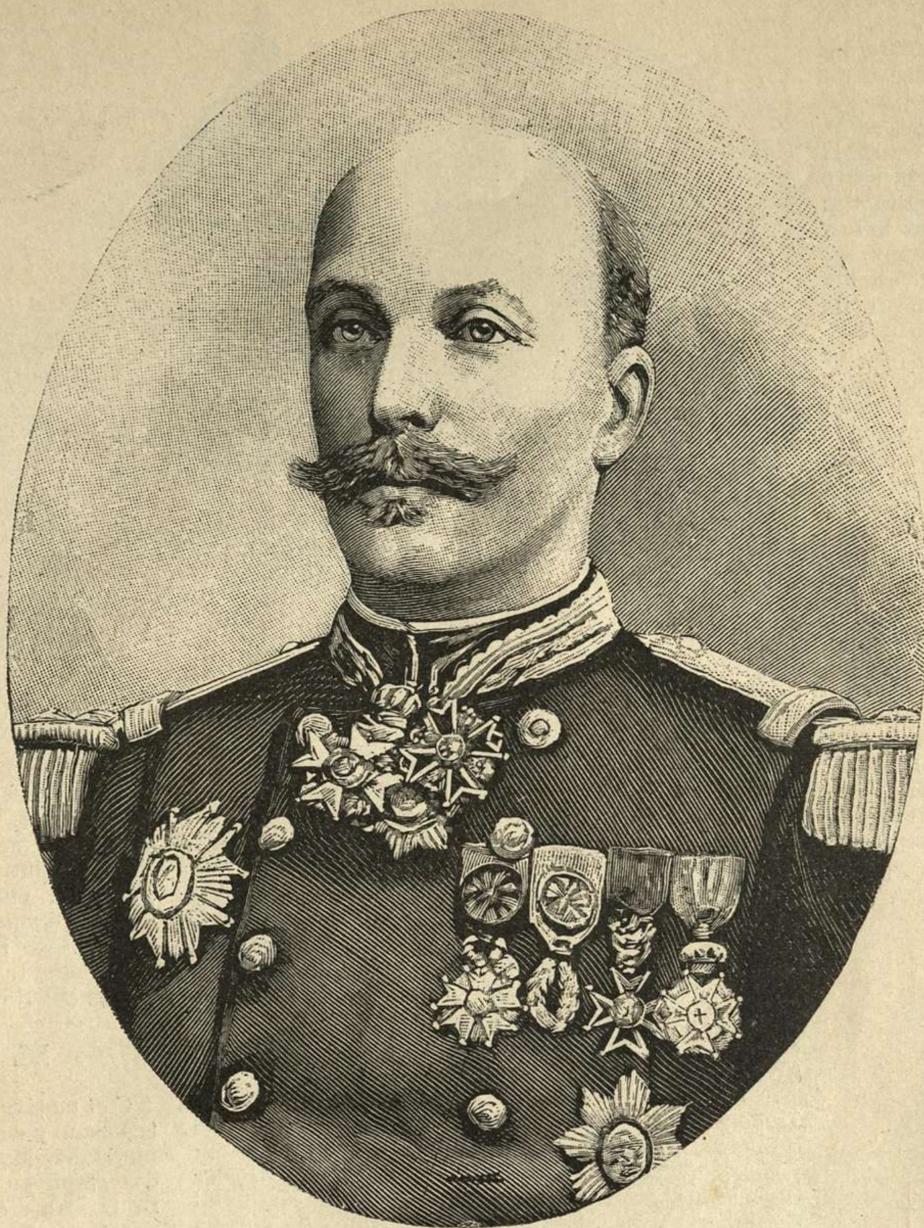
OFICINA SUPERIOR DE COMERCIO EXTERIOR, PARIS.

EL GENERAL DE NEGRIER.

Una de las medidas más enérgicas y dolorosas que ha tomado el actual Ministerio francés para conservar la disciplina en el ejército, fué la remoción del general de Negrier, prestigioso militar de aquella nación y miembro del Supremo Consejo de guerra.

Muy discutida fué la determinación del General Marqués de Gallifet, Ministro de la guerra al separar á uno de los Jefes más estimados y más populares; pero para quienes sin pasión pueden juzgar los acontecimientos, es evidente que nada se impone tanto en las actuales circunstancias como la conservación del orden y el acatamiento incondicional por parte del Ejército, de los acuerdos que dicte el Ministerio llamado á restablecer el equilibrio moral en la nación francesa.

El General Negrier, hoy una de las figuras centrales y de las más simpáticas para los que erróneamente quieren sostener los privilegios del Ejército contra las exigencias de la justicia



EL GENERAL F. O. DE NEGRIER.

La parte española, que es la central y oriental, formó la República Dominicana, y afortunadamente no ha conocido los horrores de la guerra de razas entre el elemento europeo y el africano, importado en tiempo de la dominación española. La población blanca ó mestiza se ha unido con el elemento negro muy numeroso en las costas, y domina todavía en los valles del centro y en la parte alta del país. Esta es la República Dominicana, cuya capital es la ciudad de Santo Domingo.

El General Ulises Heureaux cuya muerte nos transmitió el cable, fué asesinado por un ciudadano de la República llamado Ramón Cáceres. Heureaux ocupó el puesto de Presidente de la República Dominicana dieciséis años y estaba reelecto para el período que debía terminar en 1901, pero se creía en una nueva reelección.

Era extraordinariamente activo, enérgico y de una firmeza tiránica á veces. Pertenecía á la raza negra, y descendía de un antiguo esclavo de la parte francesa de la Isla.

GUZMAN BLANCO,
Ex-Presidente de Venezuela. † en Paris.ULISES HEUREAUX,
Presidente de Santo Domingo asesinado últimamente.

y los intereses del pueblo, es antiguo alumno de Saint-Cyr, establecimiento al que ingresó cuando apenas contaba diecisiete años, por lo que hubo de solicitar dispensa de edad.

Pasó por los grados de Sub-Teniente, Teniente y Capitán de Cazadores de Infantería, y el año de 1870 su conducta excepcional y heroica en Saint Privat, en donde fué gravemente herido, lo hizo acreedor á una mención y á la cruz.

Restablecido de su herida, siguió la campaña á las órdenes de Faidherve con el grado de Comandante del 24 batallón.

En 1879 recibió el grado de Coronel y se distinguió por sus brillantes campañas en Africa y en el Tonkin.

En 1882 fué ascendido á General de Brigada, y en 1885 llegó á divisionario poniéndose bajo su mando poco después el 7.º Cuerpo de Ejército.

Sus méritos le han valido ser gran cruz de la Legión de Honor, y últimamente ocupaba un puesto en el Consejo Supremo de Guerra del que fué removido por sus violentas críticas contra el Ministerio Waldek Rousseau-Gallifet, en perjuicio de la disciplina y del principio de autoridad.

EL GENERAL GUZMAN BLANCO.

Este antiguo Presidente de la República de Venezuela, expatriado desde hace varios años, murió últimamente en París en el palacio de su propiedad de la calle de la Perouse.

Tenía setenta años, y desde el año de 1888 se retiró definitivamente de la vida pública fijando su residencia en París, en donde contrajo vínculos de parentesco con la nobleza de Francia, pues una de sus hijas se casó con el duque de Morny y otra con el Marqués de Noé.

Como soldado tomó parte en las agitaciones políticas de Venezuela, y en 1870 se apoderó de la primera Magistratura de aquella República.

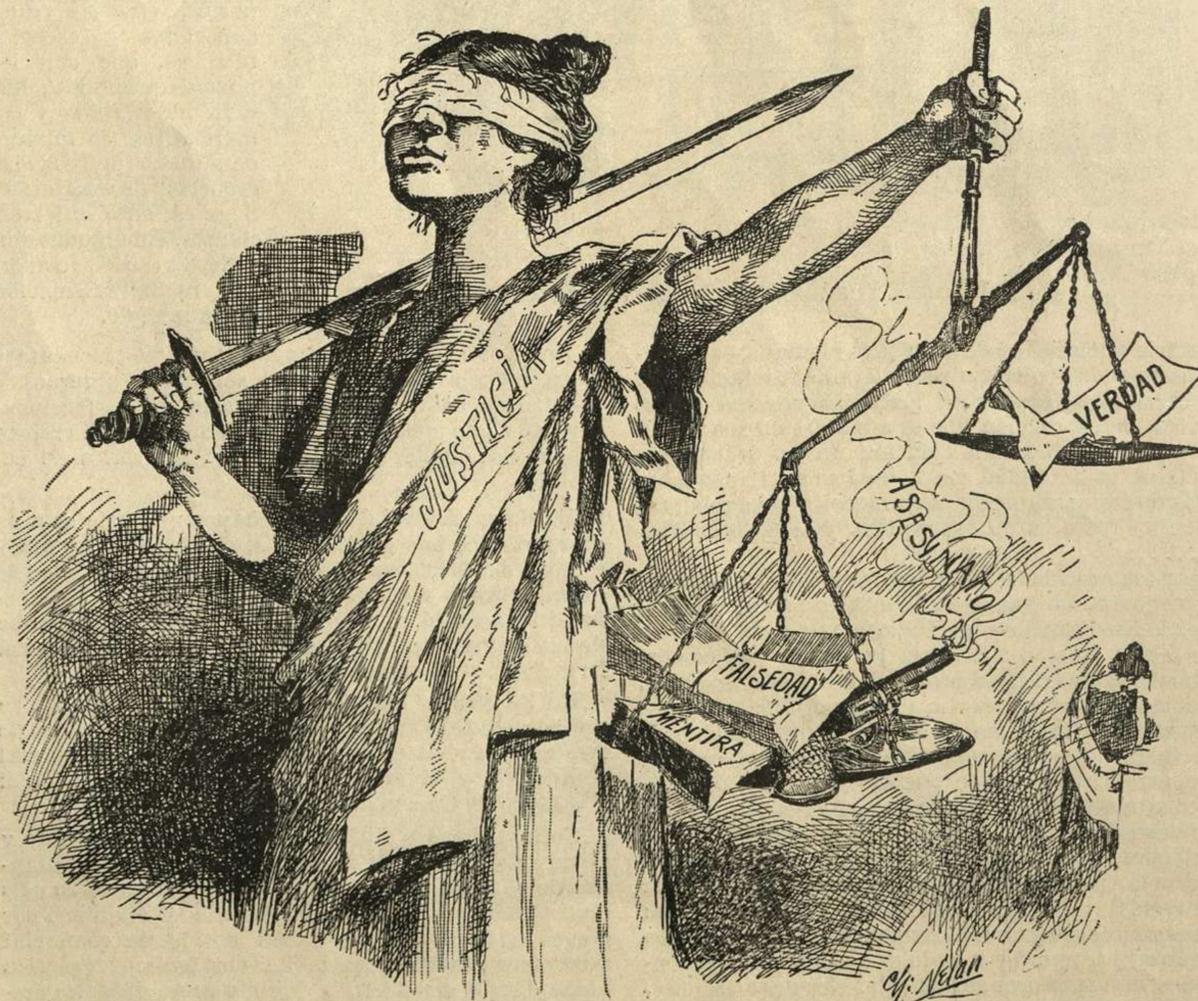
Su nombre es uno de los más conocidos en la América Latina, y deja en ella el recuerdo de una larga carrera de soldado y político que ilustrará la historia de las revoluciones latino-americanas.

El Presidente Ulises Heureaux.

La gran Isla de Santo Domingo es en parte española y en parte francesa. La parte francesa que está al Oeste y es la más pequeña, pues ocupa próximamente un tercio del territorio, es la más poblada y en

ella dominan los negros y los mulatos desde la terrible insurrección de hace un siglo durante la cual destruyeron, expulsaron y absorbieron la población blanca. Al hacerse independiente le dieron al país el nombre de Haiti, con el que designaban los indios toda la isla antes de su descubrimiento por Cristóbal Colón.

Era hombre instruido, pues además de estudiar mucho, tenía el don de la asimilación y una gran fuerza en el trabajo. Bajo su gobierno la República Dominicana vivía en paz, aumentaba su población y progresaba en todos sentidos.

LA CARICATURA EN EL EXTRANJERO.

¿De qué lado se inclinará la balanza?

(New York Herald.)

México Moderno



CASA DEL SR. TORRES ADALID.—AVENIDA JUAREZ.



CASA DE LOS SRES. ESCANDON —MIRADOR DE LA ALAMEDA.

NOVEDADES CIENTÍFICAS.

Viajes interplanetarios.—La geografía y la vida del planeta Marte.
—El progreso idealizado.—Triunfos de la Pedagogía: un perro que sabe matemáticas.

El ilustre astrónomo M. Camilo Flammarion hizo su viaje de bodas en globo para obsequiar los imperiosos deseos de la desposada, quien impuso este fantástico paseo como condición esencial para dar el clásico sí. El primer beso de amor fué cambiado entre estos novios ultra-idealistas, teniendo por alcoba nupcial el infinito espacio azul, magníficamente engalanada con cortinajes de nubes prendidos con estrellas é iluminada por la «misteriosa lámpara de plata,» por la infeliz luna tan acostumbrada á tomar parte de grado ó por fuerza en estas escenas, merced á la arbitraria voluntad de los poetas.

Las más desenfadadas fantasías de los románticos quedaron muy por debajo de la espléndida y original realidad de este viaje nupcial; imposible parecía imaginar una fiesta de amor celebrada con tan absoluto desprendimiento de la Tierra y sus miserias, puesto que los desposados estaban á varios millares de metros lejos de ellas.

Pues bien, á pesar de la extraordinaria novedad de esa excursión, el progreso científico pronto va á darnos algo mucho más interesante y grandioso. Cualquiera novio del siglo futuro, es decir, de mañana, estará en posibilidad de preguntarle á la novia, la víspera de la boda, si prefiere ir á pasar la luna de miel á París ó á Marte, á Niza ó á Venus. Así, como suena.

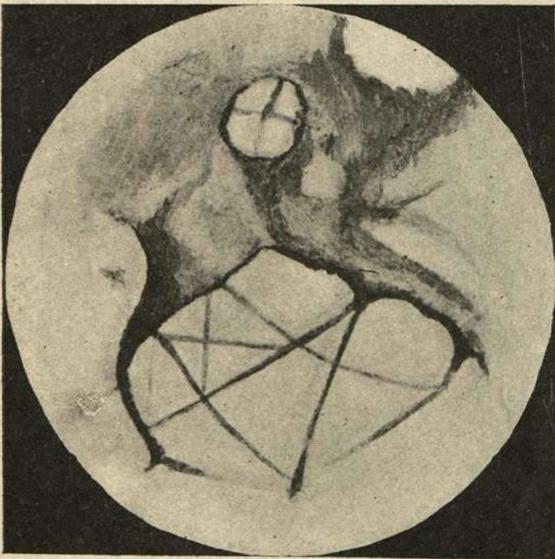
Y este viaje podrá hacerse sin peligro alguno, sin la menor molestia, sin temor á que un naufragio ó un descarrilamiento corten en flor el idilio apenas comenzado.

Esto que parece inútil charla, es, por el contrario, hermosa verdad científica.

Uno de los más curiosos fenómenos que ofrece á los espíritus observadores el progreso de la ciencia, consiste en su marcada tendencia á usar de la materia y de todo lo creado sin consumirlo, sin cambiarlo de forma ni de lugar, de una manera virtual, ideológica por decirlo así. Por una parte, de día en día la ciencia se hace más positivista y se funda exclusivamente en hechos materiales, pero al mismo tiempo sus conquistas se inmaterializan á fuerza de perfeccionamientos, y esto que parece una paradoja, es sencillamente una consecuencia lógica del predominio que la inteligencia humana va adquiriendo sobre la materia.

La luz artificial es un concluyente ejemplo de este hecho.

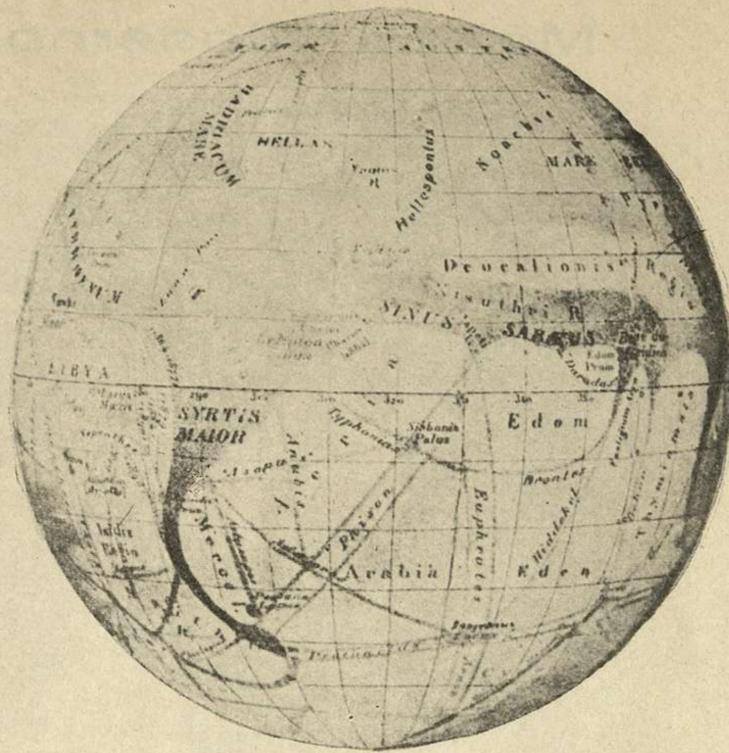
El primer hombre que consiguió encender luz frotando uno contra otro dos trozos de madera resinosa, consumió, además de la madera, gran cantidad de fuerza animal, todo para obtener una llamarada de corta duración, rojiza y fuliginosa. Pues bien, después de luengos siglos empleados en variadísimos ensayos á cual más deficientes para obtener una luz artificial perfecta, ahora casi ha llegado el hombre á conseguirla puesto que con una caída de agua, unos



alambres, una ampolleta de vidrio y una chispa de su genio, produce una luz bellísima, la incandescente, y que no consume un solo átomo de materia aunque brille durante siglos. Y todavía los hombres de ciencia estiman que esta luz es defectuosa, puesto que produce calor, y lo estiman con tanta más razón, cuanta que Nicolás Tesla, el glorioso sucesor de Edison, anunció haber resuelto ya el problema de producir la luz fría, es decir, la última palabra que al parecer puede pronunciarse en la cuestión del alumbrado, desde que el primer hombre lo produjo casual ó deliberadamente frotando dos trozos de madera.

Pues lo mismo que aconteció con la luz, tiende á hacer la ciencia moderna con los demás problemas sometidos á su omnipotente fuerza.

El primer hombre que quiso comunicarse con otro á distancia, tuvo que trasladarse á donde estaba su semejante ó que enviarle un mensajero, esto es, la



carta hablada. Vino después la carta escrita en ladrillos, en tablillas de madera, primero desnudas y luego recubiertas de cera, más tarde aparecieron sucesivamente el papiro, el pergamino y el papel, hasta que la electricidad dióles el golpe mortal á tan groseros medios de transportar las ideas. El único vehículo digno de la palabra, verbo encarnado de la idea, es la electricidad omnipotente y rápida como ella.

Y dominada la luz con las conquistas de la óptica y de la química; dominada la electricidad con los avances de la física, é invadido el espacio y vencida la materia hasta en sus más tenaces resistencias, por la marcha triunfal é incesante de las aplicaciones de la fuerza eléctrica, dentro de poco desaparecerá la necesidad de exponerse á los peligros de un viaje lo mismo para conocer nuestro mísero planeta, que para hacer una excursión por Marte, Venus y, más tarde, por los demás sistemas planetarios y hasta por las remotas constelaciones ahora más bien adivinadas que vistas.

Cuando hace algunos años se habló de conocer la composición química de los demás planetas y hasta de las estrellas, hubo una sonrisa de incredulidad despreciativa para semejante idea, entonces calificada de absurda. Ahora, mediante el análisis espectral se sabe, átomo por átomo, la naturaleza de los cuerpos de que se componen los milenarios habitantes del espacio, su anatomía y su fisiología, digámoslo así, nos son familiares, y sabemos de ellos tanto como de nuestro propio planeta ó muy poco menos.

Un soñador, mejor dicho, el profeta de la Ciencia, imaginó un maravilloso cuanto inverosímil relato de un viaje á la luna. Entonces los sabios rieron de la idea y hasta hubo quien la discutió demostrando su imposibilidad. Pero ahora nos dice la Ciencia: ciertamente, es imposible que el mísero animal humano, todo debilidades, se salga de su medio y viaje por el espacio; pero ¿es necesario que su cuerpo viaje? no puede hacer que su inteligencia sea la que se lance al espacio y viaje sola, puesto que para ella no existe la pesantez, ni necesita del aire oxigenado para vivir y ningún peligro sabría alcanzarla ni hacerle daño alguno?

Y como decir y hacer casi es lo mismo para la Ciencia, he aquí las pruebas.

Para hacer el mapa de nuestro planeta fué preciso que muchas generaciones de hombres de excepcional energía, emplearan siglos en viajar, arrojando dificultades sin cuento y desafiando la muerte cien veces cada día, y aun así, no conocemos del todo bien la geografía terrestre; todavía hay regiones inexploradas y rincones misteriosos por estudiar.

En cambio, unos cuantos astrónomos, cómodamente tendidos en la *chaise longue* de sus telescopios, con paciencia pero sin riesgo, pudieron ya levantar el mapa fidelísimo de todo un hemisferio de nuestro vecino Marte, á pesar de los catorce millones de leguas que nos separan de él. Y nos enseñan con la certeza de un hecho científico, que lo que antes pareció vegetación y agua en Marte, «ni es cielo, ni es azul,» ni es vegetación, ni es agua, sino ilusiones ópticas, puestas en claro por el espectroscopio. Agua la hay en Marte, pero en escasísima proporción y según parece toda en estado de vapor en su atmósfera. Los llamados mares son grandes cuencas vacías por ahora. ¿Estuvieron llenas, lo estarán más tarde? La vida animal existe en Marte?

Casi puede afirmarse que no y hasta basándose en las observaciones hechas, se hace la hipótesis de que el estado actual de Marte en punto á vitalidad, es muy semejante al de la Luna, es decir, que la vida

animal pasó ya y terminó con el enfriamiento del planeta. Marte sólo recibe cuatro novenos del calor solar que la Tierra recibe, y añadiendo este dato al aspecto de desolación y á la ausencia de agua que se observan en su superficie, puede pensarse que nuestro vecino es un gran agonizante, próximo á convertirse en un trágico cadáver condenado á flotar en el espacio hasta que un fenómeno de la evolución sideral lo convierta de nuevo en nebulosa, luego en cometa, más tarde en sol ó en parte de otro sol, después comience otro período de enfriamiento, lo embellezca la vida animal y vuelva al fin á convertirse en cadáver, y esto infinitamente y en períodos de tiempo ante cuyo cálculo retrocede la inteligencia humana, espantada más que por la grandeza de ellos, por la miseria de la vida del hombre comparada con la de los astros.

Con que ya vemos que se puede viajar por los espacios ideológicamente, como pronto se viajará por la Tierra, cuando el telégrafo sin hilos, el fonógrafo y el cinematógrafo, formen un sólo aparato, más notable que las siete maravillas del mundo antiguo reunidas. Y esto no es una esperanza, ni una probabilidad siquiera: es un hecho. Existe la telegrafía sin hilos; la fonografía ya fué aplicada al telégrafo; también es un hecho la transmisión de las imágenes luminosas por medio del telégrafo, siendo indiferente transmitir una sola fotografía ó muchas como en el cinematógrafo.

Falta únicamente reunir en uno todos esos prodigios y entonces, para viajar, las cosas y las personas vendrán por esencia, presencia y potencia hacia nosotros, y ya no será preciso que nosotros vayamos hacia ellas.

Vaya otro hecho maravilloso para confundir á los detractores de los sistemas modernos de educación.

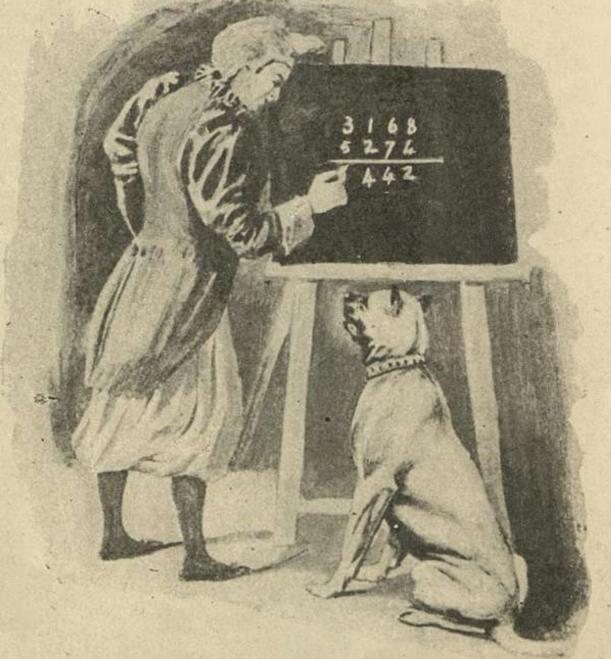
Dejando á un lado por inútil la discusión de si los animales tienen alma, discusión ingrata entre otras cosas, porque ni sobre la naturaleza del alma humana, ni sobre su existencia hay dos metafísicos en completo acuerdo, pasemos á los hechos.

En París anda el mundo científico alborotado por un caso al parecer vulgar, y que por el contrario, es de gran trascendencia.

Se trata de un perro que sabe aritmética. Por supuesto que no es uno de aquellos perros sabios que pasan por tales á semejanza de muchos hombres, sólo porque señalan casualmente un número con la pata. No.

Es un perro que por la educación racional y metódica de los sentidos, hecha mediante los más estrictos procedimientos de la pedagogía moderna, llegó á adquirir la noción del número y, lo que es verdaderamente admirable, la de sus combinaciones.

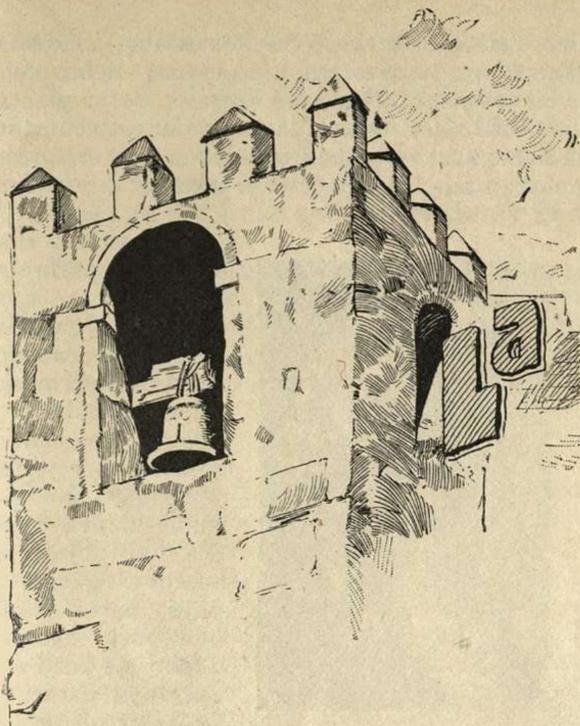
El sabio animal suma, multiplica y divide, expresando con ladridos los números que combina. Para comprobar la educación de sus sentidos, se le vendan los ojos, se le dicen los números y él responde acertadamente; con los ojos vendados y sin decirle nada,



cuenta con una pata las bolas de un ábaco y hace el cálculo, siempre sin equivocarse.

El hecho es concluyente: la Pedagogía puede hacer de un bruto un sabio.

M. ROMERO IBÁÑEZ.



La Historia de Valdemar Daae y de sus hijas

contada por el Viento

I

Ida, Juana y Ana Dorotea: jamás olvidaré sus nombres.

«Eran hijas de padres ricos y nobles, nacidas en la grandeza, educadas en el fausto. ¡Hu-u-hud! ¡Escapo! ¡Vuelo! dijo el viento, y luego continuó su relato.

«Jamás vi allí, como en los otros castillos, que la noble señora manejara la rueca rodeada de sus criadas: ella no hacía más que tañer las cuer-



UANDO el viento pasa acariciando las altas yerbas, éstas ondulan como el agua de un lago: cuando se desliza por entre las mieses, éstas se doblan y se levantan como las olas del mar. El viento canta y recita alternativamente.

¡Qué voz tan llena y sonora es la voz del viento! ¡Qué variadas son sus modulaciones, según se desliza por entre las copas de los árboles, ó al través de los ventanales de un campanario ó de las troneras de

un viejo muro! ¿Lo veis allá arriba impeliendo las nubes, que huyen tan pronto apiñadas como dispersas cual un rebaño de ovejas perseguidas por el lobo? ¿Oís sus fieros aullidos? ¿Lo oís silbar al través de las rendijas de la puerta, remedando el sonido de una bocina? Ahora se introduce por la chimenea: ¡qué extraña melodía produce! Escuchadle con atención: entona un cantar triste y quejumbroso, y no os asombre, pues sabe millares y millares de historias. Prestemos oído á su relato. Hu-u-hud! Escapo! Vuelo! Este es el estribillo de su balada.

II

«A orillas del Gran Belt, dice el viento, se levanta un viejo castillo señorial, de gruesos muros de asperón. Yo conozco una á una sus rojas piedras, desde que sirvieron para construir el castillo de Marsk Stig, hasta que éste fué demolido, y las transportaron más lejos para fabricar con ellas el castillo de Borreby, á que me refiero, y que aún se mantiene en pie.

«Yo he conocido á todos los altos y poderosos barones y á todas las bellas castellanas que lo han habitado; pero dejémoslas. Hoy no quiero hablar más que de Valdemar Daae y de sus hijas, que un tiempo lo poseyeron. ¿Cuándo? Buscadlo en las crónicas.

«¡Qué altiva era la frente del señor Daae! Sangre real corría en sus venas, y era hombre para hacer algo más que vaciar la copa ó dar caza al ciervo. Tenía en sí mismo una absoluta confianza, y cuando hallaba obstáculos á sus empresas,— «¡Todo se andará!» solía decir sonriendo tranquilamente y sin dudar nunca del éxito.

«Su esposa vestía trajes recamados de oro y parecía una reina, cuando pasaba con solemne arrogancia por el gran salón, cuyo pavimento incrustado de maderas finas brillaba como un espejo. Magníficos tapices colgaban por todas partes y los muebles artísticamente cincelados eran de ébano y marfil. Cuando se casó trajo en dote grandes riquezas en oro y plata labrada. ¡Qué lujoso era el castillo de Borreby! Su bodega estaba llena de los mejores vinos y en las cuadras relinchaban fogosos caballos de las castas más puras y estimadas.

«Tres graciosas niñas jugaban en el parque,



das de su laud y cantar, y no los antiguos cantos daneses, sino endechas y baladas extranjeras.

«La vida y el movimiento eran incansantes en el castillo; de cerca y de lejos iban á él los huéspedes renovándose de continuo. Los festines se sucedían, y era tan ruidoso el choque de las copas, que se oía desde afuera aun en los días en que yo bramaba con todas mis fuerzas.

«Alborozo, lujo y soberbia, de todo había allí, menos virtudes.

«Una vez, érase la noche del primero de Mayo, y yo llegaba del Oeste. A mi paso me había divertido arrojando los buques contra las costas de Jutlandia, en donde se estrellaban, hundándose ellos y las tripulaciones: luego desfilé por encima de las vastas llanuras cubiertas de matorrales, atravesé como un rayo la isla de Fionia, y llegué al Gran Belt, fatigado, jadeante, tosiendo. Estaba sediento de descanso y me acurruqué en las playas de Selanda, cerca de Borreby, á favor del sombrío encinar que había entonces en aquel sitio.

«Los mozos del país andaban atareados recogiendo haces de leña seca, y los trasladaban á la plaza de la aldea, los amontonaban y los encendían; y ellos y las muchachas cantaban y bailaban en torno de la hoguera.

«Yo soplé suavemente sobre el haz que había traído el más apuesto joven, sobresalió de la hoguera una gavilla de llamas, fulgurando como un rayo. ¡Qué gritos de alegría dieron las muchachas! El mancebo ganó el premio y fué durante todo el año el gallito del pueblo, pudiendo escoger entre todas las mozas la que más le plugo, que no era por cierto la que lo esperaba. Las risas y el alborozo fueron entonces mayores y

más francos que en las pomposas fiestas del castillo.

«En esto, aparece una carroza dorada tirada por seis caballos, en la cual iba la castellana con sus hijas, tiernos, delicados y encantadores pimpollos: una rosa, una azucena y un pálido jacinto. La madre radiante de belleza y cubierta de preciosos atavíos, parecía un soberbio tulipán, erguido sobre su tallo. La alegre reunión interrumpió sus juegos, y se inclinó con respeto ante sus señores; ella en cambio pasó sin saludar ni con la más ligera inclinación de cabeza.

«Al ver á las tres graciosas niñas, me pregunté: ¿Quiénes serán los jóvenes destinados á tomarlas por esposas? ¿Serán poderosos caballeros? ¿Serán príncipes?

«¡Hu u hud! ¡Escapo! ¡Vuelo!

«Los campesinos hicieron lo que yo, se arremolinaron danzando en torno de la hoguera; y en tanto el carruaje escapó al galope.

«A media noche, al levantarme dispuesto á reanudar mi carrera, la altiva castellana se acostó para no volver á levantarse. Una enfermedad repentina se la llevó con tanta presteza como la que yo emplear pudiera.

«Ante tan inesperado contratiempo, Valdemar Daae estuvo algunos días triste y pensativo, pero si el árbol más robusto llega á doblegarse al ímpetu de una ráfaga, se endereza en seguida. Lloraron las muchachas de la aldea; pero los vasallos y escuderos no tuvieron por qué enjugar sus lágrimas. ¡Había sido tan dura su señora! ¡Hu u hud! Y yo huí con ella.

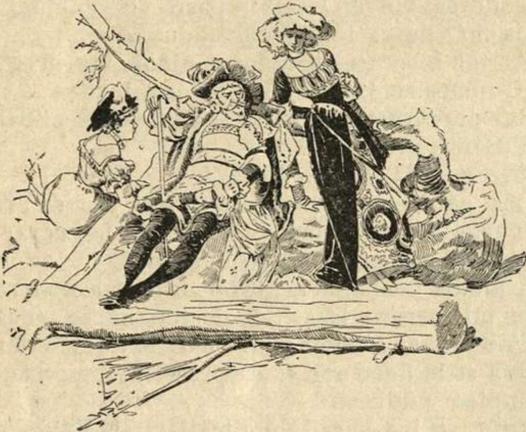
«Volvía, volvía á menudo á las costas del Belt á descansar cerca de Borreby á favor del espeso bosque de encinas. En este encinar anidaban garzas reales, palomas torcaces, cuervos y cigüeñas. Era la primavera; algunas de esas aves incubaban sus huevos, á las otras ya les había nacido la pollada. De repente se oyó una baraunda estrepitosa; toda la población volátil se dispersó desatinada, exhalando gritos de dolor y de cólera. Resonaba el hacha sobre los robustos troncos: el bosque iba á desaparecer. Valdemar Daae se había propuesto construir un soberbio navío de tres puentes, un navío de guerra, seguro de que el rey se lo pagaría á muy buen precio. Por eso decretó la desaparición del espeso bosque que



era á la vez abrigo de las aves, señal preciosa para los navegantes que andaban por aquellas costas sembradas de escollos y peligros.

«Los buhos huyeron los primeros; sus nidos fueron destruidos. Luego las garzas, los cuervos y el resto de aves y pájaros se decidieron á abandonar un sitio en el cual centenares de generaciones de su raza por espacio de siglos enteros habían tenido un domicilio inviolable. Antes de partir revolotearon á bandadas, formando grandes círculos y exhalando agudos gritos de furor. Yo les entendía perfectamente. Las cornejas gritaban: «Crah, crah! nuestra casa cruje. Crah, crah!»

«Entre los roncacos derribados, Valdemar Daae y sus tres hijas contemplaban la obra de destrucción, riendo á carcajadas de los salvajes quejidos de tantos animales. Sólo Ana Dorotea, la más joven, tuvo un rasgo de piedad, al ver que iban á cortar un árbol medio seco, en el cual tenía su nido una negra cigüeña. Vió la niña á los pequeños asomando sus cabezas amedrentadas, y con los ojos humedecidos suplicó por ellos, y el árbol salió ileso. Por lo demás, era muy poco lo que valía.



«Arrasado el bosque, sucediéronse algunos meses de incesante trabajo; era menester aserrar tablones, pulirlos, ajustarlos y clavarlos para construir el navío de tres puentes. El arquitecto era un pechero; pero no estaba de ello menos orgulloso, y con razón, pues en su frente y en sus ojos brillaba la inteligencia. Valdemar Daae le escuchaba siempre con agrado, y su hija Ida, la mayor (tenía quince años), sonreía al oírle.

Y en tanto que fabricaba el navío, el joven arquitecto hacía castillos en el aire, deseoso de entrar en ellos en compañía de Ida. Fácil le hubiera sido, teniendo esos castillos robustos muros de piedra, grandiosas salas bien decoradas, extensos dominios á su alrededor, granjas y bosques.

«Pero no estaba en este caso, y á pesar de su gallardía y de su inteligencia, el joven arquitecto no encontró mejor acogida entre la noble familia, que un gorrión que pretendiera alternar con pavos reales. *Hu u-hud!* El se fué y yo también.

«Acabado su empeño, al salir de Borreby, la hermosa Ida le lloró por espacio de una semana; mas luego se resignó con los golpes de la suerte.

III

Relinchaban en la cuadra los arrogantes corceles de pelo negro y reluciente. Eran unos soberbios animales. Cuando yo no tomaba mi andar más rápido, luchaban conmigo en celeridad. Desde lejos venían las gentes á admirarlos. El almirante enviado por el rey con objeto de examinar el navío y adquirirlo si lo encontraba conforme, hizo de ellos los más cumplidos elogios. Yo lo oía todo: él y Daae se paseaban por la playa hablando del navío, y yo amontonaba en torno del señor de Borreby las dispersas pajas de color de oro, pero no es oro todo lo que reluce, y el oro verdadero que él codiciaba, le escapó. El almirante deseaba poseer los arrogantes corceles, por eso los encomiaba tanto; pero no fué comprendido y el navío quedó por comprar, y como sólo era propio para el rey, permaneció en la arena, mal cubierto de tablas, cual nueva arca de Noé, sin que jamás flotara sobre las ondas.

«*Hu u-hud!* ¡Escapó! ¡Vuelo! *Hu u* por el frondoso bosque, arrasado inútilmente!

«Llegó el invierno, añadió el viento, y cuando los campos se cubrieron de nieve y el mar de témpanos y yo rugía á lo largo de la costa, ví

reunirse grandes bandadas de cuervos y grajos á cual más negros, que se refugiaron en el navío abandonado sobre la playa: la muerte parecía reinar en él. Empezaron á lanzar roncacos grazridos: hablaban del hermoso bosque destruido inútilmente, de todas las aves que lo alegraban y que se habían dispersado, de los nidos destruidos y del gran número de pequeños que habían muerto en tan terrible cataclismo, todo por una masa inerte, por el famoso navío que no había navegado nunca.

«Yo arremoliné la nieve que se extendió como un vasto sudario en torno del navío, y se posó sobre los mástiles. Luego soplé con todas mis fuerzas, y si bien nunca se balanceó en las olas, bien pronto supo lo que son las tempestades. *Hu u-hud!* ¡*Uh uh uh!*

«Y pasó el invierno y luego el verano; los días pasaban volando, como vuelo yo, como vuela la nieve, y en seguida las flores y últimamente las hojas de los árboles. Todo desfila, todo vuela, todo pasa, ¡*Uhuh!* y desfilan y vuelan y pasan los hijos de los hombres.

«Pero las hijas de Valdemar Daae aún no estaban prontas á tomar el vuelo.

«Ida resplandecía, joven y lozana, cual una rosa recién abierta; así el pobre constructor del navío la imaginó un día, así la adoraba. Yo solía sorprenderla absorta y pensativa sentada bajo los manzanos del huerto. A mi aliento ondulaba su oscura cabellera; se la cubría con las hojas blancas y sonrosadas de los árboles; y no se curaba de ello, permaneciendo inmóvil y contemplando al través del follaje el sol poniente y el horizonte encendido como una fragua.

«Su hermana Juana era alta y esbelta cual una anémona y radiante de belleza; pero por su ticsura recordaba á su madre. Gustábale pasearse por la gran sala de honor, cuyas paredes cubrían los retratos de sus nobles antepasados. Llevaban las damas ricos trajes de terciopelo y seda y un sombrero cuajado de perlas sobre sus extraños tocados y resplandecía en ellas la más arrogante belleza. Los caballeros llevaban corazas de acero con embutidos, ó soberbias capas de pieles, una espléndida condecoración pendiente del cuello y la espada al muslo y no á la cintura, según la moda antigua.

«¿Qué sitio ocuparía con el tiempo el retrato de Juana, y qué traje llevaría el noble caballero destinado á ser su esposo? Esto pensaba, y yo la oí hablar consigo misma, un día que encontrando una ventana abierta, me colé en la sala de los retratos.



«Ana Dorotea, el pálido jacinto, era una niña de catorce años escasos y permanecía siempre silenciosa. Sus grandes ojos azules y profundos como el mar lanzaban miradas pensativas, y en sus hermosos labios brillaba la dulce sonrisa de la primera juventud. Por nada del mundo hubiera querido yo marchitarla.

«Sin cesar la encontraba en el jardín, en el parque y hasta en los campos, cogiendo flores y yerbas de las que su padre hacía gran uso para des-

tilar remedios y brebajes. Si estaba Valdemar Daae saturado de orgullo, no estaba menos lleno de ciencia, conociendo los secretos de las plantas y las piedras y de toda la naturaleza, circunstancia harta rara en aquellos tiempos, por lo que se contaban misteriosamente cosas muy singulares de su vasto saber.



«Ni en los días más insoportables de verano se apagaban las hornillas de su laboratorio, en el cual permanecía encerrado día y noche, de bruces sobre sus retortas y crisoles. No hablaba nunca á nadie del objeto de sus investigaciones, pues harta sabía que para hacerse dueño de las fuerzas de la naturaleza, es preciso guardar el silencio más

absoluto. Sin embargo aspiraba á poseer el arte supremo, y creía tocar á su término, que no era otro que poder hacer oro rojo.

«Por eso la chimenea humeaba de continuo. ¡Qué fuego! ¡Qué llamaradas! Yo solía mezclarme en el asunto, y soplando por el tubo de aquella, cantaba: «¡Escapa, huye! Todo se irá en humo y cenizas. Que te abrasas, que te abrasas. . . . *Hu u-hud!* ¡Escapa, vuela!» Pero Valdemar se sostenía con tesón y no quería soltar su presa.

«Y los ricos corceles ¿qué se han hecho? ¿Y qué las copas de oro y las vajillas de plata sobredorada, y los ganados, y las granjas y las alquerías? Todo se ha derretido, todo se ha ido vendiendo para alimentar el insaciable crisol, empeñado en no restituir una sola partícula del oro que devora.

«Granjas, bodegas, graneros y armarios van limpiándose sucesivamente, desaparecen los criados, y acuden los ratones en su lugar. Se rompe un cristal, salta otro, y yo ando á mis anchas por la antigua morada; ya sin necesidad de esperar que abran una puerta, ni de deslizarme por la chimenea, entro y salgo á mi gusto. Soplo al través de la puerta de honor, resonando mi voz como la bocina del guardián, pero ya no hay guardián: hago voltear la veleta de la torre, con un rumor estridente y bronco, como los ronquidos del vigía, pero ha tiempo que éste partió, y los buhos y las comadreas son los únicos moradores de la altiva torre. Se desgoznan las puertas, se hienden, se resquebrajan, se destrozan. Y así entraba y salía, añadió el viento, y por eso pude enterarme de todo.

«Sin separarse de entre el humo y las cenizas, la espectación, la fiebre y las vigiliadas corroían el cuerpo y el alma de Valdemar Daae: su cabeza y su barba se le llenaban de canas, pero al igual que en la hornilla de su laboratorio, no se apagaba nunca la llama de sus ojos, brillando con los salvajes destellos de la codicia y de la insaciable sed de oro.

«Y en el crisol nada, siempre nada: ya nada quedaba por vender, las deudas se acumulaban; y yo cantaba alegremente al través de los cristales rotos y de las grietas de las murallas y me revolví por los cofres de las señoritas en donde yacían revueltos y ajados los ricos vestidos de otros tiempos, los únicos que tenían y que ya no podían reemplazar con otros.

«No habían oído cantar nunca esas orgullosas niñas la antigua balada—«Vivieron en Jauja y murieron de hambre,»—y no obstante esto es lo que les sucedía.

«Y yo andaba cada vez más suelto por el castillo, soplando melodiosamente por los largos correedores. ¡Qué extraños sonidos! Pero harta tenían que hacer para escucharme. El invierno era glacial y yo arremolinaba la nieve en torno del castillo, pues según dicen esto resguarda del frío; todo inútil: las tres señoritas, sin leña con qué hacer fuego desde que desapareció el bosque, pasaban todo el día en la cama.

«Valdemar Daae también tiritaba; pero ni el hambre ni el frío bastaban á dominar su orgullo. «En vano yo le decía» *Hu u-hud!* Escapa! Huye! » él permanecía impávido.

—«Tras el invierno viene la primavera, exclamaba; después de las penas las alegrías. ¡Pacien-

«¡Paciencia siempre! El castillo y sus dominios están empeñados á los usureros, se agotan los recursos... ¿qué importa? La hora del triunfo se acerca: el oro va á aparecer en el crisol, me consta, será por la próxima Pascua, así lo he leído en las estrellas del firmamento.»

«Viendo un día á una araña hilando su tela, le dijo:

—«Tenaz é infatigable tejedora! Tú me enseñas á tener firmeza. Si la telaraña se desgarran, en seguida la recompones; la arrancan y vuelves á empezarla y la terminas. Yo haré lo mismo, y no ha de faltarme la recompensa.»

IV

«Erase la mañana de Pascua, y las campanas de la vecina iglesia sonaban alegremente echadas á vuelo; hacía un sol espléndido, y todo respiraba fiesta. Sólo Valdemar Daae se consumía en la fiebre y la congoja. Había pasado la noche en vela, fundiendo y dejando enfriar, mezclando y destilando, y mezclando nuevamente. Yo oía sus suspiros de desesperación, intercalados de blasfemias y oraciones; luego permanecía inmóvil y retenía el aliento, contemplando la fusión que se operaba en las retortas.

«Se apagó la lámpara, y no lo notó siquiera. Se soplaban el fuego de la hornilla, y un rojo resplandor iluminaba su rostro blanco como la cera. Sus ojos hundidos estaban fijos; pero de súbito se abrieron, se dilataron y parecía que iban á estallar.

—«¡Hé aquí por fin el vidrio alquímico! exclamó. ¡Cómo brilla en la retorta! ¡Qué puro es y qué macizo!» Y con sus trémulas manos levantó el recipiente, vaciló vencido por la emoción, y balbuceó: «¡Oro... oro!»

«Estaba tan poseído del vértigo, dijo el viento, que yo habría podido derribarle al más leve soplo. Cuando hubo vuelto en sí, seguí sus pasos. Se dirigió á la sala en que se hallaban sus hijas estrechamente agrupadas para resguardarse del frío. Valdemar llevaba los vestidos cubiertos de ceniza y en desorden su cabellera y su lengua barba. Se irguió con aire triunfante y levantó en lo alto la retorta, y con ella el tesoro que tantos afanes y sufrimientos le costara.

—«¡Albricias! gritó. ¡Es oro!... Vedlo! Es oro!» Y sostenía sobre su cabeza la retorta que herida por la luz del sol brillaba como un astro. Pero, ¡ay! ésta se desprendió de sus trémulas manos, y se quebró en mil fragmentos. Su precioso contenido se derramó por el suelo, y filtró por las rendijas del pavimento. El júbilo de Valdemar Daae duró lo que una pompa de jabón, se evaporó en un instante.

«Hu u-hud! Escapo! Vuelo!

«Y salí volando de Borreby.

V

«A fines de Otoño volví por aquellos parajes, y como estaba de buen humor, arremoliné las nubes, despejé el cielo y desgajé y arrastré las ramas secas de los árboles, tarea poco difícil, es cierto, pero que constituye mi trabajo de todos los años, y debía cumplirlo.

«También la desventura había cumplido el suyo en Borreby. Owe Ramel, el señor de Basnaes, implacable y mortal enemigo de Valdemar Daae, acababa de presentarse provisto del título hipotecario, por el cual se le transfería la propiedad del señorío, del castillo y de todo cuanto este encerraba. Yo me deslicé por entre los cristales rotos, hice crujir las viejas puertas de goznes herrumbrosos y silbé al través de las grietas y rendijas Hu hí hí! Qué baraunda! Trataba con mis diabluras de hacer desistir al noble Owe Ramel del deseo de instalarse en Borreby. Inútil empeño fué el mío.

«Ida y Ana-Dorotea lloraban amargamente. Sólo Juana afrontaba con altivez esta desgracia, puesta en pie, lívida de despecho y mordiendo el pulgar hasta hacerle brotar sangre.

«Owe Ramel ofreció á Valdemar dejarle vivir

en el castillo durante su vida; pero rehusó esta nueva humillación. Y entonces vi al señor Daae, un día tan opulento y después sin abrigo, crujir su cabeza como nunca altiva, y abandonar con firme paso la morada de sus mayores. ¡So-



berbio espectáculo que me impresionó tanto, que me hice atrás para franquearle paso, hasta desgajar una robusta rama de uno de los viejos tilos del patio!

«Terrible era aquel instante y se necesitaba un gran temple de alma para sobrellevarlo con dignidad, pero Valdemar Daae tenía el corazón de roca.

«Ni él ni sus hijas poseían más que los vestidos que llevaban. Pero no, poseían aún una nueva retorta comprada á fuerza de privaciones, en la cual conservaban los últimos restos del precioso producto alquímico, que habían logrado recoger del suelo.

«Valdemar Daae la estrechó contra su seno con el mayor cuidado, y el señor un tiempo tan rico y tan temido, salió del castillo de Borreby con sus tres hijas. Sus mejillas ardían de cólera reprimida; pero yo se las refrescaba con mi suave aliento, jugueteaba con su lengua cabellera cana y le consolaba cantando: Hu u hud! Escapo, Vuelo! Pero quizás con ello no hice más que recordarle su opulencia que había volado también, como arrastrada por una ráfaga Huh-u-hud! Hu-ih!

«Ida marchaba al lado de su anciano padre, Dorotea en pos de él y Juana detrás de todos. Esta al pasar los dinteles de la puerta, se volvió para lanzar una última mirada al lugar en que había vivido en el lujo y la opulencia, y aunque sus ojos no se humedecieron, este rasgo de altivez no ablandó á la suerte.

«Recorrieron el camino que tantas veces habían seguido en carruaje; mas á la sazón se les hubiera tomado por una familia de mendigos. Atravesando campos y breñas, llegaron á una choza de fango, que habían alquilado por un escudo y medio anuales, y allí se instalaron, sin muebles, sin más que las paredes desnudas, co-



mo las del castillo que acababan de abandonar. Cuervos y grajos revoloteaban á bandadas, graznando con voz agria: Crah, crah, crah, como cuando arrasaron el frondoso bosque.

«El señor Daae y sus hijas oían esas voces bur-

lonas, ¿mas qué les importaba después de lo que habían sufrido?

«Allí les dejé, en esa choza miserable, para continuar mi tarea, arrebatar las hojas secas de los árboles, barrer las nubes, amontonarlas, derretirlas en lluvia, agitar las olas del mar y sumergir los buques.

«Hu u-hup Escapo! Vuelo!»

VI

Qué fué de Valdemar Daae y de sus hijas?

«Medio siglo había trascurrido cuando vi por última vez á Ana Dorotea, el pálido jacinto de otros tiempos, envejecida y encorvada. Había sobrevivido á sus hermanas y se acordaba de todo.

«Asomada al balcón del hermoso castillo del preboste de Viborg, se hallaba la noble dama de la casa en compañía de sus hijas, contemplando la vasta y árida campiña. Sus miradas se fijaron en un árbol aislado en medio del yermo, del cual pendía un nido de cigüeñas y que tenía adosada al tronco una cabaña destartada cubierta de ramaje y musgo y peor conservada que el nido.

«Cuando pasaba por allí, reprimía el aliento para no dispersar los restos del miserable albergue. Era el único objeto que se destacaba en el paisaje, y á no ser por el nido, pues el ave de Egipto inspiraba cierta curiosidad, habrían desaparecido el árbol y la cabaña. Gracias al nido de la cigüeña, la pobre vieja tenía un abrigo. ¿Era esto en recompensa del interés que siendo niña había demostrado por el nido de la cigüeña? Así lo creía ella, pues se acordaba de todo.

«¡Ay de mí! oí que suspiraba. No tañeron las campanas por tu entierro, infortunado Valdemar Daae, ni acudieron los niños de la aldea á entonar los salmos cuando fué enterrado el último vástago de los nobles y poderosos señores de Borreby.

«Ya sabía él que no habían de honrar su cadáver! No obstante vió la muerte con alegría. Todo tiene fin, hasta la miseria. Nada logró abatir su altivo espíritu, hasta que mi hermana Ida, vencida por los sufrimientos y privaciones, consintió en casarse con un labriego. Esto fué demasiado para Valdemar Daae. ¡Su hija, mujer de un siervo, sujeto al impuesto y adscrito al terruño, á quien podía su señor clavar en la picota, á la menor falta! ¡Cómo no había de estallar el noble corazón de Valdemar! Ida, se libró del hambre, pero murió de pesar y de vergüenza. ¡Oh, envidiable suerte la tuya! ¡Yo sola no puedo morir! ¡Señor, Señor misericordioso, libradme de esta larga tortura!»

«La otra hermana, añadió el viento, la altiva Juana, dotada de un ánimo varonil y un corazón entero, se vistió de hombre. Como las penas habían ajado su belleza, con este traje nadie podía tomarla por una hembra. Se alistó en un buque en calidad de marinero. Siempre sombría y taciturna, trabajaba de firme y no mereció nunca reprensión alguna. Se limitaba á recibir el salario y á multiplicarse en la maniobra. Una noche de tempestad, la barrí de á bordo. Yo creo que obré bien y que le presté un favor.

VII

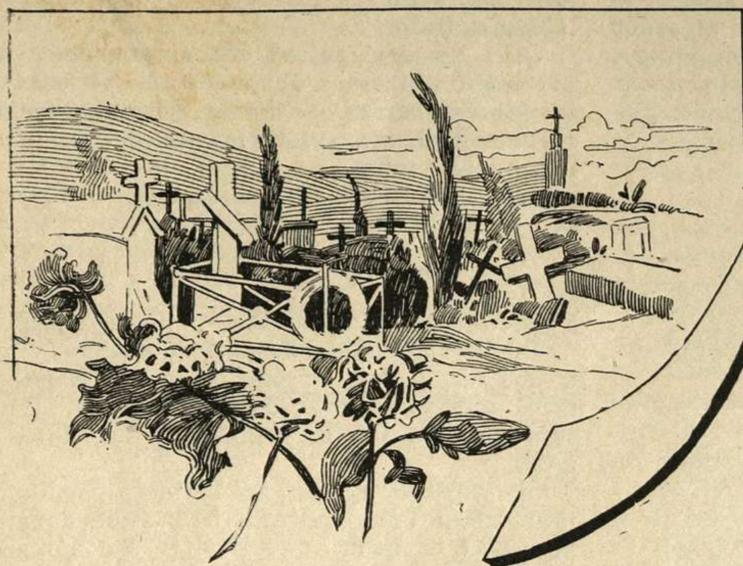
«En una mañana de Pascua, tan risueña como aquella en que Valdemar Daae creía haber descubierto el secreto de hacer oro, oí un canto en la cabaña que había al pié del nido de la cigüeña. ¡Dulce y conmovedora era la voz que lo entonaba, como el rumor de las cañas cuando yo las acaricio. ¡Era el último canto de Ana Dorotea, que estaba mirando la campiña por la única abertura de su albergue; el sol brillaba como una esfera de oro, y á este espectáculo se amontonaron en su alma todos sus recuerdos. Exhaló un suspiro: fué el último; su corazón se partió, sus ojos se cerraron para siempre.

«Yo solo canté en su entierro, añadió el viento. Yo solo conozco donde está su sepultura y la de su padre. Nadie más lo sabe.

«En el día pasa una línea férrea por el sitio en que descansan: un largo tren de wagones se aproxima con estrépito, pasa, y se aleja. Aún se percibe el rumor: ¡Hu u-hud! ¡Escapo, vuelo!»

«Y yo hago lo propio.

«Se acabó la historia.»



Aunque apenas he llegado á esa edad de que habla melancólicamente el poeta:

Nel mezzo del cammin di nostra vita. . . tengo igual número de amigos sobre la tierra y bajo de tierra, y en ciertas épocas del año, cuando anuncian fiestas las calles y los calendarios, los hogares y los ojos de los niños, me acuerdo con singular ternura—y á veces también con tristeza, de aquellos para quienes no habrá ya días de fiesta. ¿Cómo pensar en los muertos, sin sentir el remordimiento de no haberlos amado suficientemente cuando vivían? ¡Cuántos rostros familiares evoco en esos momentos! Unos, fatigados, envejecidos, hollados por el tiempo; otros, jóvenes, con la frescura de la gracia adolescente: ¡ay! son iguales la juventud y la vejez en la sombra eterna que los envuelve.

Después, como el que visita un museo, acaba por detenerse á contemplar una tela de tantas que ha recorrido, yo elijo entre esas sombras una fisonomía ó un recuerdo. La fisonomía se hace palpable y el recuerdo se precisa hasta acelerar las palpitations de mi corazón. La púrpura de la sangre tiñe de nuevo las mejillas para siempre descompuestas; se llenan de luz y miran las pupilas apagadas, los labios tiemblan y tal parece que ya van á sonreír, á hablar. . . . He aquí las manos, el cuello, una silueta, una respiración, un alma. Es una semi alucinación tan poderosa que les tengo miedo á esas crisis de la memoria, á causa de las inevitables visiones que pueblan el sueño de la noche siguiente. ¿Pero quién no ha sentido después de un entierro, esas pesadillas oscuras, tan extrañamente mezcladas de delicias y de terror, en las que se ve á los muertos con la doble sensación de su presencia real y—de qué están muertos? Hablamos con ellos, los abrazamos, vivimos con ellos la existencia cotidiana y recordamos al propio tiempo el fúnebre cortejo que seguimos ó que presidimos acaso, sin comprender como están con nosotros sabiendo que están *allá*.



Ignoro si todos son víctimas hasta ese grado del doloroso reflujó del pasado sobre el presente. Es de creerse que no, puesto que tantos ancianos sobreviven alegremente á sus compañeros. Mi destino quiso que siendo niño viese partir á algunos seres queridos, y aun entonces seguía amándolos. Y desde aquella época, en la que cada día parece una nueva existencia, tuve en mi memoria numerosos aniversarios. Para no hablar sino de uno entre tantos, diré que desde que tenía diez y seis años, el día de Navidad, tan lleno de alegría para los otros niños, me trae el recuerdo más melancólico, el de una niña de mi edad que murió dos días antes de la fiesta, y que había sido mi primera amiga. Aun hoy, que han transcurrido más de veinticinco años, y que tengo otras cruces para las cuales llevo coronas al cementerio de los afectos muertos, cuando llega esa época del año, evoco el recuerdo de Alina,

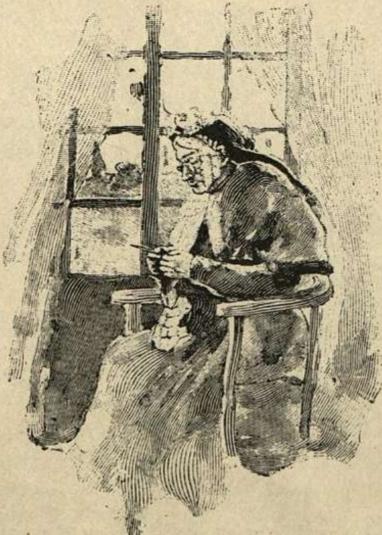
—era el nombre de la muertecita,— y de la vieja casa de provincia que habitábamos entonces, ella en el tercer piso y yo en el segundo, y el jardín de la casa y el circo de montañas volcánicas que se ve en el horizonte de todas las calles. Recuerdo el color casi negro de la lava de que está hecha la ciudad, las callejuelas sobre cuyo empedrado suena el sordo repiqueteo de los suecos de los campesinos que vienen al mercado, la Catedral que dominaba la ciudad sombría, y otros detalles: en el piso bajo de nuestra casa un panadero que cocía tortas de pan en forma de trébol, un herrador en cuyo establecimiento los brazos desnudos de los operarios descargaban martillazos sobre el hierro enrojecido entre un torbellino de chispas; delante de las ventanas la estatua de un general de la primera república atacando sa-



ble en mano al enemigo, y mi amiga Alina vestida de luto—su madre acababa de morir cuando su padre vino á habitar la casa—y en derredor de ella el jardín que fué el asilo de nuestros más hermosos juegos.

* * *

El jardín pertenecía á la propietaria, anciana muy piadosa y enferma que nunca bajaba á pasearse por él. Veíamos su perfil ennoblecido por dos largas *inglesas* blancas y tocada con un bonete de cintas claras. Se asomaba á la ventana del primer piso, uno de cuyos cristales era de color glauco, diferencia de matiz que daba un aspecto



de vejez á su rostro siempre inclinado sobre un libro de oraciones ó sobre una labor de gancho destinada á los pobres. Más allá del jardín, que

lindaba con otros, las montañas levantaban sus conos truncados y sus cimas esféricas, y se veían á lo lejos, en las cumbres, las siluetas de castillos fortificados. Podría yo dibujar el jardín con sus hileras de boj, sus groselleros cubiertos de paja en el otoño y sus perales abiertos como manos á lo largo de las tapias. Sólo con pensar en ello, siento el aroma del arbolillo del fondo, á cuya sombra se sentó Alina una de las últimas tardes en que pudo salir, tosiendo febrilmente y pálida como las flores del arbusto. Recuerdo también las filas de rosales sostenidos sobre delgadísimo troncos, y cuajados en la estación propicia de magníficas rosas de corazón purpúreo y otras en botón, cuyos pétalos abría yo con mano curiosa. «Ah, Claudio, eres muy malo! me decía Alina, las mataste!» Creo que no he visto después mariposas como las que revoloteaban en derredor de aquellas flores, aunque no eran de las más raras. Las perseguía con encarnizamiento de cazador, aunque Alina no me permitía clavarlas con alfileres como yo quería, y cuando le llevaba alguno de esos insectillos, cogíalo para admirar la delicadeza de los matices y luego abría la mano y lo veía escaparse con su vuelo desigual y giratorio. Estos eran los placeres del estío; pero nos encantaba también bajar al jardín en invierno, cuando la nieve borraba las formas de las avenidas, cuando la escarcha nocturna hacía puñales de hielo en las ramas y en los muros, cuando poníamos en obra nuestro proyecto, siempre irrealizable, de construir con nieve una verdadera casa en que pudiéramos abrigarnos Alina, yo y, ¿lo diré? una gran muñeca que tenía, y á la que llamaba alternativamente «María» y «nuestra hija,» una maravillosa muñeca de ojos azules con pestañas verdaderas, de mejillas sonrosadas, de cabellos de seda blanca, de piernas y brazos articulados, en fin, un precioso juguete que me habría cubierto de eterna vergüenza si mis compañeros de liceo hubiesen podido sospechar su existencia. Pero cuando estaba con Alina ¿qué cosas no hubiera hecho yo por complacer á aquella hermana que el azar de la vecindad me deparaba?

El encanto de Alina se cifraba en una especie de dulzura seria que hacía de ella una niña muy diferente de todas las que he conocido desde entonces. Era pequeñuela delicada, frágil y lo he dicho ya, muy pálida, con una palidez que oprimía el corazón al pensar que su madre había muerto de una enfermedad del pecho. Desde aquella época tenía la gravedad precoz de las criaturas destinadas á morir prematuramente, y ese aspecto de evolución cumplida que las distingue. La mesura que aquella pequeñuela de nueve años ponía en sus acciones más insignificantes, la modestia de su ademán, el orden meticuloso con que colocaba los objetos en su derredor, una antipatía involuntaria para los juegos ruidosos, la prudencia irreprochable de su conducta, la sensibilidad visible de su ser íntimo; eran cualidades que á primera vista la destinaban á hacerla odiosa para un muchacho como yo, fogoso y desbaratado, desobediente y brutal. Sin embargo, el efecto fué contrario y desde el día en que comencé á ser su amigo, tuvo sobre mí una influencia tanto más irresistible cuanto que cedía á ella instintivamente. Hoy que quiero reconstruir mi alma deniño al través de los años, reconozco que aquella niña inocente cuyos pies ligeros bajaban sin ruido la escalera de piedra de la antigua casa, fué la primera que despertó en mí el culto del dulce espíritu femenino que no desarraigan nunca por completo del corazón las más crueles experiencias. No había travesura de la que no fuese capaz con mis camaradas y hube de ser castigado severamente por haber burlado en diversas ocasiones la vigilancia de mi criada

con el fin de llevar á cabo ciertas empresas reservadas á los peores vagabundos de la ciudad: subirme al brocal de la fuente que decora la plaza de la Poterey y beber en la boca misma del león de cobre; sentarme á horcajadas en la ramba de hierro de la escalera que une el boulevard del Hospital con una callejuela construída en pendiente, y deslizarme hasta abajo. Naturalmente, caí en la fuente y me golpeé en la escalera; quedé mojado, desgarrado, despellejado y después, castigado afortunadamente. . . . Sin embargo, apenas me veía con Alina las tardes de los jueves y los domingos en que se nos permitía jugar juntos, se despertaba una nueva alma en el muchacho semi-salvaje, dejaba de gritar, de saltar, de gesticular por temor de causar disgustos á esa hada en miniatura cuyos dedos delicados no tenían ni una mancha y cuyos vestidos no tenían una sola desgarradura. Me la presentaban como modelo y yo no objetaba ni me exasperaba: la obedecía naturalmente y con la misma facilidad conque desobedecía á los demás. Aceptaba sus juegos en vez de proponerle los míos, y todo lo que venía de ella lo admiraba, desde la suavidad de sus cabellos rubios y la dulzura de su voz, hasta los indicios más insignificantes de su razón: por ejemplo, el cuidado conque guardaba sin tocarlo el árbol de boj cuajado de pasteles que nos daban el domingo de Ramos. El mío estaba despedazado la misma noche y el suyo duraba hasta muy entrado el otoño. Es cierto que habiendo querido un día jugar á la comida con uno de esos pastelillos que ella conservaba, tuvimos que romperlo con una piedra, tan duro así se había puesto. Nunca los míos me dieron esa satisfacción.

* *

Quando no jugábamos en el jardín—y el último año ya no pudimos bajar juntos por que mi amiguita estaba muy débil—nuestro lugar predilecto era su cuarto, una pieza estrecha con una sola ventana que daba á la plaza y de la que podíamos ver distintamente la pluma del sombrero del general de bronce parado en su zócalo de cañones y metralas. ¿He dicho ya que Alina vivía sola con su padre y con una criada paisana de la mía y que se llamaba Miette? El padre de Alina desempeñaba un empleo modesto en la prefectura, pero la familia tuvo sus días de fortuna y la habitación estaba llena de muebles antiguos que denotaban elegancias antiguas también y tapices viejos que ahogaban el ruido de los pasos. Para que fuese más completa la impresión de épocas remotas, sucedía que Alina y yo colocábamos sobre ese tapiz de matices antiguos los juguetes que habían sido de su madre. Sin duda, aquella mujer desgraciada había sido una niña tan cuidadosa como su hija, pues se conservaban los juguetes que examinábamos, casi todos tenían una fisonomía de cosas antiguas, un aspecto delicioso que les venía de su fragilidad y de sus tintes desvanecidos. Nos gustaba principalmente



una colección de personajes de cartón de colores, que se sostenían de pie merced á un pedazo de madera sobre el que se apoyaban y que representaban en un medio adecuado, los habitantes de un pueblo, pero un pueblo en que los campesinos llevaban trajes de pastores del antiguo régimen. Los camparábamos con un interés nunca agotado á los vendedores de patatas y de pollos, de peras y uvas, según la estación. Nos gustaban también los libros, almanaques de años remotos empastados y puestos en bolsas de seda descolorida, y otros libros de estampas en las que contemplábamos extasiados niños con sombreros de seda y casacas de cuello monumental, y niñas de crinolina con peinados á la Prud'hon. Había también vajillas antiguas de porcelana desteñida por el tiempo y linternas mágicas en cuyos vidrios distinguíamos los uniformes de los soldados del emperador.

La difunta madre de mi amiguita aparecía en un cuadro colgado al muro y que la representaba en una escena de familia á la moda de la época, pequeña y acariciando la cabeza de un borre-

guito. Las cortinas descorridas atenuaban la luz y el fuego ardía en la chimenea crepitando débilmente. El único reloj que había en ese cuarto eran los rayos del sol que penetraban por la ventana haciendo bailar un polvo de átomos y que se movían con el transcurso del día. En la chimenea una casita barométrica hacía entrar y salir alternativamente á un capuchino y á una monja, y habría sido yo perfectamente feliz si no hubiera sorprendido lágrimas en los ojos del padre de Alina cuando por casualidad venía á vernos los jueves y mi compañera lanzaba su tos desgarradora que me había inquietado ya vagamente por primera vez bajo el arbolillo.



Al mostrarme el museo de sus antiguos juguetes, Alina tenía una especie de gracia piadosa dando vuelta á las hojas de los libros con las delicadezas de un soplo, poniendo el papel de seda sobre los grabados sin dejarle un pliegue, y más que nunca hada, comparada conmigo que era un patán brusco y que lo era más cuando veía cada uno de sus ademanes delicados.

Pero no habríamos sido niños si no se hubiese mezclado la puerilidad á la poesía de nuestros juegos y esa puerilidad estaba representada por la muñeca de que hablé. Tenía un lugar tan preferente en los ensueños de Alina, que yo mismo acabé por considerar á «María» como una persona de carne y hueso, prestándome de buena fé á la comedia que todos los niños de todos los tiempos han improvisado, improvisan é improvisarán para gusto de su fantasía. Cuando Alina comenzaba á hablarme de «María» diciéndome: «María» ha hecho esto. . . . «María» hará aquello. . . . «María» le gusta este vestido y no quiere ese otro. . . . » estas frases me parecían naturales y yo me avenía á ayudarla para dar de comer á la muñeca milagrosa; preparaba la mesa en un rincón cerca de la chimenea, lugar que habíamos elegido como cuarto para la muñeca. Ese cuarto imaginario tenía muebles microscópicos desproporcionados para el tamaño de la muñeca. Eran los muebles que le habían dado en otro tiempo á la madre de Alina con una muñeca pequeña sin duda, y la nuestra parecía entre ellos un gigante. «María» tenía sólo un sillón á su medida, el cual había comprado yo para ella y en la que la sentaba Alina como de visita, sin que nos extrañase que el sillón por sí sólo ocupara un lugar dos veces mayor que el de la cama. La estupidez de una sonrisa eterna estaba fija en la boca de porcelana de la muñeca y permanecía siempre inmóvil en su sillón con las manos en el manguillo y una toca de terciopelo en los cabellos. Alina me decía siempre:

—¿No es verdad que está bonita? Se creería que va á hablar. . .

Otras veces sus labios pronunciaban frases de esas que no se admite que digan los niños, sin duda porque es demasiado fuerte el contraste entre la necesidad habitual de sus diversiones y la tristeza de una reflexión. Así, á propósito de un ave perdida, recuerdo que un día en el mismo cuarto, y entre los mismos objetos, hablamos de la muerte, y ella me preguntó:

—¿Tú no tienes miedo de morir?

—No sé, le contesté.

—Ah, dijo ella, es tan fastidiosa la vida. . . . Siempre lo mismo, levantarse, vestirse, comer, jugar, acostarse y luego vuelta á lo mismo. Pero cuando se ha muerto uno. . .

—Cuando se muere uno se hace esqueleto, dije yo acabando la frase que la ponía pensativa.

—No, dijo ella, va uno á ver á su mamá y á los ángeles.

* *

Entrego estas palabras con el candor y la laxitud prematura que entraña á los filósofos de la psicología de la infancia. El único mérito que tienen

es ser auténticas, y en cuanto á mí he renunciado, hace mucho tiempo, á comprender ese misterio entre los misterios, el alborear de una inteligencia y de un corazón. ¿En qué momento comienza en nosotros el sufrimiento de pensar, y en qué segundo el mal de amar? El alma de la mujer y la del hombre ¿no aparecen ya en la inexplicable sorpresa que produce la separación de la madre muerta en la pequeña huérfana, y no se ve en la ternura apasionada que inspira á un niño de diez años la delicadeza enfermiza de su compañera de juegos? Delicada y enfermiza lo era mi pobre Alina, y lo era más de lo que adivinaba mi simpatía obscura de amigo, y llegó un tiempo, el principio del invierno de mis diez años, en que ya no se me permitió jugar con ella para no fatigarla—una semana en que no dejó el lecho—y un día, la víspera de Navidad, que entré llorando á ese cuarto tan dulce para mí, y en el que ví á Alina por última vez. Estaba muerta, tendida en su lecho al amparo de un Cristo, tan inmóvil como la muñeca sentada junto á ella por un postrer capricho de enferma, y que la miraba desde su sillón puesto al pie de la cama. Mas los ojos azules de «María», ojos de cristal tan alegres entre sus negras pestañas, seguían abiertos y brillaban, mientras que los ojos azules de azul



amoroso, estaban cerrados para siempre; las megillas de porcelana, teñidas con el más claro bermellón, su boca de rosa conservaba el brillo juvenil, mientras que la palidez de cera de las megillas hendidas de Alina y la lividez violeta de su boca, causaban una impresión dolorosa. ¿Cómo conservé ese contraste en aquel momento en que derramé lágrimas sinceras? Parece que los niños tienen una actividad tan viva en los sentidos, que éstos funcionan casi solos, aun cuando el alma esté ocupada por el pesar más hondo. Sí, recuerdo haber visto esto al mismo tiempo: mi amiga muerta, la muñeca junto á ella y más lejos, hundido en un sillón, el padre de Alina oprimiéndose la mano izquierda con la derecha, en cuyo puño se veía la línea oscura de una malla. Flotaba en el cuarto un olor dulce de lilas blancas: la anciana del piso bajo, cuyo perfil nos fascinaba á Alina y á mí, envió esas flores tan raras en nuestra ciudad y que jamás había aspirado yo. Después de algunos minutos de inmovilidad, de estupefacción, ante ese espectáculo, Miette, que me había introducido, me tomó por la mano y me dijo:

—Ve á decirle adios.

Avancé hasta el pequeño lecho y me alcé sobre las puntas de los piés, y entre el perfume de las lilas sentí á la vez en mis labios el frío de la megilla de la muertecita y en mi megilla la caricia suave, viva, de los bucles de sus cabellos, que toqué al inclinarme, y en mi corazón una inexplicable tristeza.

* *

Pasaron los meses y mis padres seguían viviendo en la vieja casa de la antigua ciudad. A mí me pusieron de interno en el Liceo, sin duda, porque desde la desaparición de Alina y de su dulce influencia me había convertido en un animal indomable. Salía cada mes siempre que no había sido muy indisciplinado; pero dos veces por semana, jueves y domingo, íbamos de paseo y dos á dos atravezábamos la ciudad sin hablar, tales eran los reglamentos de los colegios de entonces. Sucediame á veces cuando desfilábamos por el boulevard donde estaba la prefectura, que encontraba al padre de Alina que iba ó volvía de su oficina. Vestía de negro y caminaba algo encorvado aunque no tenía aun cuarenta años, apoyándose en un bastón, un junco con puño demarfil que conocía yo muy bien. Jamás dejaba de buscarme en la fila de colegiales de túnica sombría y me saludaba con una sonrisa muy triste y

muy dulce. Yo, por mi parte, todos los días de salida subía á su casa. Miette salía á abrirme y me hacía entrar después de dirigirme cumplimientos. Entraba á una especie de sala despacho en la que estaba el viudo y que comunicaba con el cuarto de mi amiguita. Un día que la puerta estaba abierta no pude contenerme y dirigí á la pieza vecina una mirada furtiva; el padre que me observaba me dijo simplemente:

—¿Quiéres ver su cuarto?

Entramos. Era un día de estío. El padre abrió las ventanas y el sol inundó con su luz el cuarto de la muerta, la luz alegre cubió el tapiz gastado, en el que habíamos jugado tantas veces y el lecho cubierto de sarga verde en el que la ví tan pálida, tan tristemente inmóvil, y la caja de los juguetes en que dormían los campesinos y «María» la muñeca, sentada en su sillón sobre la cómoda con los ojos azules siempre abiertos, la boca sonriente y el traje de visita.

—¿Te acuerdas cómo quería Alina á esta muñeca? me dijo el padre tomándola en la mano para mostrármela.

¿Crearás que me pidió que la pusiese en sus brazos después de muerta para llevarla al cielo y enseñársela á su mamá? Miette quería enterrarle con ella... pero yo no pude separarme de uno solo de los objetos que ella quería.

**

Pasaron muchos meses después. Era la tercera Navidad que venía en seguida de aquella en que murió Alina, y habían ocurrido muchos cambios. Yo era un muchacho de trece años y había fumado mi primer cigarro un jueves de salida en aquel jardín tan amado en otro tiempo por Alina, y no lejos de la fila de rosales en donde cazaba aquellos hermosos insectos verdes con reflejos negros y los coleópteros dorados que dormían entre los pétalos de las rosas. La anciana de largas crenchas blancas estaba todavía detrás de la ventana del primer piso; pero habiendo roto la caída de una escala la vidriera de la ventana, el cristal más verde que los otros había desaparecido. Miette también había desaparecido. Una tarde á la hora del recreo, llegó al vestíbulo del colegio, hizo que me llamaran al locutorio, y la buena mujer de tinte plomizo—del color de las nueces secas que sacó de su delantal azul—me trajo una noticia para mí monstruosa. El padre de Alina se volvía á casar con una viuda que tenía una niña de ocho años y esta niña ocuparía el cuarto de Alina. Miette me contó cómo se despidió del amo cuando el matrimonio fué asunto arreglado:

—El Señor es el amo, le dije; pero quise mucho á la señora y á la señorita para ver á otros en su lugar. Yo creo que causarles disgustos á los muertos trae desgracias.

Y Miette me narró la historia de un viudo que la víspera de casarse en segundas nupcias, despertó la noche anterior á la ceremonia y sintió la mano oprimida por una mano fría.

—Era la de la difunta, añadió Miette, y se murió ese año.

Miette se fué para su pueblo y el matrimonio se hizo. Yo por mi parte no necesité que mi querida Alina volviese en la noche y me apretase la mano para cobrarle horror á la que la reemplazaba de ese modo en nuestra casa y en el corazón de su padre. Natural era que el desventurado quisiese rehacer su vida; pero era natural también que un muchacho de trece años no lo comprendiese. Interrumpí, pues, casi absolutamente mis visitas al piso superior y al llegar la Navidad que debía de ser el tercer aniversario de la muerte de Alina, creo que no le habría hablado diez veces á Emilia—así se llamaba la recién llegada.—La pobre, inocente del odio que yo le tenía, era una muchacha regordeta y simple que hubiera querido jugar conmigo en el jardín.

Pero esta sola idea hacía nacer en mí una especie de cólera contra ella, cólera que aumentó cuando á los dos meses de su llegada á la casa ví en sus brazos la misma muñeca de mi antigua amiga, la «María» que fué su hija—nuestra hija.—Recuerdo aún el acceso de rabia que me dominó cuando ví ese espectáculo sacrilego, un jueves de paseo en que encontré al padre, á la nueva esposa y á la niña. Ahora me doy cuenta de la escena que debió de haber habido en la casa... La mamá encuentra la muñeca y la pone por algunos minutos en las manos de su hija, vuelve el padre, vé el juguete en poder de la otra



niña y se le oprime el corazón; su mirada se cruza con la mirada de la mujer que busca en su rostro la huella de su emoción con el celo que las segundas esposas tienen siempre de las primeras y él no se atreve á decir una palabra. Una vez más los muertos nada pueden contra los vivos. Pero yo que no había olvidado á mi amiga muerta, sentí desde aquel momento el odio más instintivo contra Emilia.

Habíamos tenido un gato muy uraño que vivía casi siempre en los tejados y en el jardín y lo ví un día al entrar á la casa á la hora de la comida frente á frente de un perro que le trajeron á mi padre el mismo día. El gato se detuvo en el alféizar de la ventana mirando al huésped desconocido y sin atreverse á afrontar la proximidad de esa bola de pelos negros ruidosa y turbulenta. Durante cuatro días pudimos verlo así inmóvil y con un estupor ansioso en las pupilas. Después desapareció para no volver más. Rencor igual y tan animal como el del gato sentía yo, y sólo ese sentimiento podría justificar la mala jugada que le hice á la muchacha gorda, tan torpe, pesada y rústica cuánto era graciosa y bonita Alina. Pero no, más que la malicia, me impulsó á obrar de ese modo una piedad casi ridícula en su forma, que me conmueve cuando pienso en ella y que no puedo deplorar.

Hacía pues tres años que Alina había muerto, y aunque era el aniversario de su muerte, no lo recordaba aquella tarde. Un manto de nieve cubría el jardín y uno de mis camaradas había venido á visitarme para organizar en la avenida principal un juego de patines. Era nuestra distracción favorita y la rudeza de los inviernos en ese país le era tan propicio, que habíamos aventajado mucho en este juego. Hemos aquí pues bajo un cielo purísimo lanzándonos el uno tras el otro ya rígidos y con los pies juntos, ya en cuclillas y sobre un solo pie, con una pierna horizontal y cayendo y rodando, gritando y riendo. Sucedió que á lo mejor de nuestro juego volvió Emilia del paseo. Nuestros gritos la atrajeron y la vimos detenerse un minuto bajo la bóveda que daba al jardín, acompañada de su criada. Llevaba en brazos la muñeca causa de mi profunda cólera contra ella. No habría sido yo el rapaz insoportable que era entonces, si no hubiese renovado los gritos, las risas y las locuras que hacía entregándome á sus ojos á unos juegos que no podía compartir. Sin embargo, sus deseos se avivaron y sin que su criada pudiera impedirselo, dejó la muñeca en una de las hojas de la puerta y se lanzó. Resbaló en la nieve y cayó. La criada vino por ella y Emilia, avergonzada de su caída y con el manguillo mojado se puso á sollozar. La criada la reprendió y tomándola por la mano se la llevó para cambiarle vestidos. Desaparecen dejando olvidada á la muñeca que sigue sonriendo con su boca roja y sus ojos azules en la puerta cochera como cuando Alina la llevaba para hacerla tomar aire y como aquel día en que la ví al pie del lecho de la pobre muerta.

**

¿Por qué me asaltó súbitamente la idea de robar esa muñeca que Alina había amado tanto, por qué pensé en eso yo, cuando cinco minutos más tarde no tenía en la cabeza sino la locura de mis juegos de patines? He aquí una cuestión más que entrego á los psicólogos de la infancia. Lo cierto es que entre el momento en que se me ocurrió la idea y el de la ejecución, no transcurrieron más de cinco minutos. Fué una de esas tentaciones, á la vez rápidas é irresistibles, como otras que recuerdo haber tenido durante mi vida

de colegial, el salto súbito del salvaje que se lanza sobre su enemigo ó del animal que arremete contra su presa. Cometí este robo tan súbitamente concebido, con la sencillez de astucia de los salvajes y de los animales. Aproveché un segundo en que mi camarada me volvía la espalda y daba con las plantas de los pies en un árbol, á fin de hacer caer la nieve amontonada entre el tacón y la zuela de madera. Tomé á «María» en el lugar en que estaba, y corriendo para llegar hasta lo alto de la pendiente donde nos deslizábamos, la arrojé á un cobertizo abierto que había allí, con peligro de que se rompiese su hermoso rostro de porcelana al chocar con la leña amontonada, y la ví rodar hasta caer junto á un carretón que estaba cerca de la leña. Al lanzarla dí un grito tan penetrante, que ahogó el ruido del objeto de tal modo que mi camarada no adivinó la acción culpable que acababa de cometer. Hémos aquí de nuevo persiguiéndonos, deslizándonos y jugando á más no poder, cuando la criada de Emilia apareció bajo la bóveda de la puerta. Mira á derecha y á izquierda; se sorprende y mira á izquierda, á derecha, arriba y al jardín.

—¿No han visto ustedes la muñeca de la señorita Emilia? preguntó.

Por fortuna mía se dirigió á mi camarada, el cual le contestó con esa buena fé de inocencia que simulan tan difícilmente ciertos niños.

—¿Una muñeca? No.

—Me dijo que la dejó aquí cuando quiso ir á jugar, objetó la criada.

—No es posible, contestó el otro: nosotros no nos hemos separado de aquí. ¿no es cierto? insistió dirigiéndose á mí.

—Ni un minuto, repliqué acercándome. Yo debía de estar muy colorado; pero el aire era tan fuerte y habíamos corrido tanto...

—Es muy extraordinario, insistió la criada. ¿Dónde puede haberla dejado?... Ah, le van á dar una tunda...

Yo no era malo, sin embargo, pero la idea de que Emilia, además del disgusto de haber perdido su muñeca iría á sufrir una buena reprimenda, lejos de causarme el menor remordimiento me llenó del placer más delicioso. Mi placer hubiera sido completo si al volver á la casa no me hubiera visto obligado á preguntarme lo que haría para impedir que encontrasen á «María.» Mi preocupación duró toda la noche. Ni el plato con castañas, platillo tradicional, que se servía aquella noche, ni el árbol de Navidad preparado en la casa del camarada que vino á jugar conmigo aquella tarde, ni el regalo que recibí, ni la vuelta tardía por las calles de la ciudad, blancas á la luz de la luna, de una mágica blancura de nieve, ni el proyecto arreglado para ir al día siguiente á jugar á un estanque congelado en el que esperábamos patinar, nada en una palabra pudo distraerme de este pensamiento fijo.

«Con tal que la muñeca no haya sido encontrada esta noche y que no lo sea mañana»... Acostado en mi cama, ese cuidado se hizo punzante hasta el dolor. Las violentas sensaciones de repugnancia que me había dado el segundo matrimonio del padre de Alina, renacieron mezcladas con los sentimientos tiernos que tenía por ella. El cuarto profanado por la presencia de la intrusa surgió ante mis ojos tal como lo había conocido, y la especie de alucinación de que hablaba al principio de esta narración se reproducía con fuerza extraordinaria... Reapareció mi amiguita con sus sonrisas, su palidez, sus ademanes de delicada y con todos los viejos objetos de los que era la vigilante y dulce depositaria.

En el mismo relámpago de impresión ví á la otra apoderándose del lecho en que Alina había entregado su alma, la ví cogiendo con sus dedos feos y descuidados las pastas de seda desvanecida, la ví ensuciando con sus zapatos de tacónes gastados—había notado también esto en ella, el tapiz en el que disponíamos los antojos de nuestras comidillas;—la ví robando á Alina, porque para mi corazón de niño era un robo esa posesión que tomaba de los juguetes de mi muertecita. ¡Muerta! Me repetía esta palabra maquinalmente y veía la tumba que visité el primero de Noviembre, en otro tiempo adornada de frescas flores y ahora apenas cuidada y con su ángel de alabastro ya sin manos y siempre lleno de polvo. Era demasiado creyente en aquella época para no estar cierto de que la desaparecida vivía en el cielo como ella lo había dicho, con su madre y otros ángeles, ángeles verdaderos con lirios entre sus dedos hechos de pura luz y qu

no podían romperse. Sin embargo, mi imaginación se figuraba al pobre cuerpecillo tendido en la tierra y tal como le dije adiós en el cuarto perfumado de lilas blancas. Una horrible impresión de soledad me punzaba el alma. Recordé el deseo que había formulado la niña de llevarse á su hija á la tumba. ¡Ah! cómo habría querido ir al cementerio con la muñeca que había recuperado, dar dinero al sepulturero y que «María» descansase cerca de Alina—y para siempre.

*
**

Al día siguiente en la mañana, á eso de las diez, si alguien hubiese venido al jardín desierto y al rincón más apartado, habría visto al pie del arbolillo del fondo, seco y desnudo ya, á un mozo vestido de colegial que abría la tierra apresuradamente con una azada. Caía sobre la ciudad una bóveda baja de neblina, una neblina negra entre la cual vacilaba el sol rojo como una bola de fuego roída por las tinieblas. La nieve cubría á lo lejos los tejados. En la casa todos se ocupaban sin duda en los preparativos de la comida y algunos habían ido á la misa mayor. Con pie torpe el chicuelo apoyaba todo el peso del cuerpo sobre el hierro de la piqueta y luego colocaba cuidadosamente la tierra negra en un

montón para que la remoción fuese menos visible. Miraba á veces al cielo amenazador buscando en él la promesa de una nueva nevada que borrara mejor todas las huellas. Cerca del muchacho una forma de niño más pequeño estaba tendida; pero á primera vista se hubiera comprendido que esa forma era la de una muñeca cubierta con una toca y con las manos metidas en un manguillo microscópico pendiente del cuello. La muñeca parecía haber sido elegante en una época y muy descuidada después, al ver las desgarraduras de su traje, la desnudez de uno de sus pies sin zapato, y su rostro de porcelana descascarado. Flotaba sin embargo una sonrisa inmóvil en su boca roja aún y en sus ojos de cristal. Y he aquí que lenta, suavemente, comenzaron á caer de la bóveda fúnebre del cielo, estrellas de nieve.

El muchacho miró de nuevo el cielo con singular placer; ya el hoyo era demasiado grande y casi tan profundo como su brazo. Tomó la muñeca y con ademán infantil imprimió un beso en la fría megilla de porcelana y otro en la seda blanda y suave de los cabellos. Después acostó cuidadosamente el cuerpo en la tierra como si fuese el despojo de un ser que hubiese tenido un alma. Llenó la fosa con la prisa de un culpable; una ventana del segundo piso se había abierto en la casa; allá en el fondo del jardín. Una voz gritó el

nombre de Claudio y añadió: «Entra.» «Ya voy.» gritó el joven colocando la piqueta junto al muro y con el vestido blanco de nieve corrió alegremente al lugar de donde salía la voz que le llamaba.

—¿Qué has hecho? Le dijo la misma voz desde lo alto de la ventana.

—He preparado un precioso deslizadero para mañana, contestó, y era una mentira después de un robo.

Y sin embargo, cuando se confesó algunos días después con los discípulos de un fervor precoz, el joven no pudo arrepentirse nunca, nunca, de haber robado para enterrarla así, aquella mañana de Navidad, bajo la nieve, á la niña de ojos azules, de mejillas sonrosadas y cabellos rubios, juguete de su primera amiga.

POUL BOURGET.



LA INUTIL VIRTUD.

En la casa de mi abuela, aquella donde pasaba mis vacaciones, casa de altos techos, estilo Luis XIII, de lumberras siempre cerradas, se extendía en toda la longitud de la morada, un inmenso granero; todas las antiguallas de los siglos pasados estaban allí amontonadas bajo el polvo; allí dormía, bañado de claro-oscuro, apenas rosada por la luz que se escurría por entre las tejas, una pila de cosas extraordinarias y que nos hacían soñar; á mí sobre todo, muchacho ya curioso é inquieto, con la imaginación siempre viva y despierta y de una nerviosidad precoz; toda oportunidad era buena para escaparme del cuarto donde Norina cosía, vigilando nuestros juegos; subía los escalones de cuatro en cuatro, y con el corazón oprimido por una emoción deliciosa, me detenía falto de aliento, á la puerta de aquel codiciado granero, temiendo encontrarlo cerrado y no temiendo menos encontrarlo abierto; vacilaba siempre para entrar á él; era para mí un lugar de misterio, una especie de retiro extrañamente poblado. Había grandes armarios llenos de libros, y en estos libros, estampas; había también un viejo escritorio con cajones y una tablilla para escribir forrada de marroquín verde, manchado de tinta; un gran péndulo con figuras que debían aparecer, pero el péndulo no andaba; había además un mapa-mundi pintado de continentes azules, una vieja caja de colores y otras cosas del mismo género que contemplaba largo tiempo en éxtasis, osando apenas tocarlas, y me deleitaba en permanecer allí horas y horas, porque allí me sentía lejos de todo, en una atmósfera sobrenatural y extraña, en yo no sé qué luz aparte, transparente y verde, como en el fondo del mar. Sí, en aquel silencio, en medio de todas aquellas viejas cosas abandonadas, pasadas de moda, olvidadas, se respiraba la atmósfera ondulante y turbia de los abismos del agua; además, había tantos libros, la mayor parte en alemán y que no comprendía pero cuyas estampas miraba, y ¡qué cantidad de estampas! Entre todos, un volumen me atraía: un viejo libro de cuentos. El título lo he olvidado; en la primera página tenía una lámina horrible que representaba la muerte con un arenario y una doncella, y después, otras con iglesias, palacios, calles y grandes buques deslizándose sobre el mar; y leí todas las historias de aquel libro pero no me acuerdo de ninguna; las recordaría si alguno me las hubiera contado, porque es de cera el cerebro de los niños y no recibe más que el sello de las sensaciones apoyadas. Pero cuando pienso en este granero, tengo inmediatamente como una visión glauca, atravesada por algas movedizas, reflejos de luaré y muchas cosas desplomadas, velas, mástiles, naves de catedrales, espectros de despojos de otros tiempos, fantasmas de antiguos naufragios, y de toda esta confusión no saco verdaderamente más que un cuento, un cuento vago de un simbolismo fugitivo y triste que entonces no comprendía. ¿He leído así este cuento ó es más bien mezcla de varios, recordados al azar, sin orden y mal digeridos por mi joven imaginación? Tal como es, vago, tembloroso y difuso, me agrada aún á la manera de un reflejo sepultado en un espejo verdoso:

lo intitularé pues, CUENTO DE MI GRANERO, porque tal es su verdadero nombre, y no esta paráfrasis de su texto simbólico: LA INUTIL VIRTUD.

Hacia tres largos días que cabalgaba á lo largo de las dunas florecidas de cardones pálidos; ninguna vela emblanquecía el horizonte; del alba á la noche reinaba la monótona inmensidad de un mar quieto, de un mar sin arrugas, color de pizarra, bajo el implacable brillo de un cielo blanco; á veces su caballo se detenía bruscamente, con las pezuñas hacia adelante y relinchaba hacia el mar; y en un sedoso azoramiento de alas, las gaviotas, saliendo de algún agujero del despeñadero, volaban muy alto en el aire, se desvanecían luego y la arena roja se cubría con su sombra.



El joven no volvía siquiera la cabeza; con la frente grave bajo el vuelo desplegado de su casco, caminaba pensativo al pie del despladero: una alta muralla que caminaba hacia muchas leguas á lo largo del mar triste; algunas malvas secas pendían como cabelleras al flanco de la roca, y solamente algunos pájaros de mar habitaban aquellas muertas cabelleras.

Por la tarde, los despeñaderos se teñían de rosa; las dunas mismas se inflamaban en el incendio del poniente, y el joven, echando pie á tierra, dejaba á su caballo pasear por los cordones azules de los arenales, engañando su propia sed y su hambre y mordiendo la carne salada de algunos caracoles. Y luego, bajo la luna que ascendía, continuaba su camino.

En el claustro donde había sido educado por orden de la reina su madre, había hecho el juramento de encontrar muerto ó vivo al caballero de pelo claro á

quien debía la vida: Bertrán era fruto de una falta. Adulterio de la reina de Aquitania había sido nutrido y madurado como la idea de la venganza misma por la princesa adúltera; había jurado hacer encontrar por el hijo de su lujuria al infiel errante que la había abandonado. Un convento de Barnalitas había visto crecer al joven príncipe: la reina había presidido á su educación, invisible, oculta, desconocida de aquel hijo que destinaba á un trágico desenlace. Los monjes habían educado pacientemente al niño en el odio del amor de la mujer y de todo lo que ríe y florece bajo el cielo; el ayuno y la oración habían forjado un alma ruda á este hijo de reina que llevaba un cilicio bajo su armadura damasquinada y una triple cuerda de cáñamo apretada en torno de su cintura. Y luego, en una hermosa mañana, embriagado por un filtro, frotadas con sangre de loba la palma de las manos y la planta de los pies se había dejado partir al joven vengador á través de los campos. «Reconocerás al hombre que hizo tu existencia obscura y dolorosa por la triple esmeralda que brilla engarzada en la cimera de su casco. Que su pelo sea de nieve ó de oro, hiere y mata, y habrás vengado tu vida humillada, á tu madre, á tu raza y á tu Dios.»

Estas fatídicas palabras las pronunció una voz de sueño en la misma capilla del convento donde había pronunciado su velada de armas; una forma disimulada en la sombra dictó el mandato, y al otro día, al bajar el altar Bertrán se aventuró en el campo, enguantado, acorazado, cubierto de plata melada desde la cimera de su casco hasta la estrella de sus espuelas, con el doble relámpago de oro mate de un águila enorme batiendo alas, sobre su morrión.

Desde lo alto del campanario del convento una mujer lo siguió largamente con los ojos, á los rayos del sol naciente; cuando la silueta del joven aventurero desapareció á lo lejos, en la niebla, la reina fué á prosternarse ante el altar mayor donde la sorprendió la noche, amenazando y orando.

Y cabalgando bajo el claro de luna que argentaba el mar tranquilo, oprimía al joven guerrero al recuerdo de extraños encuentros.

Primero fué, al tercer día de su partida del claustro, la aparición de tres doncellas en el lindero de un bosque, las tres hijas del viejo señor, como habían dicho llamarse saludándole familiarmente por su nombre. Sentadas á la entrada de la selva, se habían levantado á su vista y habían querido engalanar con flores la brida de su palafren; eran obsequiosas; tenían caperuzas de anémonas en sus cabezas de trenzas flotantes y parecían desnudas bajo sus ricas túnicas de seda floreada. De pie sobre el césped humedecido, lo habían rodeado con su grupo como una ronda ligera, y con su actitud, la caricia de sus miradas, con su voz y sus brazos flexibles y frescos habían querido retenerlo; pero él pasó dando de espuelas á su caballo, con riesgo de atropellarlas; las hadas de las praderas tienen la costumbre de aparecerse así por la noche á los viajeros, y él pasó, feroz, voluntariamente sordo á su llamamiento.

Cabalgó dos noches y dos días en el bosque de en-

cinas, y después vastas llanuras sucedieron á los altos árboles, y tristes valles, atravesados por cortinas de álamos, á las llanuras; los estanques espejeaban allí entre las grandes yerbas, y día y noche flotaban vapores, tejiendo en torno de equívocos troncos de sauces, apariencias de sudarios; luego entró en un país de hornagueras y pálidos pantanos, donde el sue-



lo negrusco se hundía bajo sus pasos; y una noche sin luna en que costeaba una de estas ciénegas lúgubres, su palafren se encabritó súbitamente bajo él y levantando los ojos, Bertrán percibió de pie sobre el agua plomiza, una belleza sobrenatural y lívida.

Era un cuerpo de mujer, de palidez extraordinaria, pero un extraño éxtasis ahogaba sus ojos y su sonrisa; había surgido como un fuego fátuo sobre una espesura de nenúfares y sonreía embriagada, como torcida por un espasmo, los senos erectos, la boca abierta y un pequeño espejo de plata en la mano.

Una luna imprevista surgió al mismo tiempo detrás de los mimbrerales, y toda nacarada de reflejos, la muerte dichosa obstruía el paso al caballero, tendiéndole á la vez su boca azulada y la plata del espejo; un viejo sauce sin ramas había súbitamente reflejado en el estanque la silueta de un fauno, y habiendo el joven guerrero rechazado con horror el cadáver impúdico, una enorme rana saltó bruscamente de entre las yerbas, y se hundió en el agua pálida con un ruido seco.

Y Bertrán, marchando á lo largo de los arenales, pensaba en todos aquellos sortilegios, en todos aquellos lazos y en todas aquellas ilusiones. ¿Qué le querían aquellas máscaras de la sombra, aquellas figuras errantes en la noche y cuál era el símbolo de todas aquellas tentaciones?

Y observó que una galera silenciosa que no había aperecido ni por el estremecimiento de las velas, ni por el ruido de los remos, bordeaba la playa al mismo tiempo que él; los altos mástiles, las jarcias y los cabos se destacaban transparentes en las tinieblas, y se hubiera creído un navío de sueño, porque se deslizaba sobre el agua sin hender las olas, y todo parecía dormir en profundo sueño á su rededor, ni un marinero sobre el puente. ¿Sería un barco abandonado ó un buque fantasma? La onda no se encrespaba siquiera en torno de sus flancos, cenicienta, avanzaba misteriosamente á un lado, y se hubiera creído Bertrán juguete de alguna otra visión si no hubiera distinguido de codos sobre la proa á un viejo inmóvil, el piloto sin duda, cuyos dedos atormentaban una lira, pero una lira encantada porque las cuerdas heridas no producían ningún sonido.

Cuando apareció el día, Bertram se encontró en un país de pequeños valles y collados sembrados de setos vivos y cercados de manzanos; el buque-fantasma, la playa de rosada arena y el alto despeñadero se habían desvanecido, y el joven aventurero que comenzaba á no asombrarse de nada, espoleó á su caballo y caminó por los pastos y los setos de oyacanto de aquel campo de jardines. Reinaba la soledad más profunda, el mar tenía el tinte del cielo barrido por las nubes y de los manzanos torcidos por el viento, y cabalgaba hacía ya cinco largas horas en una especie de camino hueco, cuando se le apareció una hermosa dama. Tenía un vestido de brocado sembrado de hojas de álamo, y esbelta y recta como un lirio, montaba un unicornio, bello y fabuloso animal de sueño, de pelo lustroso como el metal. La dama del unicornio llevaba sobre sus cabellos negros, un casco de oro rematado por una pequeña corona, y como los caballeros, tenía en ristre su lanza.

Interceptó el paso al joven señor, y mientras lo amenazaba con su lanza, desmentía su mala intención con una sonrisa y con el dedo designaba á Bertrán una enorme rosa ensangrentada en su cintura; pero él no tenía en su mente otra idea que la del asesinato; separó con el lomo de su espada la lanza de fino acero de la hermosa guerrera y pasó.

La hermosa dama al pasar le azotó el rostro con la rosa de su gola, una rosa seca que se deshojó, y como volviera el rostro el joven sorprendido, solo vio á una

vieja que huía al galope sobre un asno. «Otra emboscada del Maldito,» pensó y prosiguió su camino un poco triste, un poco cansado ya.

Llegó al fin á una especie de albergue, una rama de heno sombreaba la puerta y tres hermosas muchachas estaban en el umbral. Con los senos libres en el tosco jubón, con la cabeza descubierta y los pies descalzos, reían, robustas en el cálido crepúsculo; la una hilaba en su rueca; la otra inclinada sobre una artesa de piedra embalsaba cáñamo, y la tercera, á la vista del caballero, entró precipitadamente en el albergue para salir con una vasija de vino; ofreció de beber á Bertrán y las otras dos le rogaban que se apeara.

Olián á sudor, á pan y á alhucema, pero Bertrán las rechazó, se retiraron entonces riendo á carcajadas, cerraron la puerta del albergue y el joven permaneció sólo en el camino.

Su cabalgadura se acercó á la artesa para beber, y al abrevarse en ella el palafren, Bertrán que se había inclinado hacia delante lanzó un grito.

El real aventurero acababa de aparecerse á sí mismo; el fondo de la artesa había servido de espejo y en él un rostro de viejo le sonreía; el rostro de un viejo guerrero de larga barba blanca, de mirada cansada y triste, de compasiva sonrisa; un semblante lí-

vido rematado por un casco de oro donde relucían tres esmeraldas, y Bertran reconoció al hombre que debía herir. Se iba á matar á sí mismo hiriendo á su imagen, en el corazón lleno de tristeza infinita, Bertrán comprendió que se había vuelto viejo; aque-



los cabellos blancos eran los suyos; aquellos ojos opacos, oh! eran sus ojos, y comprendió muy tarde que había corrido en pos de una imposible aventura.

Es menester vivir su vida sin desdén el amor, la voluptuosidad, el placer y aun la ocasión que pasa, y él se había dejado seducir por una ilusión engañadora, como el polvo del silencioso navío. Y no había que pensar en volver atrás, porque el tiempo huye, irreparable.

JEAN LORRAIN.

EL EJEMPLO

La boda quedó fijada para el 1º de Enero de 1893.

En tal fecha Ernestina Villalar, primogénita de los condes de Medina, pasaría á ser la esposa de Don Eduardo Santurce, joven, huérfano, muy rico, y de profesión... *sportman*, una de las más atareadas y difíciles de nuestra vida moderna.

Cuando se decidió la fecha del enlace había comenzado el mes de Diciembre de 1893, y faltaba, por consiguiente, un mes escaso.

Ernestina y Eduardo eran tal para cual. Una pajeita deliciosa, como decían los amigos; buena pre-

conseguirlo necesitaba escribir con buena letra, ó hacer con exactitud una suma; pero pensaba con singular filosofía, que para algo se han hecho los secretarios y los administradores. Ella, se habría muerto de hambre, si para aplacarla tuviera que acercarse al fogón, ó concluir correctamente un dobladillo; pero á semejanza de su prometido, decíase que para eso están las cocineras y las costureras.

Se vieron una noche en brillantísima *soirée*; se gustaron más que nada por sus respectivas irreprochables maneras de vestir; al día siguiente le pareció á ella maravillosa la yegua inglesa sobre la que cabalgaba él por el Retiro, y á él le resultó un colmo de elegancia y riqueza el tren en que ella paseaba acompañada de unas amigas: se trataron á la ligera, superficialmente, unas cuantas semanas, siempre de prisa, entre las vueltas precipitadas del vals ó al trotelargo de los paseos, y... cosa resuelta. El supo por su administrador que Ernestina vendría á reunir unos 40,000 duros de renta; ella averiguó, por medio de su institutriz, que la de Eduardo no bajaría de 20,000, y hecho «el balance,» en el aire, casi al unísono y sin consultar ni tener en cuenta ninguna consideración ni sentimiento, Eduardo fué presentado en la casa, donde reinaba la más desconsoladora independencia, consecuencia de la exageración del modernismo irreflexivo; habló al padre de Ernestina, y éste, viudo de una señora á la moda también, que sólo fué madre de Ernestina en los instantes de darle vida, porque enseguida la nodriza asturiana, la *bonne* francesa y la institutriz inglesa—casi una «triple alianza»—ocuparon su puesto, dió el consentimiento para la boda que le dejaría en absoluta libertad, y sin cuidados—aunque pocos se tomaba—y como queda dicho, la ceremonia se señaló para el día 1º de Enero de 1893.

—Va á ser verdad aquello de «Año nuevo vida nueva,» pensó Ernestina, y acto continuo, dió órdenes urgentes para los trabajos de su *trousseau*.

* *

Sobraba tiempo, pero ella, niña mimada y voluntariosa, no lo creía así, y en pocos días «volvió loca» con sus impacencias, á cuatro ó seis modistas de Madrid.

Con una de ellas, sobre todo, y ya avanzado el mes de Diciembre, los apuros fueron tales, que exigió le dijese el domicilio de la oficiala ocupada en la confección del vestido de boda, (que por concesión especial no trabajaba en el obrador) para ir personalmente á averiguar la causa del retraso, y á darla prisa.

*Madame**** no pudo excusarse de satisfacer ese capricho formulado de manera impetuosa y casi desatemplada, y en una tarjeta que entregó á Ernestina, escribió:

DOLORES GUTIERREZ

Pasión, 57, piso 4º

Al siguiente día, sin más espera, se fué allá la condesita en ciernes, acompañada de la *Miss*, y con un «coraje»—como decía ella—que daba miedo escuchar lo que iba á decirle á aquella estúpida y perezosa obrera.

La calle de la Pasión, ¡qué lejos! La subida hasta el cuarto piso... ¡qué Calvario le resultó á Ernestina!

La ascensión era penosa. ¡Qué olores en aquella escalera pendiente como vereda de los Alpes y obscura como interior de túnel! Las paredes enyesadas estaban tan próximas á la barandilla, es decir, resultaba tan angosta la escalera, que el abrigo y la falda de Ernestina se mancharon de blanco varias veces,



sencia los dos; los dos millonarios; quizás más afeminado él que ella (como suele ocurrir con reiterada frecuencia en estos tiempos), pero iguales en educación, en gustos, aficiones, «indiferencias» y frivolidades. Dos jóvenes, en fin, «á la violeta» como se decía Antaño, dos «impresionistas» como se dice hoy; dos seres perfecta y absolutamente inútiles para todo lo que no fuera gozar y divertirse, ajenos á toda amargura, de cumplido ante todo dolor; dos primorosas «figuritas de cotillón,» dos maniques de modista y sastre respectivamente, que en el gran cosmorama de la vida habían tomado turno fijo, para no asomarse más que á los cristales de color de rosa.

A primera vista resultaba él más simpático que ella. Estudiándolos un poco parecía ella más buena que él. El, no hubiera podido ganarse la vida, si para

tantas á lo menos como se teñirían de rojo en lo interior, á causa de la anhelosa y sofocante respiración, los pulmones «de estufa» de la elegante joven, en absoluto inacostumbrados á semejantes subidas.

Por fin, llegaron.

Mientras la Miss, hecha un puro remilgo de precauciones para tocar lo menos posible el agarrador negruzco de la campanilla, que colgaba medio roto en marco de metal, la hacía sonar con estrépito. Ernestina, agitado el pecho y de color púrpura las mejillas, exclamaba con extraño tono:

—Se necesita gusto para vivir en estas alturas y en semejante casucha. ¡Qué atrocidad! ¡Ni un mal banco en que sentarse!

Abrieron. Apareció en la puerta un hombre joven, pobremente vestido, de porte fino, y con aspecto de insomnio ó de enfermo.

—La oficiala de *Madame****, la Dolores, ¿vive aquí?

—Aquí vive.

—Necesito hablar con ella, en seguida.

—Tenga usted la bondad de pasar, señorita.

Ernestina entró en la habitación con profunda repugnancia, recogiendo la falda, mirando al techo como temerosa de tropezar en él con la cabeza, pasando y repasando el pañuelo perfumado por la nariz, porque le olía *aquello* á cocina y á hospital.

La hicieron entrar en una sala bastante espaciosa, amueblada con decencia, pero muy humilde.

Era el cuarto que servía de taller á Dolores. Reinaba en la habitación algún desorden. Ropas tiradas; sobre una silla recetas y frascos; en una mesa un rosario, un pulverizador y más botellas con etiquetas de botica. Junto al balcón, dos niñas de tres á cinco años, á lo sumo, jugaban sin hacer ruido con una muñeca desnuda, despeinada, manca, ciega... hecha pedazos. En una banca destacaba de aquel conjunto gris de opacidades, una falda de raso blanco, hilvanada, y junto á ella azabaches y sedas, blancas también, para bordar. Era el vestido de Ernestina.

—Mi mujer saldrá en seguida; voy á llamarla. Tenemos muy malito al niño, y me permito por esa causa rogar á ustedes que hablen bajo—dijo el joven á Ernestina y á la Miss.

—Bien; y despache usted pronto, que tengo prisa—contestó Ernestina.

Añadiendo apenas el hombre hubo salido:

—¡Qué impertinente!

Dejó vagar breves momentos la mirada por la habitación, pero la excursión de indagatorio era tan corta y tan árida, que en el acto la volvió al balcón, y al hacerlo encontró clavados en ella cuatro ojazos negros, hermosísimos, con lindos toldos de pestañas: los de las hermanitas que la miraban con asombro y la escudriñaban con curiosidad. Ernestina, no obstante la violenta situación y la extremada excitación nerviosa en que se encontraba, se fijó en la belleza singular de aquellas niñas, y dijo á la Miss:

—Son monísimas, ¿verdad?

—Yes:—le contestó la inglesa, sin mirarla, apenas, con la frialdad, la impasibilidad y la «cronometría» que caracterizan á la raza.

En este momento entró Dolores. Venía secándose los ojos, turbios de llorar, y arreglándose el traje. Era una joven y linda muchacha, de aspecto sumamente simpático. Se enteró de quién era la señora que tenía delante, le explicó la causa del retraso sufrido en la confección del vestido y no perdió el tiempo—dicho sea en honor de Ernestina—con sus explicaciones. Doce noches de no acostarse; catorce días de intranquilidad y sobresalto incompatibles con toda clase de trabajos; allí al lado, con separación de un ligero tabique, su hijo casi muerto... las razones eran tan atendibles, que Ernestina las tomó en consideración, y concretando, dijo:

—Comprendo cuanto me dice y la compadezco, pero, en fin... usted comprenderá á su vez...; para el caso de que la enfermedad se prolongue voy á decir á *Madame**** que le recoja á usted el vestido y se lo dé á otra oficiala.

—Señorita, eso no. Yo haré un esfuerzo, se lo prometo á usted; pero dejar este trabajo que es de los que nos pagan mejor, ahora que mi marido no va al suyo porque no se atreve á separarse del niño, ni tendría fuerzas para moverse con el tiempo que lleva sin descansar; ahora que casi todos los ahorros se los ha tragado la botica, equivaldría á quedarnos nosotros y estas dos pobrecitas sin pan, y el niño sin medicinas... no haga usted eso.

—Sí, pero yo...

—Créame usted lo que le digo; haré un esfuerzo, y para ganar tiempo... vuelva usted. Hoy estamos á 10; si mi Juanito se alivia, así lo espero de la Virgen Santísima, sobraré tiempo; vuelva usted dentro de cinco días; dígame usted á *Madame**** la verdad de mi situación; dígame usted lo que ofrezco y verá cómo no la engaño.

—Tranquícese, Dolores, volveré, y aquí probaremos el vestido. Después de oír á usted, no quiero que un vestido de novia, tenga que hacerse poniendo en él más lágrimas que puntadas. Mientras tanto, acepte usted este recuerdo (y dejó en el velador un billete de cien pesetas,) para que atienda mejor á lo que el niño necesita.

—Dios la bendiga á usted, señorita!



Al bajar por la pendiente escalera, Ernestina, sin fijarse ya en los olores ni en la obscuridad, iba pensando:

—Yo no conocía este sabor amargo de la vida. ¡Qué compasión me da esta gente! Y qué hermosas son esas niñas!

* *

—Ernestina encontró su casa llena de gente. Estaban allí su tía Amalia, su prima Carmela, varias amigas íntimas y Eduardo Santurce, á quien rodeaban aquellas.

—Señores—dijo Ernestina siguiendo la costumbre inverosímil y novísima en ciertas elegantes de dirigirse á una reunión, aunque, como la indicada, se forme casi en absoluto de mujeres;—¿qué sucede? ¿he tardado mucho, verdad?

—Nada de eso, querida; estamos extasiadas viendo la «primera remesa» de los regalos que te dedica Eduardo, y elogiando su buen gusto. Acércate y prepárate, porque te vas á deslumbrar.

Ernestina se acercó á su prometido, y realmente quedó deslumbrada por el resplandor de los magníficos brillantes, que formaban una hermosa diadema. Había además, otros dos estuches: el primero, con una pulsera literalmente cubierta de chispas de brillantes que le daban originalísimo aspecto; el segundo con dos solitarios de incalculable valor. Ernestina elogió y agradeció mucho los regalos; pero dijérase que no experimentaba á su vista la alegría que fuera de suponer.

—Fíjate en la pulsera—la dijo su prima—parece una lluvia de lágrimas.

—¿De lágrimas? No me resulta la comparación, Carmela. No brillan así las lágrimas, ni son frías; sólo pueden semejarse en una cosa, en... lo «que cuestan» contestó Ernestina.

Y volvió á callarse. su pensamiento no estaba allí, estaba en casa de Dolores, fijo en las niñas de la oficiala, insistente en la enfermedad del niño de la pobre obrera. Y no ciertamente esto último porque temiese no recibir á tiempo el vestido, sino porque algo extraño muy nuevo y muy dulce palpitaba con fuerza allá dentro, muy en lo profundo de su ser.

Y así, cerrando pronto los estuches, sin que nadie, y menos que nadie Eduardo, se fijasen en su emoción, cogió á los niños de su prima Carmela, abrazó á la pequeñita de una de las señoras allí presentes, y los colmó de besos con apasionamiento.

Uno de los niños de Carmela se puso entonces á jugar con Eduardo, y quiso montar á caballo en sus rodillas. El atildado joven lo rechazó en el acto, casi con brusquedad.

Ernestina no perdió un detalle del gesto y actitud de su prometido en ese momento.

Al poco rato la comida y el teatro reclamaron á los contertulios, y se quedaron solos, esperando al padre de Ernestina, ésta, Eduardo y la tía Amalia.

—Eduardo, dijo la anciana al joven, parece que no te gustan los niños, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Porque hace un instante he visto la poquísima, ó mejor dicho, ninguna paciencia que has tenido con Luisito.

—En realidad ignoro si me gustan ó no; jamás me he ocupado de ellos, y en definitiva estoy por decirle á usted que más me aburren que otra cosa. ¡Son tan pesados, tantontos! De gustarme, son únicamente los que son muy guapos, pero entonces como... objetos de arte; parecen propiamente, algunos muñecos de los mejor hechos y más caros.

Ernestina arreglaba durante esta conversación unos papeles de música.

—Y créame usted; con los niños, lo que se hace ahora: á distancia, á distancia. ¡Oh! Si en nuestro matrimonio los tenemos—y le aseguro que lo sentiré,—ya verá usted cómo los alejo cuanto yo pueda de nosotros. De lo contrario es imposible es imposible la vida.

Ernestina envolvió, al escuchar esto, á Eduardo—

que estaba de espaldas á ella—en una fulgurante mirada, mezcla de dolorosa sorpresa y de repentino desprecio.

* *

Al cumplirse el quinto día de los señalados por Dolores, Ernestina, que ya había enterado á la modista *Madame**** de la situación en que se encontraba la oficiala y de la determinación tomada de hacer la primera prueba en la casa de ésta, se apresuró á encaminarse á la calle de la Pasión.

Fué la misma Dolores quien salió á abrirle la puerta. El ligero desorden que el primer día notó Ernestina en la habitación, había cesado: todo en su sitio, todo limpio, bien oliente y alegre, daba á la casa aspecto de fiesta.

—Mejor—exclamó Dolores al ver á Ernestina;—Juanito está mucho mejor: casi curado. El día que usted estuvo aquí, hizo crisis la enfermedad. Aquella misma noche pudo ya descansar algún rato mi marido. Hace dos días que ha vuelto al taller. Yo también me he repuesto, y el vestido de usted, mírelo; si no está en disposición de que lo probemos hoy, es porque, casi segura de no equivocarme y de aceptar el gusto de la señorita, lo he adelantado y mañana irá yo á su casa, y allí haremos en vez de la primera, la segunda prueba. ¿Me dispensa usted?

Ernestina no necesitó decir que sí, porque su cara y sus ojos se habían anticipado á hacerlo.

—Ya que estoy aquí, la veré á usted coser un rato,—dijo.

Y quitándose el abrigo, añadió:

—¿Y las niñas? ¿Dónde las tiene usted?

—Están jugando en el cuarto de su hermanito. Ahora vendrán.

—¡Pilar!... ¡Emilia!... gritó Dolores.

Y las dos hermanas entraron en la sala con sus delantales blancos, contorneando el cuerpo, y sus grandes rizos sombreando el rostro.

—¡Qué hermosas son!—dijo Ernestina besándolas. Pero usted debe sufrir mucho con las estrecheces que por lo visto pasa y teniendo que cuidar en absoluto de tres criaturas.

—¿Sufrir? No, señora; no lo crea usted. Todo se lleva con paciencia cuando, como á nosotros nos sucede, el marido y la mujer se quieren de veras. Las alegrías de un instante compensan las amarguras de muchos meses. La carga de las penas se reparte por igual; la mitad la lleva la mujer, la otra mitad el marido. Mi Antonio de mi alma es tan bueno, tan cariñoso... y dispense usted que le hable con esta franqueza. No crea usted tan poco que lo pasamos de todo mal. El trabajo de ambos nos da para tener relativa holgura. Estos días últimos si hubo apuros; la enfermedad de mi hijo lo agotó todo; mi marido ha encanecido á los pies de una cuna y abrazado á su mujer, y la verdad, señorita, casi llegó á faltar el dinero. En cambio, cuando hay salud, todo es júbilo en esta casa. Con nuestra libreta de la caja de Ahorros, lo que ganamos y lo que economizamos, hasta tenemos á veces lujo, que lujo es para nosotros ir á merendar con los pequeños al campo, algún domingo de sol.

—De todos modos, Dolores, el matrimonio con esa esclavitud del trabajo y de los hijos...

—Eso no es esclavitud, señorita; eso es gloria. ¿Qué mayor alegría que trabajar para ellos, y, al trabajar, acostumbrarse á la virtud?... ¿Qué mejor recompensa ni satisfacción más grande que poderlos crear como yo hago, y tenerlos siempre al lado, siempre al alcance de las manos que los proteje, y de los labios que no se cansan de besarles?

—Tiene usted razón; desgraciadamente en la esfera que yo vivo, hay muchas exigencias...

—Eso la que quiere someterse á ellas, que si no ¿dónde hay nada más libre que la voluntad? Mire usted yo de soltera estuve de doncella en casa de la duquesa de Córdoba, quizá la conozca usted.

—De nombre, pero no la trato.

—Pues bien, esa señora llena de millones y de belleza, no se dejó nunca arrebatar por el mundo en perjuicio de sus hijos. Y como á su marido (que estuvo por cierto cinco años en relaciones con ella) le gustaban los niños con delirio, dieron á la vida social lo estrictamente indispensable para cumplir con ella, reservados para la íntima, para adentro de su casa, para sus «horas de dichosa soledad» (como decía la duquesa aludiendo á las infinitas en que no recibían) la felicidad más envidiable: la de estar siempre contentos, siempre con sus hijos y sin testigos importantes.

—Pero tendrían, como es lógico, ayas, institutrices...

—No, señora. La duquesa á las niñas, y el duque á los niños, eran los únicos que les enseñaban á todo. Ni ayas, ni *misses*, ni nada, y repito que me perdona usted este lenguaje. Ellos solitos, repartiendo bien las horas del día y juntando con gran previsión en la educación de sus hijos los idiomas, el piano, el dibujo y la costura, con la cocina, el plumero, la aguja y la escoba.

—Pues yo insisto, Dolores. Para resignarse, para sufrir penas, para no preocuparse más que de los hijos, y sobre todo, para luchar con apuros de dinero; debe haber alguna razón que...

—Sí, señora; ya he dicho á usted una: la resignación. Pero hay otras dos: la fé en Dios y el cariño del marido. Faltando cualquiera de ellas, la segunda sobre todo en ciertos casos, sería terrible. Poseyéndolas, todo se sufre, en todo se encuentra encanto ó consuelo, para todos se tienen y aún sobran fuerzas.

Lo que importa es no casarse sin tener la seguridad completa de que está uno enamorada de un buen marido. Y... no dirá usted que no ha avanzado el trabajo, á pesar de la conversación, ni que hoy, con alegría de ver bueno á Juanito, contento á mi esposo y á usted en esta casa, no estoy hasta casi literata... Pero lo que aprendí de la marquesa, y ahora con las señoras á quienes visito por *Madame****, oigo tantas cosas, que siempre se pega algo.

—Tiene usted ideas muy sanas, Dolores. Me voy antes de que sea más tarde. Como tengo á la institutriz en cama, y he venido sola, no quiero que se me haga de noche en la calle. La espero mañana.

—Sin falta iré.

Ernestina besó otra vez á las niñas, dió la mano á Dolores, y al salir, entró un momento de puntillas en el cuarto del enfermito, que se nutría á la sazón con un sueño tranquilo.

Dentro de su berlina, ^{**} y al trote largo del hermoso *pur-sang* que la arrastraba, Ernestina cerró los ojos y meditó.

El dulce sentimiento de la maternidad, despertado en ella de manera tan brusca como inesperada, la absorbía por entero, entrelazándose con el de la modestia y la humildad. Después de tantos años de vida insustancial, de fiestas y alegrías sin cuento complaciase ahora en purificarse, pensando que la vida no es sólo dicha y goces; de las que juzgaba faltas localmente cometidas.

Las palabras de Dolores le sonaban sin cesar en los oídos.

Era un caos aquella cabecita rubia de Ernestina. ¿Quería ella lo suficiente á Eduardo? ¿Se conformaría éste con el género de vida que Ernestina le iba á proporcionar totalmente distinto del que los *reglamentos* de la vida moderna imponen? ¿No sabía ya y de manera tan cruda como ingenua, que á Eduardo le fastidiaban los niños, y que si Dios se los concedía en su matrimonio, los tendría muy separados. ¿Ella misma, si por cualquier azar de la fortuna tan fáciles y tan repetidos, tuviera que vivir madestamente, estaba en condiciones morales y físicas de poderlo y saberlo hacer? ¿Podría llegar á ser, sino la verdadera madre del Evangelio, la compañera cariñosa y económica que supiera realizar, llegado el caso, el milagro de los peces y los panes? ¿Sería Eduardo capaz de pasar una «noche en vela» en casa, para compartir la carga de las penas, á pesar de su hábito de pasarlas así á diario, fuera de ella, divirtiéndose?

Las oleadas luminosas de los faroles del alumbrado público que comenzaban á encender, se precipitaban can resplandor y rapidez de relámpagos, en el interior de la berlina, iluminando el rostro pálido de Ernestina, que conservaba los ojos cerrados.

En la tempestad de aquella alma, después de los relámpagos de los faroles, resonó una especie de trueno largo y opaco.

Lo produjo el piafar del caballo, y el rodar del carruaje sobre las baldosas del portal del Hotel Palacio de Ernestina. Saltó presurosa á tierra, subió con rapidez las escaleras, y se encerró en su cuarto.

Pocos instantes después, un criado salía de la casa llevando en la mano una carta cou sobre pequeñito de ancho timbre, dirigido á DON EDUARDO SANTURCE.

Hemos llegado al día 1º de Enero de 1893.

La boda de Ernestina se ha deshecho. ¿Por qué? nadie sabe la verdad, y menos que nadie el novio, á quien la joven dicen que no refirió la entrevista de aquella tarde con la oficiala de *Madame****.

Ello es que cartas y joyas se han devuelto; que los vestidos, á los que todavía alcanzaba la orden de suspensión, no se empezaron; que todo está como se encontraba antes de que Ernestina y Eduardo se conocieran.

Es decir, todo no ha quedado lo mismo.

Ernestina, al acostarse esa noche el 1º de Enero, pensó:

—Ahora sí que es verdad. ¡Año nuevo, vida nueva! ¿Habré hecho bien ó mal? Bien, seguramente; yo no conocía la vida, Eduardo no me quería como se necesita ser querida. Sí, ¡vida nueva! El día que me case tendré las condiciones que hoy me faltan, iré al matrimonio preparada para todo, para la adversidad más que para la fortuna, y cuando me decida será porque habré encontrado, rico ó pobre, el hombre á quien ame y me quiera lo suficiente para confiar en que habrá de servirme de amparo, de báculo y de consuelo en las vicisitudes de la existencia. Rico ó pobre, es igual. La felicidad que he adivinado en el ejemplo de ese hogar, debe de ser tan hermosa con «marco dorado» como con «marco de madera.»

¡Vida nueva! Si me hubiera casado, hoy hubiera continuado siendo la mía la misma del año pasado, la misma de siempre. Ahora va á ser «nueva del todo:» sígo soltera; pienso de manera muy distinta á como pensaba hace un mes; y sobre todo, he llegado á saber clarísimamente... en qué lado tenemos el corazón.

ENRIQUE SEPULVEDA.



Que todo sér cruel siempre es pequeño,
Haciéndose el terrible,
Volvió frunciendo y desfrunciendo el ceño;
Y aunque no de bondad, de orgullo rico,
Más que justo inclemente,
Pensó pasar la vida alegremente
Como el gran Federico
Que jamás se aburrió matando gente.

IV

Así quedó con providente celo
La mano de Fidel del rayo armada,
Cuando Dios sacó el mundo de la nada,
Y lo metió bajo el fanal del cielo.

V

Aquel rayo forjado el primer día,
Con que nunca extermina, aunque amenaza,
Lo ostentaba Fidel con gallardía.
Paseando su importante medianía
Con la altivez de un español de raza;
Y, para honrar la celestial milicia,
Pensando en poner cara de asesino,
Nunca observó su militar pericia
Que la bondad, más bien que la justicia,
Es lo humano que toca en lo divino.

VI

Y pasó un siglo y dos sin pasar nada,
Mas juzgando á la tierra consternada
Con la muerte de Abel, en el instante
Fidel de rabia ciego,
Sintiendo no tener en el semblante
Para que al cielo y á la tierra espante
Alguna cicatriz de arma de fuego,
Pregunta á Dios: «¿Mato á ese vil hermano?»
Mas Dios, amigo del dolor humano,
Con celestial ternura
Le responde á Fidel:—«Espera, espera;
Hay horas en la vida de locura,
Mas la hora de Dios es la postrera.»
Y así el Señor, más justo que terrible,
Dejó á Caín de turbaciones lleno,
Condenando al malvado á la insufrible
Inquietud natural del que no es bueno.

VII

Y así fueron pasando
Los siglos como sueños de una hora,
Fidel amenazando,
Y el Señor perdonando
A todo sér que vive, gime y llora.
Y queriendo ejercer constantemente
El rígido deber que se hace odioso,
El ángel, cada vez más inclemente,
Creyendo, cual si fuese un juez celoso,
Que no existe en el mundo un inocente,
Viendo su alma feroz, aunque cristiana,
En cierto siglo una moral mal sana,
Le preguntó á Dios: Señor, ¿Qué hacemos?
Y Dios con su clemencia sobrehumana
Miró á la tierra y dijo:—«Ya veremos»—

Qué bueno es Dios!

(ULTIMO POEMA DE CAMPOAMOR.)

CANTO PRIMERO.

EL ANGEL FIDEL.

I

La bondad de los cielos es tan clara,
que, con verdad os digo,
Que Dios, con su clemencia, es quien separa
Los actos de la culpa, del castigo.

II

Hay una cierta historia
Que, uniendo lo divino con lo humano,
Va viviendo del mundo en la memoria,
Como flota en el aire lo lejano;
Historia apocalíptica que empieza
En el día infeliz en que nacieron
Y en que á Dios le pidieron
Talento el hombre y la mujer Belleza.

III

El rey de la justicia soberana,
Es de todos los padres el más tierno,
Aunque hay necios que piensan que el Eterno
Es un Dios bebedor de sangre humana.
Por eso, aminorando los horrores
De cuanto hay de más negro en el destino,
El Dios de las estrellas y las flores,
Con su labio divino
Dijo al ángel Fidel:—«Que tu pericia
Castigue con razón á los humanos»—
Y con sus santas manos,
El rayo le entregó de la justicia,
Así fué al brazo de Fidel atada
La justicia divina,
Lo mismo que la cólera camina
Enroscada en el puño de la espada.
Nombrado ya Fidel, Cid de la altura,
Ministro de la muerte y de la guerra,
Por ser tan ambicioso, que en la tierra
Llegaría hasta Abad si fuese cura,
Al verse tan honrado
Con armas defensivas y ofensivas,
Se quedó contagiado
Del mal de las virtudes excesivas;
Y como ya tenía
Un genio con tendencias á lo horrible
Y además no sabía

VIII

Acusando á la misma Providencia
De ser tibia en su celo
Por no esperar Fidel en su impaciencia
Que ninguno al morir piense en el cielo,
Al ver á una mujer que acabó en santa,
Y á muchas que olvidaron sus deberes,
Fué su cólera tanta,
Que le dijo al Señor:—«A esas mujeres
No es posible absolverlas.»—
Mas Dios Omnipotente,
Con frases, que caían dulcemente
Como en un vaso de cristal las perlas,
Responde con palabras amorosas:
—«Fidel, ten más clemencia
Con todo el que ha probado en la existencia
La amargura del dejo de las cosas;
Y perdona á la pobre Magdalena
Que, si no es pura, es más que pura: es buena.»

IX

Ya odiando la bondad de un Dios augusto
Que, solo perdonando, cree que es justo,
Murmuraba Fidel frecuentemente:
—«El mundo está perdido»
Por no tener presente
Que, más que á un inocente,
Dios prefiere á un culpable arrepentido;
Y el gran Rey de la altura
Con voz que es una fuente de ternura,
Le dice de esta suerte:
—«Deja siempre el castigo para luego
Que el hombre, á veces ciego,
Ve mejor á la hora de la muerte.»—

X

Sigue Fidel por su excesivo celo,
Estudiando dulzura en las panteras
Como un inquisidor que cree de veras
Que matando gana almas para el cielo:
Y cual siempre, olvidado
De que Dios odia al mal y no al malvado,
Exclama á fuerza de rigor impío:
—¡Cuánto crimen, Dios mío!
«¿No es hora ya, Señor, de que matemos?»
Dios misericordioso,
Sepultando lo justo en lo piadoso;
Vuelve á decirle como un rey—«Veremos,»
Y Fidel iracundo
Queriendo exterminar á medio mundo,
Haciendo también guerra
A los que cree dichosos en la tierra,
Contra todo feliz, á cualquier hora
Quiere lanzar el rayo, porque ignora
Que si el hombre es dichoso algún momento,
Sus días de aflicción no tienen cuento,
Y que del globo en el helado infierno,
La dicha es la excepción de un mal eterno!

CANTO SEGUNDO

ATALIA

I

Y después de pasados
Algunos siglos más, un hombre un día
Acusaba á Atalía
Del mayor y menor de los pecados.
Atalía es variable de tal modo
Que del amor sólo ama los placeres,
Siendo de esas mujeres
Que cuentan con el diablo para todo.
Con ojos del matiz de la avellana,
Y el bronceado color de una gitana,
Más que uno á uno, en aquel rostro bello
Pueden contarse á pares,
Como besos del diablo, los lunares
Que esmaltan sus mejillas y su cuello.
Mujer de gran talento
Que, como todas ellas,
Cree que son clavos de oro las estrellas
Con que Dios asegura el firmamento.

II

Invocando á los cielos
Con la cólera amarga de los celos,
El amante exclamó:—«Dios soberano,
Castiga por traidora
A esta falsa mujer que sólo adora
La fácil musa del amor pagano.
Por infiel, por ingrata y descreída.
Mata á este ser maldito,
Cuyo nombre está escrito
En la crónica negra de mi vida.
Esta infiel por quien peno,
Tan mala como bella,
Con el aliento de ella
Se puede envenenar hasta el veno.
Que la ira de Dios se una á la mía,
Y si al cielo algún día
Se atreviese á llamar, cerrad la puerta;
Porque sé que Atalía
Ha de ser mala hasta después de muerta.»

III

Al escuchar Fidel tan gran lamento,
Con aire de un actor de melodrama,
Sin dudar un momento
Ni encomendarse á Dios «Espera» exclama,
Y con su diestra mano
Y su instinto de llena.
Lo mismo que un valiente cirujano
A quien nunca espantó la sangre ajena,
Vengando tal falsía
Se inclina, el rayo toma,
Y mirando á la pérfida Atalía
Como mira el halcón á la paloma,
A un sol que de la tarde á la caída
Ya alumbraba á la Europa de soslayo,
Apunta, lo despide, y parte el rayo
Cual si fuese una espada retorcida;
Y como ésta al brillar, alumbraba y ciega,

Mientras al fin de su destino llega,
La atmósfera parece un calabozo,
El cielo un tragaluz, la tierra un pozo,
Y perturbado el suelo,
Quedó todo lo mismo
Que si se hundiera sobre el mundo el cielo,
Y el mundo se cayese en un abismo.

IV

En tan breves momentos
El Dios que ve nacer los pensamientos
Echó desde su espléndida morada,
Por delante del rayo una mirada,
Y como de este modo
Llenó de efluvios de piedad del todo,
Por Dios purificado el rayo luego,
Empezó á verter luz, en vez de fuego.
Y siendo un mensajero de venganza,
Se convirtió en un rayo de esperanza.

V

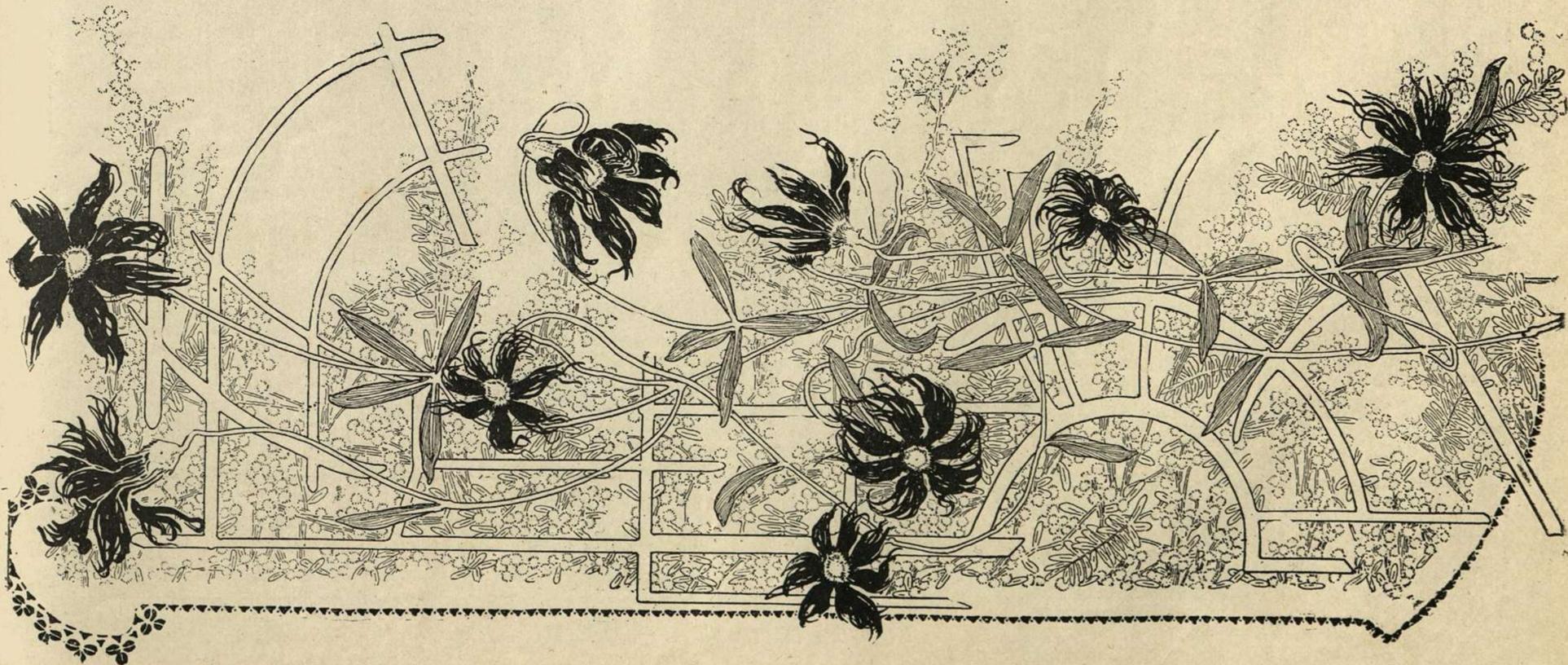
Cuando el rayo de muerte
Brilló con nitidez fascinadora
Como, al tocar las aguas se convierte
La luz del sol en claridad de aurora,
Deslumbrada al fulgor de brillo tanto,
Con el rostro de un niño que despierta,
Atalía de espanto
Pidiendo á Dios perdón se quedó muerta:
Y mostrando una cara
Más lívida que un mármol de Carrara
Cual si fuese una lápida mortuoria,
Su espíritu que ve al fin para ella
El rayo en una estrella
Que le enseña el camino de la gloria;
Y de este modo la mujer amada,
A quien llamó su amante un sér maldito
Por el rayo del fuego iluminada
Fué á tomar posesión de lo infinito.

VI

Y cuenta el cronicón de una abadía,
Que por su mucho celo
En juzgar á Atalía,
Perdió el ángel Fidel desde aquel día
Su propia estimación y la del cielo;
Y que más adelante
Ángel á veces, y demonio á ratos,
Se hizo hipócrito, frío é intolerante,
Y acabó en fracmasón de los beatos.

VII

Y cuando ya á Atalía
Un borbotón de llamas la rodea,
Y la vida futura la atraía
Como atrae el abismo que marea,
El pobre amante de tristeza lleno,
Aprendió á perdonar en el Dios bueno;
Y subiendo á los cielos Atalía.
«¡Qué bueno es Dios! que bueno es Dios!» decía
Y fué á gozar las dichas del Eterno,
En vez de ir, por infiel, como debía,
A enseñar nuevos vicios al infierno.





EL FOTOGRAFO DE PUEBLO.

H. H. Schmitt

Páginas de la Moda



FIGS. 1 Y 2.—BLUSA PLSSE Y JACQUETTE DE SATIN.

EJERCICIO FISICO EN LA VIDA MEDICA.

En ninguna época de la vida es de mayor importancia un ejercicio regular y sistemático que entre las edades de veinte y de cincuenta años. El adulto no tiene la misma facilidad que el joven para aprender á ejecutar ejercicios difíciles, y de ningún modo es necesario para él entender en sistemas complicados y minuciosos. Para él la clase particular de ejercicio es de una importancia secundaria; lo esencial es hacer diariamente un ejercicio que cause fatiga y que induzca á una vigorosa transpiración.

El hombre que á los cuarenta años se siente rígido y torpe, está viejo antes de tiempo, no por los años, sino por su pereza. Los procesos degenerativos han comenzado en su cuerpo no por el curso de la naturaleza, sino porque ha descuidado el ejercicio. La flexibilidad y elasticidad de la juventud pueden ser conservadas maravillosamente por medio de un ejercicio físico diario, regular y sistemático.

El ejercicio es el más importante de todos los medios por los cuales se regularizan los procesos nutritivos. Muchas enfermedades tienen su origen en que se perturban los cambios que tienen que verificarse en los tejidos, especialmente en las estructuras musculares, en las cuales son más activos los procesos llamados metabólicos. El eminente médico inglés Latham conviene con el Dr. Bouchard en atribuir á perversión de los cambios vitales de los músculos la gota, el reumatismo y la diabetes, tres enfermedades que él asocia como originadas esencialmente de la misma causa. Un ejercicio apropiado es el único medio de mantener estos cambios en estado normal.

Por el ejercicio podemos también conservar en nuestro cuerpo un equilibrio perfecto entre lo que recibe y lo que consume. El hombre ocioso sufre casi tanto daño de la cantidad excesiva é innecesaria de alimentos como sufre por la escasez de los suyos el desgraciado, medio muerto de hambre, que forma parte de un convoy de esclavos árabes. Un exceso de material que no puede ser usado y que se oxida im-

perfectamente; no puede ser eliminado con facilidad, acumulándose así tantos desperdicios que llenan todos los órganos y todos los tejidos, y dificultan todas las funciones del cuerpo. El ejercicio da los medios de consumir este material excedente. Esta es la razón por qué un leñador puede consumir, con aparente impunidad, inmensas cantidades de alimento difícil de digerir; porque también el hombre sedentario, aún con la más escrupulosa atención á su método de comer, sufre á menudo los tormentos de la dispepsia.

La cantidad de ejercicio diario necesario al adulto es, según mis observaciones, á lo menos la décima sexta parte de su capacidad para el trabajo, y no menos que trescientas mil libras-pies ó su equivalente. Una cantidad mucho mayor que ésta puede hacerse sin inconveniente, pero nosotros creemos que esta cifra es la absolutamente necesaria para conservarse en perfecta salud. La cantidad de trabajo que se ejecute con el carácter de ejercicio, puede, por supuesto, depender de la profesión de cada uno. El labrador hace en general bastante ejercicio en el desempeño de sus tareas cotidianas. El carpintero, el herrero, el arrendatario y todos los que se ocupan en los múltiples trabajos que requieren un esfuerzo muscular, hallan en su empleo una variedad adecuada de ejercicios. Pero tanto éstos, como los que pertenecen á las otras clases, pueden recibir mucho bien, sin embargo, de un ejercicio diario sistemático, adaptado para procurar el desarrollo completo del cuerpo, y á hacer antagonismo á la tendencia lateral y deformativa de todos los oficios arriba indicados y de la mayor parte de todas las otras formas de labor manual.

El ejercicio en los adultos no debe ser de un carácter demasiado violento. El corazón y los pulmones no deben ser sugetados á una tensión excesiva. La persona adulta puede soportar un esfuerzo sostenido mucho mejor que un niño ó un joven, porque sus músculos son más firmes y más fuertes, pero su respiración se fatiga más fácilmente. Por esta razón para él la forma es de poca importancia, debiendo atender más bien á la intensidad del ejercicio.

Por la regularización que trae á la digestión, el ejercicio impide la acumulación indebida de la grasa, y hace los tejidos más firmes. La observación ha enseñado que la capacidad de un hombre para resistir á las enfermedades está estrechamente enlazada con su gravedad específica. El hombre que pesa más en igualdad de volumen es ordinariamente, en las mismas circunstancias, el hombre más sano, y posee el mayor poder de resistencia. Por otra parte, la acumulación indebida de grasa es un principio para la degeneración de los tejidos, y disminuye la resistencia vital. La falta de ejercicio estimula el depósito de grasa en las partes ociosas.

Plinio da cuenta de un médico griego que residía en Roma, el cual tenía tal fe en el ejercicio como medio de restablecer la salud, que abandonó casi completamente el uso de los agentes medicinales en el tratamiento de sus enfermos, y declaró que era su voluntad que le llamaran charlatán si él mismo se enfermaba, ó si moría de otra cosa que de vejez ó de accidente. El historiador nos dice que este sabio médico vivió cerca de cien años, y que murió de resultas de un accidente, estando todavía en posesión de una salud vigorosa.

El hombre que ha pasado toda su vida en un ejercicio activo, no sentirá probablemente rígidas sus articulaciones, débiles sus músculos, corta su respiración y duras sus arterias, á los cuarenta y cinco años, época en que debería estar en lo más alto de sus facultades físicas y mentales; porque el ejercicio mantiene la flexibilidad de los tejidos, la pureza de la sangre, el calibre de las arterias, la movilidad del pecho, la fuerza del corazón, la integridad de las funciones digestivas y eliminativas, y la actividad del cerebro y del sistema nervioso. Por un método de ejercicio físico adecuado, la actividad de la vida en su período medio puede prolongarse hasta una edad avanzada, al mismo tiempo que pueden evitarse en gran parte los achaques y enfermedades de la vejez.

J. H. KELLOGG, M. D.

NUESTROS GRABADOS.

FIGS. 1 Y 2.—BLUSA PLSSE Y JACQUETTE DE SATIN.

Dos hermosos modelos para traje de casa y de calle. El primero lleva una blusa muy justa y muy sencilla de lasnaye, de lo cual es también la falda, adornada de cintas. El segundo lleva falda y jacquette de satén. La jacquette es muy severa y sobria y está abierta sobre una camisola bordada muy elegante.

FIG. 3.—GORRITOS Y BOINA PARA NIÑOS.

Damos tres modelos que sin duda agradarán á nuestras lectoras, tomados de los modelos de más reciente novedad.



FIG 4.—TRAJE OSCURO PARA DAMA.—DELANTERO Y ESPALDA.

FIG. 4.—TRAJE OSCURO PARA DAMA.—DELANTERO Y ESPALDA.

De foulard, con media túnica, cayendo en dos picos, hacia atrás y hacia adelante, Jacquette abierta sobre una blusa de sarga oscura, embandada de blonda antigua de Bruselas.

FIG. 5.—DOS CHAMBRAS PARA SEÑORITA.

Damos con este número dos de los modelos más nuevos de chambras. Ambos de muselina finísima con golgas de blonda y corbatas de satén.

Otro pago de \$2,000 de "La Mutua" en Zacatecas.

Timbres por valor de \$2 00 cts., debidamente cancelados.—Recibí de "The Mutual Life Insurance Company, of New York," la suma de \$2,000 00 cts. plata mexicana, en pago total de cuantos derechos se derivan de la póliza núm. 418,281, bajo la cual y á mi favor y el de mis hijos estuvo asegurado mi finado esposo Don Eduardo Torres, y para la debida constancia y en mi carácter de beneficiaria de mis menores hijos Eduardo, Francisca y Manuela Torres sobre quienes ejerzo la patria potestad, extiendo el presente recibo en la misma póliza que se devuelve á la Compañía para su cancelación en la ciudad de Zacatecas, á 7 de Agosto de 1899.

Firmado. Por sí y por mis hijos Eduardo, Francisca y Manuela, sobre quienes ejerzo la patria potestad.—MARIA A. VDA. DE TORRES, Rúbrica.

Un timbre de \$0. 50 cts. debidamente cancelado.—Luis D. Hernández, Notario Público.—Certifico: que la firma que antecede fué puesta en mi presencia por la Sra. María Amozorutia, viuda de Torres, mayor de edad, de esta vecindad, capaz para obligarse, á quien doy fé conocer; declarando que está recibida á su satisfacción de la cantidad de \$2,000 00 cts que expresa la presente póliza.—En comprobación extiendo el presente en Zacatecas, á 7 de Agosto de 1899.—Doy fé.—Firmado.—LUIS D. HERNANDEZ.—Rúbrica.

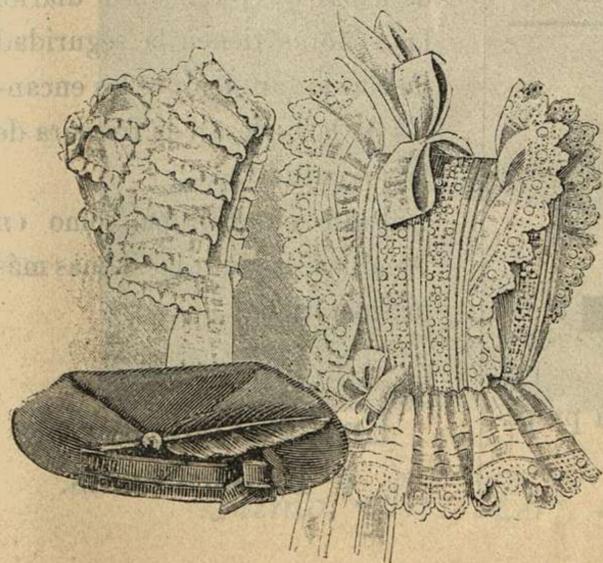


FIG. 3.—GORRITOS Y BOINA PARA NIÑOS.



FIG. 5.—DOS CHAMBRAS PARA SEÑORITA.

10 BUENAS RAZONES

PORQUÉ

Ud DEBIERA TOMAR LA CURA SEGURA DE WARNER.

1. PORQUE la Cura Segura de Warner le salvará su vida si es que Ud está molestando con algún mal de los Riñones y del hígado ó algún desarrreglo urinario.

2. PORQUE se garantiza que la Cura Segura de Warner obra según las descripciones. No es un remedio nuevo ni inexperimentado, porque ha estado delante del mundo por más que una década, y millones (no milare) de gentes han atestiguado de sus virtudes.

3. PORQUE la Cura Segura de Warner no contiene nada de injurioso. El más viejo y el más joven pueden tomarla sin peligro alguno. Ha sido examinada por los químicos del gobierno quienes la han hallado eficaz, sana y salva.

4. PORQUE la Cura Segura de Warner Cura permanentemente. Muchas Medicinas le alivian á uno temporalmente mientras muy pocas efectúan una Cura permanente. Millares de testimoniales de gentes curados hace diez, ocho, seis, y cuatro años, y, quienes, gozan de una perfecta salud prueban esto.

5. PORQUE la Cura Segura de Warner cura las enfermedades de los Riñones y los síntomas que son innumerables; las autoridades de la medicina afirman que 93 por ciento de las enfermedades que afligen la humanidad son resultados directos de los Riñones que no funcionan como debido. Los Riñones pueden hacer el trabajo que la naturaleza designó para ellos si se toma la "Cura Segura de Warner."

6. PORQUE la Cura Segura, es el mejor y mas seguro remedio por las enfermedades é indisposiciones de las cuales el bello sexo padece. Los instrumentos y lociones violentas tratan solamente los efectos, mientras la Cura Segura de Warner penetra hasta la raíz del mal y cura la causa. ¿Porqué sufrir mas en silencio cuando el remedio para efectuar una cura permanente está en su alcance?

7. PORQUE la Cura Segura de Warner remueve al exceso de ácido úrico que la obra imperfecta de los Riñones deja en la sangre y, que es la causa directa del mal de corazón, apoplejía, Reumatismo, parálisis, locura y otros que son causados por la sangre envenenada.

8. PORQUE la Cura Segura de Warner obra directamente en el hígado que es el órgano mas grande del cuerpo y obra junto con los Riñones. Es imposible gozar de una buena salud cuando el hígado está enfermo. La Cura Segura de Warner lo pondrá en perfecta salud.

9. PORQUE la Cura Segura de Warner es la única cura conocida para la enfermedad Bright (consunción) de los Riñones que no es nada mas que una enfermedad avanzada de los Riñones.

10. PORQUE la Cura Segura de Warner si, la toma cuando se halla indispuerto removerá todo obstáculo y pondrá dinero en su bolsillo; como que le salvará su salud que es el mejor caudal que el hombre ó la mujer puedan poseer. La Cura Segura de Warner se garantiza ser tal como descrita. Todo lo que entra en su composición es lo mejor que el dinero pueda comprar. Su pasado es prueba positiva de que es lo que se representa.

TOMEN

Vino de S. Germán.

FOSFATO - GLICERATO DE CAL PURO

Reconstituyente general,
Depresión del Sistema nervioso,
Neurasthenia,
Exceso de Trabajo

NEUROSINE PRUNIER
NEUROSINE-JARABE - NEUROSINE-GRANULADA
NEUROSINE EN OBLEAS

Debilidad general,
Anemia,
Raquitismo,
Fosfaturada,
Jaquecas.

Depósito general:

CHASSAING y Ca, Paris, 6, avenue Victoria



La Fosfatina Falières

es el alimento más agradable y el mas recomendado para los niños desde la edad de seis á siete meses sobre todo en el momento del destete y durante el periodo del crecimiento. Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos.

PARIS, 6, Avenue Victoria, y en todas las farmacias.

TOMEN
Las Pildoras del Dr. Huchard DE PARIS

Tomen

EL OLIVIGNA

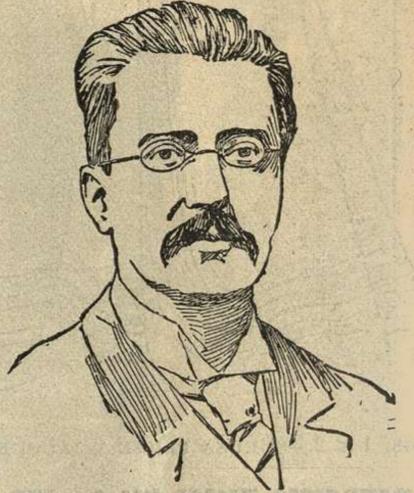
Unico específico para la sangre.

VINO DE San GERMAN

(SAINT GERMAIN)

En esta preparación se hallan en perfecta solución los remedios más eficaces contra las enfermedades procedentes de la pobreza de la sangre y afecciones pulmonares. Está preparado de tal manera que su asimilación con el jugo gástrico, en vez de neutralizar sus efectos, aumenta su intensidad y por consiguiente su acción benéfica en todo el organismo.

Es de una eficacia soberana contra la tísis pulmonar y le trae en abundancia las células de sustitución designadas para reformar el tejido pulmonar roído por la tuberculosis, cavado por las cavernas.



«He usado con excelentes resultados el vino de SAN GERMAN en casos de tísis pulmonar, de anemia y de enfermedades crónicas de la piel.»

DR. BANDERA

PROFESOR DE FISILOGIA EN LA ESCUELA NACIONAL DE MEDICINA DE MEXICO.

CREMA ROSADA
Adelina Patti

Para conservar los encantos

DE

LA BELLEZA

Compuesta de substancias tónicas y saludables, evita las arrugas, refresca el cutis y conserva la hermosura de la cara hasta la vejez, comunica un perfume delicioso, y con su uso diario, las señoras tienen la seguridad de conservar siempre los encantos de la belleza y la frescura de la juventud.

Tanto en Europa como en América, la usan las damas más aristocráticas.

De venta:
En las Droguerías y Perfumerías.

Restaurador Universal del Cabello

PREPARADO POR EL DR. TORREL, DE PARIS.

PETROL

Unica preparación para restablecer, vigorizar y hermohear el cabello. Impide la prematura caída del pelo. Evita las canas y limpia la cabeza. Preferible á toda preparación de quina.

De venta: en todas las Droguerías y Perfumerías.